# ORIGENES DEL HOMBRE

# Los Reinos Egipcios (I)

55

folio

EX LIBRIS Scan Digit



The Doctor

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/

ORIGENES DEL HOMBRE

# Los Reinos Egipcios (I)

folio

**Dirección editorial:** Julián Viñuales Solé
**Autor:** A. Rosalie David
**Supervisores científicos:** John Boardman, Basil Gray y David Oates

**Coordinador de la colección:** Julián Viñuales Lorenzo (Institute of Archaeology. London)
**Coordinación técnica:** Pilar Mora
**Diseño cubierta:** STV Disseny

**Publicado por:**
Ediciones Folio, S. A.
Muntaner, 371-373
08021 Barcelona

© Andromeda (Oxford) Ltd. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A., (28-6-1995)

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-7583-848-0 (volumen I)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-10694-94
*Printed in Spain*

# Contenido

## VOLUMEN I

Prefacio .......... 7

Tabla cronológica .......... 8

Introducción .......... 9

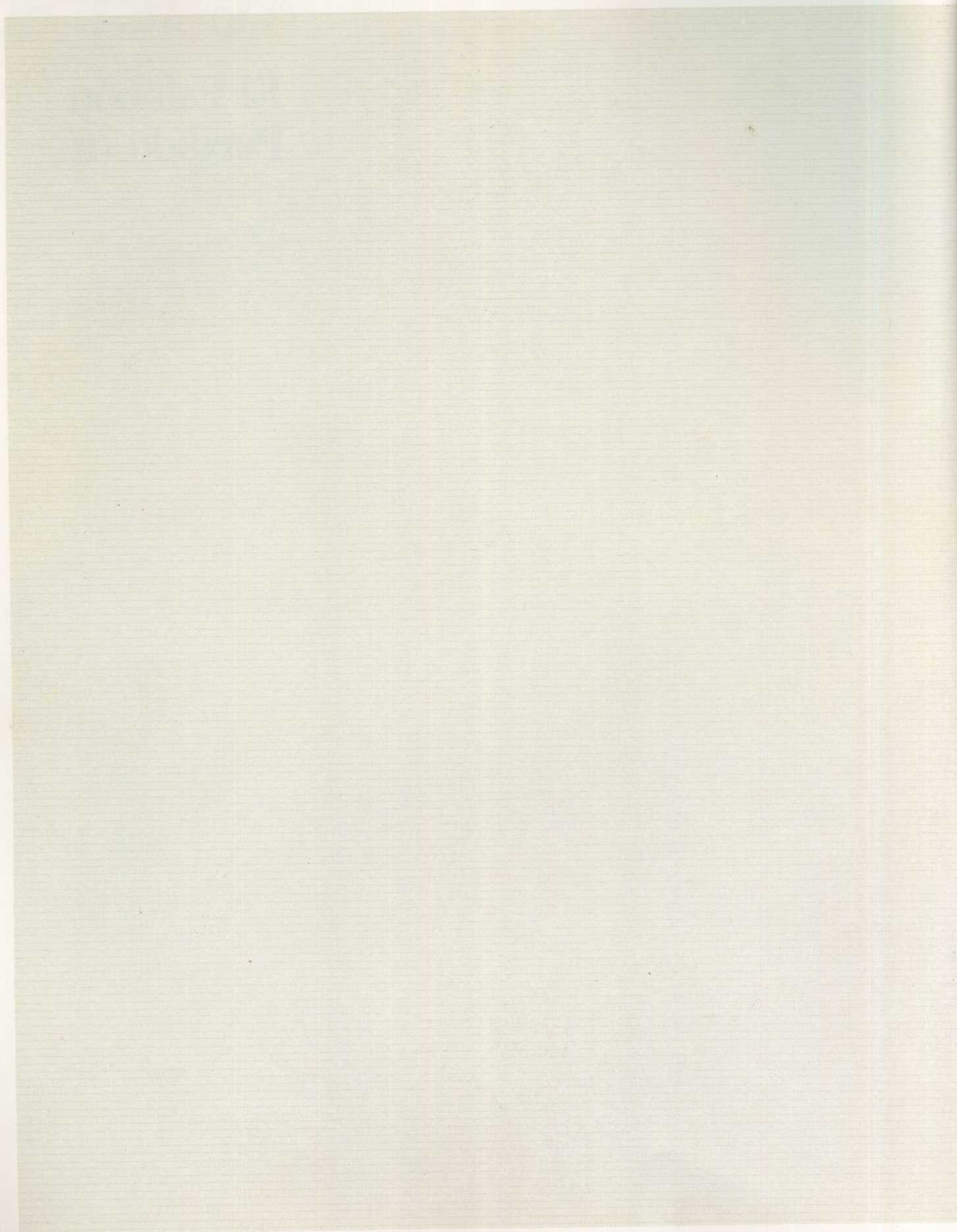
**Capítulo primero:**
**Egipto antiguo** .......... 18

La pirámide egipcia .......... 45

**Capítulo segundo:**
**Exploradores y viajeros** .......... 53

**Capítulo tercero:**
**Pioneros de la egiptología** .......... 59

La tumba de Tutankamón .......... 67



# Prefacio

El visitante que hoy vuela en Egipto entre El Cairo y Luxor recibe una impresión vigorosa del paisaje que, miles de años atrás, contribuyó a moldear el carácter del antiguo Egipto. Mientras describe su curso sinuoso hacia el delta, el Nilo sigue siendo la savia del país, como en tiempos antiguos. Franjas cultivadas de tierra fértil, todavía labradas con herramientas primitivas y regadas tal como en épocas antiguas, limitan las riberas del río. Los prados pequeños, de un verde intenso, contrastan con el desierto que los cerca por ambos lados y que a menudo se eleva, abrupto, en peñascos escabrosos.

Desde El Cairo, el turista habrá viajado a Gizeh, Saqara y Menfis, donde floreció por primera vez la civilización faraónica en tiempos del Reino Antiguo. En el Alto Egipto, tomando como base la actual ciudad de Luxor, el viajero deberá dedicar varios días a las riberas oriental y occidental del río, que en tiempos bañó la antigua capital de Tebas. Podrá vagar en torno al amplio complejo conocido como Templo de Karnak y al Templo de Luxor, más pequeño y más compacto; sobre la margen oeste le mostrarán los templos sepulcrales, las tumbas de los reyes, reinas y nobles y las ruinas de la aldea en que vivieron los artífices de la necrópolis real. Los templos sólo albergan aves, los turistas y los arqueólogos se han marchado; las columnas y trozos de mampostería están esparcidos por todas partes y las cantilenas rituales de los sacerdotes han callado tiempo atrás. En los valles desiertos, las tumbas están vacías, saqueadas hace mucho ya por los ladrones. Sólo el rey Tutankamón descansa aún en su tumba original. Pero es imposible no conmoverse ante los templos monumentales o no maravillarse ante las pinturas murales funerarias, en cuyas escenas reyes y dioses tienen una lozanía que hace pensar que los artistas acaban de marcharse hacia su aldea de la montaña.

El visitante afortunado puede penetrar aún más en el terreno, quizá ir hasta Abidos para ver los que son, posiblemente, los relieves más bellos de Egipto en el Templo de Seti I; o puede visitar los templos bien conservados e imponentes de la era ptolemaica: Edfú, Denderah, Kom Ombo, Esna y Filé. Algunos bajarán por el río hasta Assuán y aún más allá, hasta los templos de Abu Simbel, rescatados hace poco de las aguas crecientes del Nilo. Unos pocos tal vez lleguen a Tell el-Amarna, donde Akhenatón, el faraón herético, construyó su ciudad y adoró a su dios único.

La costumbre antigua de enterrar objetos con el difunto, para su vida de ultratumba, sumada al clima seco del país, aseguró que del pasado egipcio se hayan conservado más testimonios que de la mayoría de las civilizaciones antiguas. Por tanto, se ha logrado una mayor comprensión de esta cultura, gracias a trabajos pacientes y arduos de varias generaciones de egiptólogos, a la vez que los descubrimientos espectaculares estimularon a personas de toda clase a aprender más y más acerca de este pueblo metódico y creativo. Por fin, el desciframiento de su escritura nos permitió, al menos hasta cierto punto, entrar en sus mentes.

Además, descubriremos que muchos aspectos de la civilización del antiguo Egipto no nos son extraños. Podemos entender su actitud respecto de la casa, la familia y la educación. Podemos admirar sus joyas y ropas elegantes y simpatizar con su búsqueda de conocimiento médico y cosméticos rejuvenecedores. Sus edificios aún se mantienen en pie, demostrando la habilidad de sus obreros, arquitectos y artesanos. Sin embargo, a pesar de nuestros muchos conocimientos sobre los egipcios, siempre habrá que recordar que se basan, sobre todo, en la conservación de objetos que ellos destinaron a fines fúnebres y, por tanto, existe la tentación de considerarlos como una raza «obsesionada con la muerte». En realidad, parece ser que su preocupación primordial no fue la muerte sino la vida eterna. Las creencias religiosas y las manifestaciones artísticas asociadas con ellas son, quizá, el aspecto cuya comprensión es más difícil para el mundo moderno.

La historia de Egipto abarca muchos siglos, desde sus oscuros comienzos con el primer gran estallido de esplendor durante el Reino Antiguo, los períodos de decadencia y renovación, la cima del poder internacional, el prestigio y la riqueza durante el Reino Nuevo, hasta la gradual y triste decadencia de los años posteriores. Cuando sus recursos internos se agotaron, Egipto se convirtió en presa fácil de las sucesivas olas de invasores. Algunos, como los «Pueblos del Mar», no tuvieron éxito pero otros –etíopes, asirios, persas, griegos y romanos– lograron subyugarlo durante largos lapsos. Sin embargo, esos sucesivos conquistadores no hicieron ningún intento de interferir en las hondamente asentadas tradiciones y en los modos de vida que encontraron en Egipto hasta fines de la era ptolemaica, cuando una dinastía helenística explotaba el país. En realidad, los invasores asimilaron las costumbres egipcias, adoptaron muchas de ellas y también las formas del país conquistado.

Los capítulos siguientes procuran dar al lector una idea sobre los hombres y mujeres –grandes y humildes– que crearon esa civilización tenaz y longeva y sobre los egiptólogos que los rescataron del olvido.

# Tabla cronológica

| Período | Fecha | Dinastía | y nombre de reyes importantes |
|---|---|---|---|
| Predinástico | h. 5000-3100 a. C. | | |
| Arcaico | h. 3100-2890 a. C. | I | Menes (Narmer) |
| | h. 2890-2686 a. C. | II | |
| Reino Antiguo | h. 2686-2613 a. C. | III | Djeser; Huni |
| | h. 2613-2494 a. C. | IV | Sneferu; Queops; Kefrén; Micerino |
| | h. 2494-2345 a. C. | V | Sahure; Neuserre; Unas |
| | h. 2345-2181 a. C. | VI | Pepi I; Pepi II |
| Primer período Intermedio | h. 2181-2173 a. C. | VII | (Menfita) |
| | h. 2173-2160 a. C. | VIII | (Menfita) |
| | h. 2160-2130 a. C. | IX | (Heracleopolitana) Achthoes |
| | h. 2130-2040 a. C. | X | (Heracleopolitana) Achthoes |
| | h. 2133-1991 a. C. | XI | (Tebana) Mentuhotep Nebhepetre I |
| Reino Medio | 1991-1786 a. C. | XII | Amenmes I, II, III; Sesostris I, II, III |
| Segundo período Intermedio | 1786-1633 a. C. | XIII | |
| | 1786-h. 1603 a. C. | XIV | (Xois) |
| | 1674-1567 a. C. | XV | (Hicsos) Khyan; Apofis; Jacob-el |
| | h. 1684- 1567 a. C. | XVI | (Hicsos) Khyan; Apofis; Jacob-el |
| | h. 1650-1567 a. C. | XVII | (Tebana) Seqenenre; Kamosis |
| Reino Nuevo | 1567-1320 a. C. | XVIII | Ahmosis I; Amenofis I, II, III; Tutmosis I, II, III, IV; Hatshepsut; Akenatón (Amenofis IV); Tutankamón; Horemheb |
| | 1320-1200 a. C. | XIX | Seti I; Ramsés II; Merenptah |
| | 1200-1085 a. C. | XX | Ramsés III |
| Período tardío | 1085-945 a. C. | XXI | Psusennes I; Herihor (sumo sacerdote) |
| | 945-730 a. C. | XXII | (Bubastis) Shoshenk I; Osorkon I |
| | 817?-730 a. C. | XXIII | (Tanis) Pedubast |
| | 720-715 a. C. | XXIV | (Sais) Boccoris |
| | 751-668 a. C. | XXV | (Etíopes) Piankhy; Shabaka; Taharqa |
| | 664-525 a. C. | XXVI | (Sais) Psammético I, II; Necao II; Apries (Hofra); Amasis |
| Primer período persa | 525-404 a. C. | XXVII | (Persa) Cambises; Darío I; Jerjes; Artajerjes |
| Período tardío | 404-399 a. C. | XXVIII | (Sais) Amirteos |
| | 399-380 a. C. | XXIX | (Mendes) |
| | 380-343 a. C. | XXX | (Sebennitos) Nectanebo I y II |
| Segundo período persa | 343-332 a. C. | XXXI | (Persas) Artajerjes III; Arses; Darío III |
| Conquista de Alejandro Magno | 332 a. C. | | |
| Período ptolemaico | 332-30 a. C. | | (Ptolomeos) Ptolomeo I; Soter I; Ptolomeo VII; Evergetes II; Cleopatra |

Conquista de los romanos: Octavio gobierna Egipto, 30 a. C.

# Introducción

Durante los últimos doce años se han producido cambios importantes en la egiptología. Hay tres campos donde los progresos son particularmente evidentes: primero, en el grado de cooperación internacional en diversos proyectos de rescate; segundo, en la introducción de nuevas técnicas en los estudios de arqueología, paleopatología y lingüística y en el interés por adoptar un enfoque multidisciplinario; tercero, en el conocimiento de los problemas de conservación que en la actualidad afectan a monumentos y objetos y en la necesidad de encontrar soluciones para ellos.

**La Presa de Assuán y sus consecuencias.** Hasta cierto punto, esta situación se produjo a causa de las decisiones adoptadas en el contexto político y social del Egipto moderno: nos referimos a la construcción de la Presa de Assuán (el-Saad el-Aali). La decisión de construirla se adoptó en 1955 y el proyecto se completó en 1971. Por su capacidad para almacenar el exceso de agua en un gran lago artificial (Lago Nasser) durante muchos años, estaba pensada para que las autoridades consiguieran equilibrar los efectos de los cambios anuales de nivel del río y para obtener varios miles de hectáreas de tierras cultivables en Egipto y Sudán, que producirán alimentos para una población cada día más numerosa.

A fines del siglo XIX, se había construido en Assuán un pequeño dique que creaba un lago artificial detrás de la presa; incluso esta pequeña obra causó algunos problemas en los monumentos antiguos de la región. El conjunto de bellos templos y edificios asociados que se alzaban sobre la isla de Filé era muy vulnerable. Hasta aquel momento, siempre estuvieron por encima del nivel del agua pero desde entonces, aunque se elevaban por encima de las aguas durante los pocos meses en los que baja el nivel del Nilo, durante el resto del año quedaban sumergidos en parte. Las condiciones siempre cambiantes y el movimiento de las aguas amenazaban con destruir las pinturas murales y las inscripciones de los templos y con debilitar los cimientos. Además, el lugar resultaba inaccesible para los visitantes a lo largo de períodos prolongados.

Con la construcción de la nueva presa, las condiciones empeorarían. Filé, que está en medio de la presa vieja y de la nueva, se perdería por completo, sumergida en un lago artificial, y muchos otros monumentos también quedarían destruidos por la nueva y elevada altura del agua en el Lago Nasser. Dada la enorme importancia de los monumentos de esta región, la UNESCO propició una operación internacional de rescate y, desde 1959, se consideraron diversos planes para salvar esos monumentos (los más famosos eran los templos de Abu Simbel y los edificios de Filé). El equipo incluía expertos de distintos países y la financiación se obtuvo de modos diversos. En total participaron cuarenta y cuatro países en la operación. Egipto ofreció los templos de la zona condenada a varios países, donde se volvieron a alzar en lugar seguro; por ejemplo, el Templo de Dendur está hoy en el Central Park de Nueva York, en un espacio especialmente construido para el Museo Metropolitano. Para colaborar en la obtención de fondos, se organizaron exposiciones itinerantes de gran importancia, como la famosa «Tesoros de Tutankamón», realizada en el Museo Británico, que aportó sumas considerables para salvar los monumentos.

En Abu Simbel, los templos de Ramsés II y su reina Nefertari se habían tallado originalmente en la roca viva. Estos monumentos imponentes se edificaron hacia el 1250 a. C., para impresionar a la población local con el poder y la majestad de su tirano egipcio. El plan moderno de rescate implicaba mover los templos y volver a erigirlos en un nivel más alto en el mismo sitio, de modo que se mantuviesen a salvo por encima de las aguas del Lago Nasser. Los templos estaban cavados en las laderas de arenisca y la primera etapa del proyecto consistía en cortarlos en bloques de un tamaño que permitiera trasladarlos al nuevo lugar de asiento. Para que los templos tuviesen, en su nueva localización, un entorno semejante al anterior, y también para asegurarles bastante apoyo físico, se construyó detrás de ellos una montaña artificial; se incluyó en los planos una inmensa cúpula de hormigón; para proyectarla, junto con el andamiaje de apoyo, los ingenieros se valieron de ordenadores. Hoy, esta hazaña de la ingeniería es para el visitante un recordatorio elocuente del matrimonio eficaz entre la tecnología moderna y los edificios antiguos. El trabajo que se realizó en el templo de Nefertari, algo menor, terminó en 1966 y las tareas en el templo de Ramsés II, al año siguiente.

La isla de Filé, situada a unos 280 km al norte, junto a la Primera Catarata, planteaba problemas distintos. En tiempos antiguos, fue un centro de peregrinaje y adoración de la tríada familiar de las divinidades Osiris, Isis y Horus. Algunos monumentos de períodos anteriores habían sobrevivido, pero en esencia se preservó con el aspecto que tuvo en la época ptolemaica (hacia 250 a. C.). En este caso, los expertos de la UNESCO decidieron salvar los edificios desmontándolos y trasladando después los bloques para volver a unirlos en otra isla, la de Agilkia, que está a casi 0,5 km al noroeste de Filé. Agilkia, de nivel más alto, mantendría los monumentos por encima de las aguas.

Con ese objetivo, se desmontaron los edificios y cada piedra se marcó y numeró para simplificar su localización exacta en el nuevo lugar de fundación. En Abu Simbel, este proceso había supuesto una dificultad importante, porque hubo que cortar los bloques en la roca viva, donde originalmente se cavaron los templos; en Filé, la situación era más sencilla, ya que los templos sólo tenían que ser desmontados, pero hubo que enfrentarse con otros problemas. Hubo que construir una caja-dique en torno a la isla y bombear el agua

de esta presa, para desaguar el lugar y permitir el desarrollo de las obras. Al mismo tiempo, se dinamitaba el terreno en Agilkia y se preparaba una superficie nivelada para volver a levantar los edificios. El proyecto se completó en 1977; hoy esos templos brindan a los visitantes un espectáculo magnífico, ya sea a la luz del sol o como escenario de las funciones nocturnas de luz y sonido. Cada año, son muchos los turistas que visitan los templos de Filé y también el remoto centro de Abu Simbel, que es uno de los mayores atractivos de un viaje a Egipto.

Aunque estos dos lugares son los éxitos más famosos del proyecto rescate, la UNESCO también excavó, registró o rescató muchos otros monumentos, aldeas y cementerios, también amenazados por el agua. En algunos casos, el material se quitó del lugar para estudiarlo después en otro sitio; el amplio cementerio de Gebel Adda, enfrentado a Abu Simbel, que contiene enterramientos de los períodos meroítico, cristiano y musulmán, fue excavado por la Smithsonian Institution y así se desenterraron muchos restos óseos, llevados a Estados Unidos para su estudio posterior. En la actualidad, el visitante de esta región también puede recorrer, al aire libre, el museo de monumentos rescatados por arqueólogos alemanes y reconstruidos sobre un promontorio cercano a Filé; allí, entre los edificios están el notable templo tardío de Kalabsha y el templo de la Dinastía XIX, originalmente situado en Beit el-Wali.

Hacia fines del decenio de 1970, el rescate de estos tesoros nos dio la certeza de que las técnicas multidisciplinarias, los nuevos métodos científicos y la cooperación internacional eran factores clave en el desarrollo de la egiptología. Este enfoque es hoy indiscutible en la arqueología de campo, y también en los programas de investigación aplicados al estudio del material excavado muchos años atrás y conservado desde entonces en colecciones de museo.

**Las naves de Gizeh.** Hace unos 5.000 años, en Gizeh, el rey Queops eligió esta imponente meseta que hoy domina la moderna ciudad de El Cairo como sitio para alzar un magnífico monumento funerario, conocido en la actualidad por el nombre de Gran Pirámide. Este edificio ha estimulado a los exploradores y a los científicos durante siglos; todos formularon teorías acerca de su significado, del método de construcción y sobre si aún oculta cámaras impenetrables. En el último examen de la pirámide, los científicos franceses trataron de localizar cámaras o pasajes secretos utilizando un microgravidímetro, un aparato de captación remota con el que geólogos y geofísicos identifican grietas ocultas y cavidades en las rocas. La información que así se obtiene se puede transferir a un ordenador, que producirá a continuación una simulación de la pirámide y de su estructura interna y oculta, gracias a esos datos, de modo que se podrían identificar, por fin, cámaras antes desconocidas.

En 1954, no muy lejos de la Gran Pirámide, en el sector meridional de la cerca de protección, Kemal el-Malakh descubrió la famosa nave de madera de cedro construida para el rey Queops y más tarde desmantelada y enterrada allí. Se trata de la mayor, más antigua y mejor conservada nave antigua que hay en el mundo, sobre cuyo uso y función se discute. Fechadas en el Período Arcaico (hacia 3000 a. C.), se encuentran fosas con una sola barca, asociadas con tumbas individuales, pero hacia la Dinastía IV, las pirámides reales de Gizeh están flanqueadas por varios fosos con naves. Se sabe que cinco de ellos están asociados con la pirámide de Queops, en tanto que la pirámide vecina de su hijo Kefrén, tiene seis. Algunos arqueólogos sostienen que esos barcos se colocaban cerca del lugar de enterramiento del rey para que el difunto tuviera un transporte simbólico y mitológico en su viaje celestial con los dioses tras su ascensión. Otros sostienen que las naves se usaron en la realidad, quizá varias veces o sólo una, cuando el cadáver del rey y sus bienes funerarios se transportaron por última vez, a través del río, desde la ciudad capital de Menfis hasta Gizeh.

La calidad técnica y la belleza de la nave de Queops están, sea como sea, más allá de toda discusión y este navío nos brinda una importantísima fuente de conocimiento sobre la construcción y el diseño de los barcos antiguos. Hoy esa nave se expone en un museo de paredes de cristal, situado al sur de la Gran Pirámide, edificado directamente encima del foso de piedra en el que se descubrió la pieza. La nave fue restaurada en su museo en 1970, después de llevar a cabo un programa que exigió muchos esfuerzos. El doctor Zaki Iskander estuvo a cargo de la restauración química de la pieza, y Hag Ahmed Youssef Moustafa, restaurador jefe del Departamento Egipcio de Antigüedades, desempeñó un papel vital en el proceso previo y en la conservación; en la primera etapa, volvió a ensamblar unas 1.224 piezas durante un lapso de 14 años. La primera reconstrucción completa llegó a su fin hacia 1968, pero la nave se desmanteló y volvió a ensamblar cinco veces antes de dejarla en condiciones de exhibición pública, en su lugar del museo. Hoy brinda al curioso una posibilidad de mirar con respeto las antiguas habilidades de los constructores de barcos y las modernas técnicas de restauración. Otras técnicas actuales también aumentan nuestro conocimiento sobre las fosas de barcos de Gizeh; en 1987 un radar de captación remota (que puede diferenciar piedra, arena, materias orgánicas y espacios vacíos) se usó para confirmar la presencia de otro barco de madera en su fosa de piedra.

**Las tumbas de Saqara.** La otra gran necrópolis del Reino Antiguo, Saqara, también siguió brindando nuevos descubrimientos de importancia y la Sociedad de Exploración de Egipto prosiguió con su trabajo en este lugar durante los últimos años. La tareas realizadas en el recinto del templo, las catacumbas y la superficie circundante, descubiertas por el difunto profesor W. B. Emery, se completaron en 1975-1976, y la excavación de la ciudad templo del Anubieion, en el extremo de la vía del Serapeum en la necrópolis menfita, terminó en 1979-1980. En 1974-1975 se inició una nueva empresa: se llevó a cabo una expedición conjunta de la Sociedad de Exploración de Egipto y el Museo Nacional de

Antigüedades de Leiden. El objetivo era localizar las pocas tumbas conocidas del período del Reino Nuevo en el área situada al sur de la Carretera de Unas, en Saqara. La mayor parte del conocimiento sobre este período derivaba de la ciudad meridional de Tebas, por lo que es de gran interés e importancia tener información nueva sobre el norte, relativa a la historia, el arte, la arquitectura y la religión.

Esta zona de Saqara fue investigada por viajeros y coleccionistas a comienzos del siglo XIX; todos buscaban objetos para los museos y, aunque no dejaron informes detallados, era evidente que el lugar estaba cribado de tumbas. Sin embargo, ya que de estas tumbas no había salido ningún objeto desde el siglo pasado, los excavadores suponían que parte de los relieves, e incluso de los contenidos de las tumbas, pudiese hallarse todavía en el lugar. La finalidad inicial de la expedición era volver a localizar la tumba de Maya, tesorero de Tutankamón, cuyas estatuas están en el Museo de Leiden. No obstante la que se descubrió primero fue la magnífica tumba de Horemheb. Este hombre se convirtió en faraón hacia fines de la Dinastía XVIII y fue enterrado en Tebas, en realidad, aunque en un momento anterior de su carrera, cuando no era más que el comandante militar de Tutankamón, se había hecho construir una tumba en Saqara. Tras su elevación al rango de soberano, la tumba de Saqara se convirtió en lugar de adoración, y en tiempos de la familia de los Ramsés puede que se haya transformado en un centro en el que se celebraba el culto funerario de Horemheb, para asegurar su existencia continuada después de la muerte. La localización exacta de la tumba se había perdido durante muchos años, en el siglo pasado, aunque a pesar de ello algunas de las bellas escenas pintadas en sus muros fueron a dar a colecciones de museos. Desde entonces se había emprendido un programa de reparación y se velaba por la seguridad de la tumba; en los sitios en que faltaban los relieves murales auténticos, se colocaron vaciados hechos con ellos; el gobierno holandés financió la operación, como parte de un acuerdo cultural.

Otros descubrimientos importantes esperaban a la expedición. En el siglo pasado, Lepsius registró parte de la superestructura de la tumba de Maya, pero el complejo subterráneo no se había recorrido desde que antiguos ladrones de tumbas lo habían saqueado. Los arqueólogos redescubrieron la tumba y comenzaron a explorar las cámaras; cualquier hallazgo que diera un testimonio histórico adicional del reinado de Tutankamón, soberano de Maya, sería bienvenido.

Otras tumbas que la expedición abrió proporcionaron información sobre una cantidad de familias menfitas: la tumba de Tia (hija de Seti I) y de su marido, también llamado Tia, es la primera gran tumba del período de los Ramsés que se localizó en la necrópolis menfita y de la que se levantó un plano completo; la tumba de su mayordomo, Iurudef, contenía una gran cantidad de sarcófagos y momias de enterramientos posteriores y de intrusos; también se investigan las tumbas de un lavador de oro, de su hijo y de un «jefe de los arqueros del ejército». Es decir, que todas ellas ilustran diversos tipos de enterramiento para personas de distintos rangos. Los arqueólogos elaborarán un registro fotográfico, epigráfico, arquitectónico y descriptivo completo, y la expedición tendrá oportunidad de estudiar, en este enclave, la tipología, iconografía, tecnología y data de un grupo específico de sarcófagos, a la vez que la incidencia de enfermedades en los restos humanos.

**Investigaciones y centros.** En 1982 la Sociedad de Exploración de Egipto celebró su centenario. La variedad de sus actuales trabajos de campo demuestra la amplitud del interés en el Egipto antiguo. Además de la expedición a Saqara y la excavación posfaraónica en el sur, en Qasr Ibrim, la Sociedad también se ocupó de los centros poblados. Se trata de ciudades, caseríos o aldeas, es decir, centros «vivos», distintos de los lugares de enterramiento. Son sitios que se convirtieron en foco de atención durante el decenio pasado, porque, en tanto que templos y tumbas se edificaron con piedra, las casas particulares se construían sobre todo con ladrillos de barro, y resultaron muy vulnerables a las condiciones medioambientales. Varios países pusieron su interés en esta tarea. Un ejemplo notable es la excavación que se está llevando a cabo en Tell el-Dab, en el delta, donde los estudios multidisciplinarios han proporcionado conocimientos sobre este centro y resuelto problemas referidos a la supuesta localización de las ciudades antiguas de Avaris (capital de los hicsos) y Pi-Ramesse. Otro equipo (en este caso del Museo Británico) está excavando la ciudad grecorromana de Hermópolis Magna, en Ashmunein; el lugar fue inspeccionado en 1980 y al año siguiente comenzó la excavación, cuyo objetivo era obtener una imagen más clara de la zona central de esta ciudad y, particularmente, de sus principales edificios religiosos y públicos.

Para conmemorar su centenario, la Sociedad de Exploración de Egipto empezó a trabajar en su contribución más importante a este campo, es decir, comenzó una investigación arqueológica de los campos de ruinas de Menfis, ciudad capital del norte. El Proyecto Menfis se inició en 1980; se había elegido este lugar porque es raro que un área ofrezca tal riqueza de material documental y arqueológico, pero también porque, por su tamaño, nunca se había levantado adecuadamente un mapa y no había registros precisos de la mayor parte del trabajo arqueológico previamente realizado allí. Menfis fue la capital durante algunos de los períodos más importantes de Egipto y, como tal, proporciona una oportunidad única de estudiar el curso de la historia de una comunidad importante y de investigar los distintos aspectos sociales y económicos. El estudio, por último, procura producir una detallada visión arqueológica amplia y mapas de la ciudad, con planos y alzados de los monumentos que aún se conservan; la totalidad de los relieves e inscripciones se copiarán y se fotografiarán. Los arqueólogos también usarán los documentos contemporáneos, a la vez que las fuentes topográficas medievales y modernas. Otros estudios se concentrarán en la estratigrafía e historia de la ciudad y se clasificarán todos los detalles de trabajos arqueológicos o documentales previos. Además, habrá investigaciones sobre los testimonios

medioambientales; por último, toda la información proveniente de esta amplia labor se actualiza e informatiza constantemente en Londres.

Otra de las excavaciones de la Sociedad se concentra en un centro habitado muy distinto: la aldea de obreros de Tell el-Amarna. En 1977 se inició un nuevo estudio de la ciudad de Amarna, para elaborar un mapa detallado del lugar con información más precisa que la registrada hasta entonces. Los arqueólogos también querían determinar qué puntos debían tener prioridad en la futura excavación. La aldea de los obreros se eligió porque era bastante grande, por lo que brindaría la oportunidad de estudiar las casas y el estilo de vida de una comunidad particular; también se podría comparar con otra aldea de trabajadores de la casa real –Deir el-Medineh–, porque los artesanos que se ocuparon de la edificación y decoración de las tumbas, en el Valle de los Reyes de Tebas, vivieron allí con sus familias. Asimismo, había muchos testimonios documentales del centro de Deir el-Medineh.

En realidad, la Sociedad había excavado por primera vez la aldea de Amarna en 1921-1922. La nueva empresa se inició en 1979 y quedó completada en 1986; se llevó a cabo una excavación limitada de las casas, dentro de la zona amurallada, y se hizo un estudio amplio de las fundaciones situadas en extramuros, donde se prestó atención a las canteras y a los montones de basura provenientes del caserío. La aldea se alzó en ese lugar cuando Akhenatón fundó su ciudad de Akhetatón (el punto conocido hoy como Amarna); fue abandonada durante el reinado de Tutankamón, aunque es posible que hubiese una nueva ocupación breve, antes del abandono definitivo, durante el reinado de Horemheb. Los hombres que vivían allí con sus familias trabajaban en la ciudad cercana y en las tumbas cavadas en la roca de las faldas de las montañas, que se alzan a espaldas de la ciudad de Akhetatón.

Algunos de los estudios recientes se concentraron en la arquitectura doméstica de la aldea; bastante bien conservadas, las casas dan información sobre la estructura de los edificios y los utensilios usados para la preparación de las comidas. Las condiciones favorables de este lugar propiciaron la supervivencia de restos orgánicos y, gracias a ello, se llevó a cabo un estudio intensivo de los desperdicios y de las pruebas de cultivos locales. Grandes cantidades de huesos indican que en este lugar hubo muchos bueyes, cabras y cerdos; las investigaciones paleoetnobotánicas procuraron establecer los tipos de plantas que cultivaron estos aldeanos. Además de los objetos de madera y de la cestería, sobrevivieron unas 3.500 muestras de elementos textiles, que constituyen una oportunidad única para estudiar una amplia variedad de telas de uso corriente en un centro faraónico. También se recuperaron trozos de tiestos de cerámica, de ciertos depósitos específicos, a fin de analizarlos por ordenador; esto tal vez dé la ocasión de determinar un esquema de distribución de algunos tipos de cerámica en las distintas zonas de la aldea. Existen pocos textos que transmitan algún testimonio escrito de la vida cotidiana, pero los arqueólogos han conseguido reunir información relacionada con la base económica de la comunidad y el estilo de vida de sus habitantes. Este centro también tiene interés por su contexto histórico y religioso general. Incluso en este caso, se usan los ordenadores para crear una serie de bases de datos; la cuidadosa compilación de testimonios arqueológicos de este tipo nos ayudará, en última instancia, a comprender las estructuras sociales y económicas de las sociedades antiguas.

**Kahun revisitado.** Tienen que haber existido muchos pueblos y aldeas semejantes, construidos con igual finalidad, la de albergar a los obreros del faraón, pero hasta la fecha sólo se han descubierto tres: Amarna, Deir el-Merineh y Kahun. Construido hacia 1895 a. C., en principio para albergar a los artesanos y al personal empleado en la construcción, mantenimiento y servicio de la pirámide y del templo fúnebre de Sesostris II en Lahun, el pueblo de Kahun es el más antiguo. Está situado en la muy fértil y bella comarca de El Fayum y se alza en el extremo de una zona hoy cultivada. William Flinders Petrie excavó el lugar en 1888-1889 y fue uno de sus descubrimientos mayores, ya que en esa ocasión por primera vez se desenterró completa una ciudad egipcia. Allí, muchas de las casas estaban entonces aún en pie y contenían objetos abandonados por sus propietarios. La gran cantidad de utensilios de uso cotidiano contribuyó a nuestra comprensión de las condiciones domésticas. La mayor parte del conocimiento sobre el antiguo Egipto se basa en los testimonios de objetos guardados en las tumbas, pero el material de Kahun brinda un punto de vista distinto y, en algunos casos, nueva información, porque los utensilios corrientes del mundo doméstico no siempre aparecían en las tumbas. Entre los objetos de Kahun se incluyen herramientas y equipamiento que sólo son



La excavación de Kahun en el decenio de 1880: Flinders Petrie (con gorra y bastón), su mujer y un visitante.

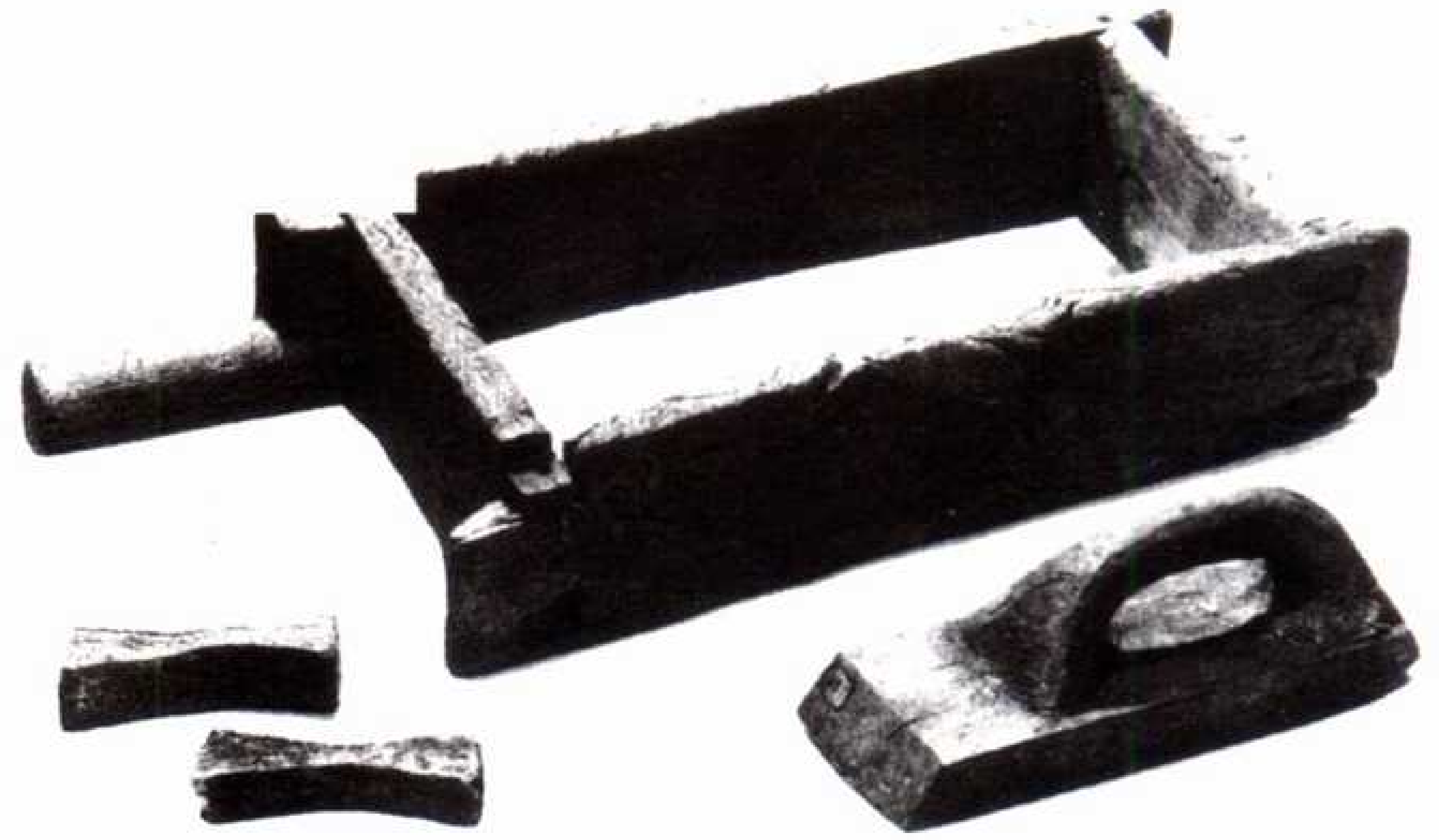
importantes para ilustrar los desarrollos tecnológicos del período. Sumados a esto, los papiros descubiertos en el pueblo brindaron registros y detalles de la vida civil y doméstica; son muy informativos acerca de las prácticas legales, médicas, veterinarias, educativas y religiosas de la comunidad, en la que deben haber vivido médicos, escribas, abogados, artesanos y mercaderes, es decir, todos los integrantes de una pequeña ciudad próspera.

Los objetos excavados en Kahun se distribuyeron, por último, entre varios museos del mundo, pero la mayor cantidad fue a enriquecer la propia colección de Petrie, en la actualidad exhibida en el Colegio Universitario de Londres y en el Museo Universitario de Manchester. Esta última ciudad adquirió esta y otras colecciones importantes de las excavaciones de Petrie sobre todo gracias al patronazgo generoso de Jesse Haworth, industrial textil. Haworth brindó un apoyo financiero importante a las excavaciones de Petrie y, en las de Kahun, él y otro comerciante, Martyn Kennard, fueron los únicos patrocinadores. En Manchester el interés de Haworth por la egiptología también se evidencia en las considerables donaciones que hizo para organizar exposiciones sobre el tema y zonas de almacenamiento adecuadas para las colecciones del Museo Universitario.

Desde el decenio de 1970, con el Proyecto de investigación de momias, se decidió emprender una investigación científica multidisciplinaria con los distintos elementos de las colecciones del Museo; en ese estudio intervendrán, por supuesto, especialistas de distintos campos. En el decenio de 1980 se amplió el campo de acción al material de Kahun y se ha vuelto a examinar toda esta colección. En especial, el equipo debía considerar la antigua tecnología de aquel centro y la tesis de Petrie, que afirmaba que una parte de la población no era de origen egipcio.

Los objetos de Kahun dan una información fascinante sobre el mobiliario de las casas, las técnicas de edificación y carpintería, la fundición de metales, el trabajo agrícola y la pesca, el maquillaje y las joyas, los juguetes y los juegos y las prácticas religiosas. En algunos casos, los objetos de Kahun no tienen paralelo en ningún otro sitio, porque eran demasiado mundanos para que se los incluyese en el mobiliario fúnebre; en otros casos, los objetos sólo se ven en pinturas o relieves murales pero no aparecen entre los objetos fúnebres hallados en Kahun. Hay moldes para ladrillos de barro, palos para encender fuego, llanas de enlucidor (una de ellas todavía tiene pegado un terrón de enlucido que su dueño se olvidó de quitar) y herramientas de labranza, entre las que se incluyen azadas y hoces. En el estudio reciente, fue posible identificar un tubo de cerámica como una antigua colmena.

Se ha iniciado el análisis de los ejemplares botánicos y aún está en marcha un estudio detallado de la tecnología textil del lugar. Por la conexión con Jesse Haworth, Manchester recibió los instrumentos textiles del lugar y, usando esas herramientas y las cestas, sandalias, esteras y otros objetos tejidos, es posible estudiar los procesos de la preparación del lino, el hilado, el tejido y la terminación de las telas de lino, además



Selección de objetos encontrados en Kahun, pueblo de obreros de las pirámides. Abrazaderas en forma de mariposa, molde de ladrillos de barro y llana de enlucir.



Espejo con asa y torques (collar) también provenientes de Kahun. Las torques son muy raras en Egipto, pero se fabricaron durante muchos años en Biblos.

de la fabricación de cuerdas, redes, cestas, esteras y sandalias. Sin embargo, un rasgo poco comprensible es la ausencia, al parecer total, de telas o vestimentas en el lugar.

En la época de la excavación, Petrie planteó la teoría de que un segmento de la población de Kahun era extranjero, basándose en el testimonio estilístico de parte de la cerámica, a la que designó como «foránea», en la presencia de pesos y medidas extranjeros y en indicaciones de que ciertas prácticas religiosas de Kahun no eran egipcias. Posteriormente, esta teoría ganó apoyo de distintos sectores. La traducción de los papiros de Kahun ha demostrado que, en las listas legales, religiosas y domésticas del pueblo, se clasificaba a ciertos individuos como extranjeros y, al parecer, eran lo bastante numerosos como para requerir la presencia de un funcionario especial y un escriba, que se encargaban de ellos.

El proyecto actual ha tratado de volver a examinar la cerámica que, con un criterio estilístico, Petrie describió como «foránea», pero ahora utilizando técnicas científicas modernas, para determinar si la arcilla de esos cacharros es distinta de la utilizada en las piezas egipcias o si los vasos «foráneos» se hicieron en Kahun pero con un estilo diferente. Para hacerlo se eligió como método el análisis por activación mediante bombardeo neutrónico, que confirmó que el grupo extranjero era sin duda distinto, aunque aún no ha sido posible definir el origen exacto de esa cerámica. Asimismo, se inició un análisis de 40 muestras de metales procedentes de Kahun, también mediante el citado análisis por bombardeo neutrónico; en este caso, no se obtuvo ninguna prueba segura de que los objetos de cobre fueran importados, aunque tal vez sí lo hayan sido las técnicas del trabajo del metal; no obstante, se ha obtenido un cuadro general de la naturaleza de las aleaciones y se ha situado a Kahun en el contexto del desarrollo histórico general de la metalurgia.

En esta etapa de la investigación se puede deducir, a título de ensayo, que los residentes extranjeros provendrían de varias comarcas, incluidas Siria, Palestina, las islas del Egeo y Chipre, y que quizá hayan llegado como mercaderes, trabajadores nómades o, quizá, originalmente como prisioneros de guerra. Puede ser que este centro decayera en forma gradual y que la población disminuyera a causa de las condiciones económicas locales. Sin embargo, la cantidad, variedad y tipo de los objetos abandonados en el lugar indicarían una evacuación repentina y no prevista. Petrie tan sólo excavó unas dos terceras partes del lugar y puede que en el tercio restante aún se encuentre enterrada más información.

**Nuevas disciplinas, nueva tecnología**. En su sentido más amplio, la arqueología obtiene beneficios considerables de las nuevas tecnologías. En las excavaciones, los dispositivos de captación remota y las investigaciones aéreas (como las realizadas en Tebas y Amarna) ayudan a los arqueólogos a localizar ruinas extensas y a establecer cuáles son los puntos más importantes. Una vez desenterrado el material, otras técnicas aseguran que los objetos se conserven y registren; los medios de almacenamiento de datos, por otra parte, permiten a los investigadores reunir y valorar los hechos con rapidez y precisión mayores. Incluso los objetos desenterrados hace años se someten hoy a estos estudios y pueden proporcionar nuevos elementos sobre la historia y la socioeconomía de su lugar de origen. La tecnología moderna también ha permitido el progreso de otros sectores de la egiptología: los ordenadores se usan cada vez más en el estudio de la lengua y de los textos y también en planes como el Proyecto del Templo de Akhenatón, en el que se utilizó un ordenador para determinar la posición relativa de los fragmentos de escenas representadas en los bloques decorados que provenían de los templos tebanos de Atón, y que, tras el desmantelamiento de los edificios hecho en la antigüedad, se habían vuelto a utilizar en otras construcciones.



La doctora Margaret Murray y su equipo mientras abrían la momia de uno de los Dos Hermanos, en Manchester, 1908.

Otros desarrollos notables se produjeron en el campo de la paleopatología (estudio de las enfermedades en los cuerpos humanos natural o artificialmente conservados), y en Egipto las momias brindan la mejor oportunidad para las investigaciones científicas modernas. A comienzos de este siglo, fueron muchos los pioneros en este campo, entre ellos, Elliot Smith, Armand Ruffer, Wood Jones, Douglas Derry, Margaret Murray y otros; desde entonces se ha seguido un estudio continuado, aunque intermitente, de las momias egipcias. Hasta hace poco, ese estudio se concentró en análisis radiológicos, pero en los últimos quince años se produjeron adelantos de gran importancia.

En 1968, la Universidad de Michigan inició un proyecto para llevar a cabo un estudio radiológico de la colección de momias reales del Museo de El Cairo. Las radiografías laterales cefalométricas de los cráneos permitieron a los investigadores comparar la variación morfológica craneofacial de las momias y estudiar las semejanzas y diferencias entre los miembros de la familia real; en el caso de la reina Tiyi, esta prueba permitió la identificación de su momia. Los intereses profesionales de este equipo se centraron sobre todo en la historia dental y las enfermedades de las momias y en la determinación de la edad de cada individuo en el momento



La autora y el doctor Tapp hablan sobre la apertura de la momia 1770 de Manchester, en 1975.

de su muerte, obtenida por la interpretación de las radiografías.

Ramsés II fue tema de otro estudio médico intensivo. En 1976-1977 su momia fue llevada a Francia para someterla a un tratamiento de conservación; en la Comisión de Energía Atómica, se sometió a la momia a una radioesterilización, usando rayos gamma de una fuente de cobalto 60, para eliminar los parásitos que la habían invadido. Asimismo, se emprendieron otras investigaciones limitadas de las que derivaron algunos resultados referidos a la salud del rey; también se supo que Ramsés tenía tez clara y, probablemente, era pelirrojo.

Por su parte, un equipo de expertos estadounidenses y canadienses realizó una serie de autopsias y estudios científicos de cierta cantidad de cuerpos embalsamados, egipcios y de otra procedencia. En 1973, en Estados Unidos, se hizo la primera de esas autopsias, sobre una momia egipcia del Museo de la Universidad de Pensilvania, en Filadelfia. Colaboraron expertos de distintas instituciones en la investigación relacionada con esta momia y con otras tres, también de Filadelfia, y el proyecto de investigación sobre la segunda momia de Filadelfia (PUM II) se convirtió en la base del desarrollo de la Asociación de Paleopatología hoy internacional. En 1974 se amplió este grupo, cuando el Museo Real Canadiense de Ontario aportó otra momia, en la que un equipo de estadounidenses y canadienses hizo una autopsia y otros estudios. Esas momias representan una gama de clases sociales y períodos históricos y el equipo ha utilizado distintas técnicas, entre las que se incluyen la radiología, la histología, la microscopia electrónica, los análisis bioquímicos, la activación mediante bombardeo neutrónico, las técnicas de absorción atómica de carbono 14 y los estudios dentales; todo esto produjo amplios resultados, incluidos datos interesantes sobre enfermedades de estas momias.

En Inglaterra, el importante programa Proyecto de Investigación de Momias de Manchester persigue ciertos objetivos en este campo desde 1973. En primer lugar, se procuró descubrir toda la información posible originada en la colección de 21 momias humanas y 34 animales que se encuentra en el Museo de la Universidad; se buscaba definir las condiciones de vida de esa época, las creencias funerarias y religiosas, las enfermedades y causas de muerte. En segundo término, el Proyecto intentaba establecer una metodología para el examen de las momias, utilizando una amplia variedad de técnicas científicas, en condiciones cercanas a las ideales. El equipo de científicos aplicó técnicas tan tradicionales y no destructivas como la radiología pero, en 1975, también abrió una de las momias de Manchester y practicó la autopsia en ella, la catalogada bajo el número 1770. Ésta fue la primera vez en que una momia se disectó científicamente en Gran Bretaña, después de que, en 1908, Margaret Murray y su equipo abriesen las momias de los Dos Hermanos en Manchester; por consiguiente, el acontecimiento atrajo una amplia cobertura de medios de comunicación. A continuación el equipo utilizó por vez primera métodos de examen virtualmente no destructivos que combinan la radiología, la endoscopia y la histología, de modo que en la actualidad se obtienen pruebas sin que sea necesario abrir ni destruir una momia.

El trabajo del Proyecto Manchester ha sido tema de varios libros, de una cantidad de películas destinadas a la televisión y a la enseñanza universitaria y de una exposición muy importante, realizada en 1979 en el Museo. Además, dos simposios internacionales sobre el tema «La ciencia en la egiptología» se llevaron a cabo en Manchester, con la participación de investigadores del campo de la paleopatología egipcia, provenientes de varios países. Resultado de uno de esos encuentros fue que se creara en Manchester una base internacional de datos sobre momias; en ella se almacena la información de todas las colecciones del mundo, con una atención especial puesta en los estudios científicos que se llevaron a cabo sobre las momias y en los ejemplos de enfermedades que así se descubrieron. El equipo de Manchester tiene un programa de investigación a largo plazo, para desarrollar el enfoque no destructivo y los estudios médicos relacionados; al respecto, hace poco iniciaron trabajos en Egipto para examinar las momias desenterradas en depósitos arqueológicos.

Una ponencia de un científico sueco, presentada en el simposio realizado en Manchester en 1984, señalaba un desarrollo importante en paleopatología. Este científico había logrado clonar el ADN (que contiene los datos genéticos individuales) de un tejido de la momia de un niño egipcio, datada hace 2.400 años. De un conjunto de 23 momias, sólo ésta proporcionó ADN clonable, pero las posibilidades de los trabajos venideros en este campo son enormes. Los estudios futuros podrían incluir la investigación de los descendientes de la población antigua de Egipto y de las relaciones entre los jefes de las distintas dinastías, así como entre los miembros de la misma familia real. En un contexto más amplio, Egipto proporciona oportunidades únicas por sus momias bien conservadas, sobre las que se podrán llevar a cabo investigaciones acerca del desarrollo genético de una población y de la

evolución de los virus contenidos en el ADN, abarcando un lapso considerable.

**La conservación y el futuro**. Sin embargo, los estudios no se concentraron exclusivamente en la incidencia de enfermedades en las momias. La conservación de las momias se ha vuelto importante y las condiciones medioambientales y de exposición correcta de los restos momificados, como también una variedad de técnicas científicas para combatir los ataques de insectos, hongos y microorganismos que causan deterioro en las momias, están en desarrollo en la actualidad. En general, la conservación –de los monumentos egipcios y de los objetos de los centros excavados o de los que están en colecciones de museos– se ha convertido, a lo largo del decenio pasado, en un ámbito de significación crucial para la egiptología. Por diversos motivos, en Egipto los problemas medioambientales se han multiplicado en tiempos recientes. La presa de Assuán, beneficiosa en algunos aspectos, determinó que ya no se produzcan las inundaciones del valle del Nilo, con el resultado de que el nivel del agua permanezca en el valle en una cota constante y relativamente alta durante todo el año. Esto ha traído problemas para alguna tumbas y templos, porque ahora la humedad sube por las paredes y es muy visible en algunos edificios. Debido a este problema, se produce una recristalización de sal sobre la superficie de esos muros, lo que ocasiona el deterioro de las inscripciones, los relieves y las pinturas y, además, de la estructura de los edificios.

A esto se suma que, durante el decenio pasado, se produjo un aumento notorio del número de turistas que visitan ese país para disfrutar de los monumentos, a la vez que generan problemas específicos. La presencia de esas personas en las tumbas incrementa la humedad ambiental relativa y también, gradualmente, perjudica las superficies y pinturas de las paredes. Los centros de interés ahora abiertos al turista son muchos más, lo que disminuirá la presión en algunos de los sitios ya conocidos, es de esperar. No obstante, la conservación seguirá desempeñando un papel fundamental para mantener esta herencia, tan importante como la preservación de los monumentos y objetos antiguos y, si ya se ha producido el deterioro, el tratamiento correcto de los problemas.

Uno de los planes más estimulantes en este campo es el del estudio que se lleva a cabo en el Valle de las Reinas de Tebas, sobre la tumba de la reina Nefertari, esposa favorita de Ramsés II. Esa tumba, una de las más bellas de Egipto, estuvo cerrada al público durante casi cincuenta años. Las paredes, decoradas con pinturas que muestran a la reina y su paso al otro mundo, están muy afectadas por la humedad y los depósitos salitrosos, con el resultado de que esas escenas empiezan a deshacerse en escamas. El último intento de solucionar el problema, llevado a cabo por expertos egipcios y americanos que usan una buena cantidad de modernas técnicas científicas, procurará determinar el recorrido de la humedad y cuáles son las sales que impregnan las paredes; a continuación se procurará conseguir la forma de bloquear los cauces de la humedad y de proteger la tumba de una destrucción futura.

No hay duda de que la egiptología enfrenta muchos desafíos, pero también hay muchos aspectos positivos. Son varios los países que en la actualidad costean excavaciones en Egipto y, sin cesar, se descubren hechos que conducen a una revaloración de los antecedentes históricos y del desarrollo social de Egipto. Los estudios lingüísticos florecen en muchos centros: el conocimiento creciente de la gramática y de la sintaxis permite que los estudiosos hagan traducciones cuidadas y precisas de los textos arcaicos.

De todas las civilizaciones antiguas, quizá la egipcia sea la que más estimula la imaginación de un público muy amplio y de una forma vivaz y directa. Por ello aumenta el apoyo económico a las sociedades de egiptología y las conferencias públicas atraen a un gran número de personas; Egipto ya no es un sitio distante para pasar las vacaciones y, hoy, un viaje por el Nilo es una experiencia de la que muchas personas disfrutan. En museos de otros países, las exposiciones de antigüedades egipcias atraen a gran número de visitantes: la muestra «Tesoros de Tutankamón», preparada por el Museo Británico a comienzos del decenio de 1970, superó todas las expectativas en cuanto a número de visitantes y, un decenio después, la Sociedad de Exploración de Egipto celebró su centenario de trabajos de excavación con dos muestras, una en el Museo Británico y la otra en Manchester. La segunda reunió –en algunos casos por primera vez desde que fueron desenterrados– objetos que están en las colecciones del Colegio Universitario de Londres y del Museo de Manchester. También en Manchester, la exposición temporal que mostraba el trabajo del equipo de investigación de momias atrajo a visitantes de diversos campos y otras presentaciones en otros sitios suscitaron el entusiasmo del público.

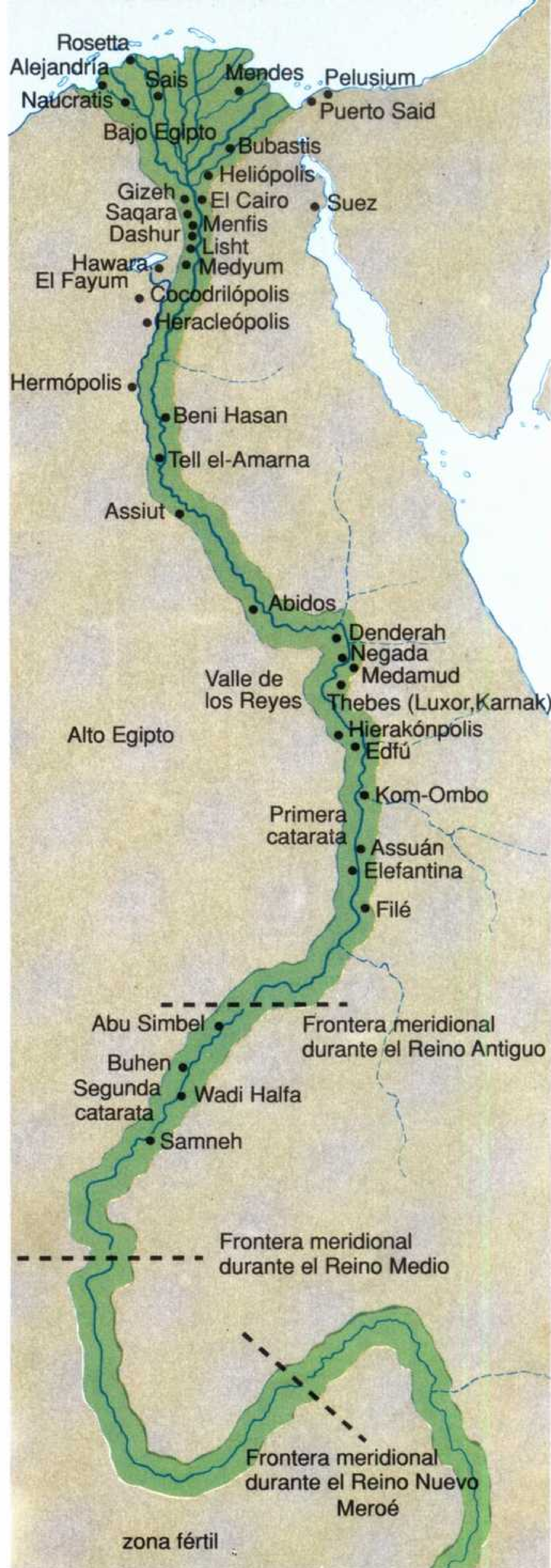
Asimismo, los museos de todo el mundo han emprendido importantes renovaciones de sus galerías egipcias permanentes, entre ellos el Museo Metropolitano de Nueva York y el Museo de Bellas Artes de Boston. Dos nuevas instalaciones británicas a gran escala son la nueva Galería de Escultura del Museo Británico y las galerías totalmente renovadas que versan sobre creencias fúnebres egipcias y prácticas de la vida cotidiana del Museo de la Universidad de Manchester, que recibieron el premio anual de 1987 otorgado por el Museo Británico. El Museo Petrie del Colegio Universitario de Londres, que alberga la colección de investigación y enseñanza de este arqueólogo, también se renovó y restauró por entero.

Sin embargo, quizá el desarrollo más importante de la egiptología, en los últimos años, sea la tendencia de los propios egiptólogos a tomar conciencia del potencial considerable que les ofrece la tecnología moderna. Si aprovechan estas oportunidades y estimulan a los especialistas de otras disciplinas a desarrollar un trabajo conjunto, se podrá sumar una gran cantidad de informaciones nuevas al conocimiento existente y las antigüedades se conservarán para solaz de las generaciones futuras.

A. Rosalie David



# Capítulo primero: Egipto antiguo




**La tierra.** Los egipcios llamaron Kmt a su tierra, es decir, «la Tierra Negra», refiriéndose al fango negro y fértil que el Nilo deposita anualmente en sus riberas y que permite la existencia de vida en ese valle que, de otro modo, sería yermo. Llamaban al desierto «Tierra roja» (Dšrt). Hoy aún es posible pisar con un pie en la Tierra Negra y con el otro en la Tierra Roja: las dos zonas están muy claramente definidas. Este contraste hizo que los antiguos egipcios comprendieran de un modo dinámico la contigüidad de la vida y la muerte; para ellos, la naturaleza demostraba con claridad la secuencia inevitable de la muerte y el renacimiento de su tierra.

El historiador griego Herodoto, con gran acierto, llamó a Egipto «el don del Nilo» y nadie era más consciente de ello que los egipcios mismos. Con una media de lluvias anual muy baja, Egipto siempre dependió para vivir de las inundaciones anuales del Nilo, cuyas aguas invaden las riberas y depositan sobre el terreno el negro limo fértil. Desde tiempos muy antiguos se practicó la irrigación; se construyeron diques para contener la inundación y se abrieron canales para que las aguas fluyesen hasta las tierras resecas. La agricultura era la ocupación principal de los campesinos, interrumpida tan sólo durante los meses finales del verano por efectos de la inundación, época en la que se les daba una actividad alternativa. En tiempos antiguos, una bajante del río era desastrosa y podía significar el hambre para muchas personas.

Un mapa de Egipto muestra claramente que el país se divide en zona norte –el delta– y zona sur –el «extremo» del

Vista aérea del Nilo, que muestra la tierra negra fértil a ambos lados del río y la tierra roja desértica adyacente.



país– que con sus meandros se interna en África. El delta, donde los brazos del Nilo desembocan en el Mediterráneo, es lozano y verde y, en la actualidad, presume de sus grandes ciudades: Alejandría y El Cairo; aquí las antigüedades no están tan bien conservadas como las magníficas ruinas del sur, donde la sequedad del desierto las ha salvado. La región más meridional del país, el Alto Egipto, es una franja alargada de tierras de cultivos que se extienden sólo a unos pocos kilómetros a cada lado del Nilo.

Egipto, en tiempos antiguos, fue el punto en que se encontraron las culturas de África, Europa y Asia; aun así, era un país aislado, que dependía sobre todo de sus propios recursos y de la habilidad innata de su pueblo. En su período de desarrollo estuvo protegido de la invasión extranjera constante por factores geográficos y, a diferencia de otras comarcas del antiguo Oriente Próximo, quedó fuera de la ruta directa de los ejércitos conquistadores. Este aislamiento contribuyó a que los egipcios desarrollaran su civilización con pocas interrupciones y, aunque establecieron contactos comerciales con otros países desde las épocas más arcaicas, aprendieron a fiarse sobre todo de los recursos naturales y a perfeccionar las habilidades imprescindibles.

La tierra era rica; los animales domésticos, los peces, las aves de corral proporcionaban una dieta variada, que se sumó a hortalizas y frutas abundantes. Cultivaban el lino y el papiro, que les dieron fibras para sus ropas y papel para escribir; el suelo también les brindó piedras duras y blandas para la construcción y la talla de estatuas y vasos, piedras semipreciosas, como la turquesa y la cornalina, cobre y, sobre todo, oro. Para una sola materia prima tuvieron que apelar a sus vecinos: la madera, necesaria en tantos aspectos de la vida, casi no existía en Egipto y la de cedro se importó del Líbano y de Siria, a lo largo de toda la historia del pueblo egipcio.

No es de extrañar que los egipcios se consideraran bendecidos por los dioses ni que el Nilo fuese su compañero constante en todas las actividades: los abastecía de comida, regaba sus tierras, constituía un medio fácil de transporte, con el que se unían las riberas del delta, junto al Mediterráneo, y las cataratas meridionales del Alto Egipto. Su poder sólo tenía rival en la fuerza vivificante pero destructora del sol.

**Egipto prehistórico** (antes del 12000 hasta el 3100 a. C.). Los seres humanos llegaron a Egipto en el período paleolítico (primera etapa de la Edad de Piedra). Las huellas de esa ocupación se han encontrado en las terrazas de grava del valle del Nilo y en el desierto circundante. Eran cazadores y recolectores que fabricaban herramientas de piedra –hachas de mano, instrumentos cortantes y puntas bien elaboradas–, a menudo con gran habilidad. Eran nómades, pues, y cazaban leones, cabras, ganado salvaje, ovejas e íbices y también cocodrilos, hipopótamos, peces y aves, en las regiones pantanosas.



Figurina predinástica de la cultura de Negada (mediados del cuarto milenio a. C.), hallada en una tumba de Mamariya.

Hacia el período neolítico (fines de la Edad de Piedra) esos hombres empezaron a asentarse en aldeas permanentes: ya habían adquirido conocimientos de agricultura. Aunque el neolítico es tardío en Egipto, comparándolo con el Oriente Próximo, hay gran cantidad de testimonios de que, hacia la segunda mitad del quinto milenio a. C., eran corrientes la cría de animales, el cultivo, la edificación y la fabricación de cerámica y cestos.

Se hallaron centros poblados en El Fayum y cerca de Deir Tasa, en el Egipto Medio (la denominada «cultura tasiana»). Los enterramientos de este período indican que ya por entonces los egipcios creían en una vida de ultratumba. Enterraban a sus muertos en agujeros ovales poco profundos, cerca del desierto, y los colocaban encogidos y de lado, para cubrirlos con una estera de cañas. Les dejaban vasos de cerámica, comida, bebida, paletas para pulverizar cosméticos, herramientas de piedra y cuentas de hueso, marfil y concha, para que usaran esas cosas en la otra vida.

El período siguiente, calcolítico, se caracterizó por el uso ocasional del cobre. En su curso se desarrollaron en Egipto dos culturas principales. La meridional recibió el nombre de «cultura badariense», por los cementerios descubiertos en las cercanías de la aldea de Badari, situada en el Egipto Medio; otros yacimientos diseminados por el Alto Egipto también han brindado material «badariense». Los habitantes de Badari eran labriegos pacíficos, que produjeron una cerámica fácilmente reconocible, roja o marrón con un borde superior negro, vasijas hechas con piedras ahuecadas, paletas de pizarra, vasos de marfil tallado, peines y cucharas, y collares de cuentas de esteatita que, por primera vez, se presentan vidriadas. También se descubrieron herramientas sencillas de cobre y varios tipos de cuentas. Cerca de los cementerios humanos, al parecer, algunos animales recibieron entierros sacros, lo que tal vez indique que ya existía una creencia religiosa.

El período amratiense, y la primera etapa de la cultura predinástica, se derivaron de la fase badariense. Existen testimonios del amratiense en el cementerio de Hammamiya. Lo característico de esta cultura fueron las paletas de pizarra, cada vez más corrientes, las cabezas de maza en forma de disco, y la cerámica roja pulida con decoraciones de línea blanca.

Entre tanto, en el Bajo Egipto, se había desarrollado una cultura predinástica distinta, pero sus testimonios quedaron destruidos en parte por los depósitos aluvionales del delta, que posiblemente cubrieron los niveles más antiguos. Los cementerios de esta región, que datan del período llamado «gerzeense» (época predinástica media y tardía), se encuentran en Gerzeen, Abusir el-Melek y Harageh. Los muertos se enterraban en tumbas –ovales o rectangulares–, que algunas veces incluían mobiliario fúnebre y comida en compartimientos separados pero contiguos. Este pueblo fabricó vasos de piedra, objetos de pedernal, paletas con forma de animales y pájaros, cabezas de maza en forma de pera, vasos vidriados y joyas; también se han encontrado cuentas de hierro, cobre y oro. La cerámica característica era de dos tipos –los vasos «ondulados», que pueden haber tenido origen palestino, y la cerámica «decorada»– de color marrón amarillento, rosa o gris y con dibujos decorativos de línea roja, que representan naves, paisajes y figuras humanas y de animales. Estos productos del norte, al parecer, llegaron al



Vaso de cerámica de la época tardía predinástica, cultura negadense, con decoración pintada; posiblemente se usó como vaso para beber.

Egipto Meridional en grandes cantidades durante el período predinástico.

La cultura del Bajo Egipto indica un contacto con tierras extranjeras: los países mediterráneos y el Asia Menor no estaban muy lejanos. A lo largo de este período, Egipto vivió una etapa de sociedad neolítica avanzada, configurada en su base por varias tribus de distinta localización; después, surgieron un par de monarquías bien definidas y muy organizadas en el norte y en el sur. Al mismo tiempo, se hace visible un cambio en distintos aspectos de la cultura material: las artes y artesanías se desarrollan con rapidez, aparecen edificios de ladrillo monumentales y la escritura, es decir, los componentes básicos de la civilización. Al parecer, no hay una fuente directa interna para estas innovaciones, aunque algunos historiadores las consideran un desarrollo natural de las culturas arcaicas halladas en Egipto. Una posibilidad es la de que otro pueblo llegara a Egipto, ya fuese en una invasión masiva o mediante una infiltración gradual, trayendo las nuevas ideas.

Por esta época, en verdad, se presenta un nuevo tipo físico en Egipto. Los restos de esqueletos de esa gente demostraron que se trataba de individuos más fornidos que los habitantes autóctonos, y que sus cráneos eran de forma distinta. Se ha dicho que el lugar de origen de esos intrusos podría ser la Mesopotamia, ya que tanto en Egipto como en Mesopotamia la escritura se desarrolló en fechas muy antiguas. Por esta época también, aparecen en Egipto cabezas de maza, sellos cilíndricos y paletas de pizarra que muestran ciertas afinidades artísticas con sus equivalentes de la Mesopotamia; todos estos objetos eran desconocidos anteriormente en tierras egipcias. Las grandes estructuras funerarias de ladrillo, con forma de nicho, de las dinastías egipcias an-

tiguas pueden haberse inspirado en los templos de ladrillo de Mesopotamia. En el mango de un cuchillo hallado en la localidad egipcia de Gebel el-Arak, y en pinturas funerarias de Hierakónpolis, aparecen escenas de batallas navales en las que se enfrentan barcos de tipo egipcio y de tipo mesopotámico.

Es poco probable que el comercio al que se adjudica esta influencia extranjera en Egipto no haya sido una corriente doble de ideas o productos. Es muy posible que algunos inmigrantes llegaran, como lo muestra el cuchillo de Gebel el-Arak, atravesando el Mar Rojo y siguiendo después el cauce del Wadi el-Hammamat o el del Wadi el-Tumilat; otros, sin duda, habrán hecho su camino por tierra, tal vez por Siria y el istmo de Suez, hacia el delta. Algunos habrán entrado por la fuerza, otros, quizá por infiltración pacífica. Es posible que todo el proceso llevara muchos años y que el efecto sobre Egipto tuviese corta vida: las formas artísticas y los rasgos arquitectónicos ya no muestran una influencia exterior continua después de la Dinastía I. Los distintos tipos físicos, por último, se habrán mezclado para configurar una nación.

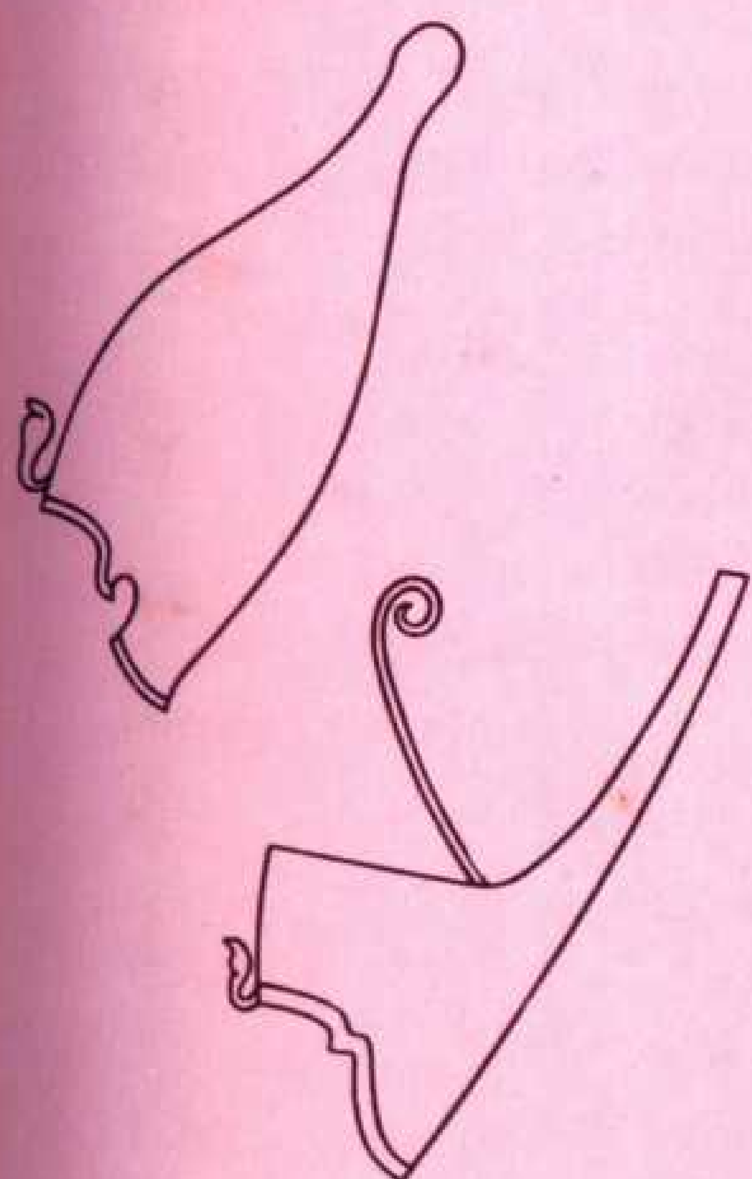
Todo este proceso es simple conjetura y el lugar de origen de las nuevas ideas es incierto. Una de las posibilidades sugeridas es que los inmigrantes hayan llegado tanto a Egipto como a Mesopotamia desde un centro aún no descubierto. Quizá no lo sepamos jamás, pero está claro que un nuevo factor inspiró a los habitantes del Valle del Nilo, dueños de aptitudes artísticas, y que los puso en el camino firme desarrollado en los siglos siguientes. Por primera vez tenemos un ejemplo de la habilidad de los egipcios para establecer contacto con ideas y pueblos extranjeros que entraron en su país, para absorber todo esto, cambiarlo y moldearlo a su modo. Este proceso de asimilación a lo egipcio se mantiene a lo largo de toda la historia del país.

En el período predinástico tardío (hacia 3400 y hasta 3100 a. C.), crecieron dos reinos independientes. Ambos se parecían por su organización en pequeños distritos independientes, cada uno de los cuales tenía una ciudad principal, una divinidad local y un caudillo. El reino septentrional del delta tenía su capital en Pe (la «Buto» griega), cuya diosa protectora era Edjo, divinidad con aspecto de cobra; el reino meridional del Alto Egipto tenía su capital en Nekheb, cerca de Hierakónpolis, bajo la protección de la diosa buitre Nekhbet. Poco se sabe de los soberanos de estos reinos, pero unos fragmentos de la cabeza de una maza hallados en Hierakónpolis pertenecieron a un rey –Escorpión– y están decorados con escenas que muestran cómo derrotó a sus enemigos y cómo desarrolló el sistema de irrigación. Es probable que Escorpión haya preparado el camino para los grandes éxitos que, posteriormente, tendría Narmer en la unificación del país. La historia del Egipto dinástico nació con la conquista del norte por un rey meridional, Narmer-Menes, quien después se constituyó en soberano del Egipto unificado. El de Menes se da como el nombre del primer rey de la Dinastía I en un texto del historiador Manetón y, a pesar de algunas discusiones entre los historiadores modernos, en general se acepta su identificación con Narmer.

Desde este momento y hasta el fin de su historia, los reyes del Antiguo Egipto jamás olvidaron el dualismo de su reinado. En la nómina real (o lista de cinco nombres de faraón), esto se recordaba cuando los soberanos recibían el epíteto de «Rey del Alto y Bajo Egipto» y «Señor de las Dos

*Abajo, izquierda:* las coronas del Alto Egipto *(izquierda)* y del Bajo Egipto.

*Abajo, derecha:* Las dos caras de la paleta de esquisto del rey Narmer, en las que el monarca está representado llevando ambas coronas egipcias.







Tierras». También invocaban la protección de dos diosas antiguas –el buitre y la cobra– de las dos capitales arcaicas. La unificación se produjo hacia el 3100 a. C. y la descubrió, por azar, tras haber encontrado una paleta de pizarra decorada por ambas caras, J. E. Quibell, un arqueólogo que en 1898 dirigía una excavación en Kom el-Ahmar. Se piensa que esta paleta representa la unificación de Egipto por el soberano victorioso Narmer. En una de las caras, el rey aparece tocado con la Corona Blanca de Rey del Alto Egipto y en la otra cara está representado con la Corona Roja del rey del Bajo Egipto, cuyo mando se extendía hasta el delta y más allá.

**Período Arcaico** (Dinastías I y II, 3100-2686 a. C.). Es posible que Narmer se casara con una princesa nacida en el norte, a fin de consolidar sus conquistas. Según cuenta Herodoto, este soberano trasladó su capital al norte, donde fundó como ciudad de residencia un centro llamado «Murallas Blancas», que sería la Menfis de tiempos posteriores. Era una localización ideal desde la que podía atender los asuntos de su muy vasto reino.

Otros siete soberanos de la Dinastía I le sucedieron y extendieron su mando desde el Mediterráneo hasta la primera catarata, donde entablaron guerra contra las tribus nubias. Enviaron expediciones al Sinaí para asegurarse las importaciones de cobre y malaquita y, al parecer, vencieron a algunos de los libios, tribus conocidas por sus cabellos rubios o rojos y sus ojos azules, que vivían en el extremo del desierto occidental. Un relieve en piedra, que data del reinado de Djer (el tercer rey de la dinastía), hallado cerca de Buhen, en el Sudán, sugiere que hubo intentos de controlar esta región.

Los reyes de la Dinastía II (h. 2890-2686 a. C.) provenían de la ciudad meridional de Tinis. Poco se sabe de ellos, pero esta época parece haber sido de disensiones internas. Los reyes de las Dinastías I y II fueron enterrados en grandes tumbas de ladrillo llamadas mastabas. Petrie descubrió una serie de estructuras en Abidos, pertenecientes a los soberanos de la Dinastía II, y aunque no contenían restos humanos, se creyó que eran tumbas reales; también había una gran cantidad de tumbas secundarias, pertenecientes a personas del entorno real. Emery, mientras excavaba cerca de Menfis, en Saqara, desde el año 1835 en adelante, descubrió un grupo de construcciones semejantes, que era dos veces mayor que el conjunto de Abidos; además, estaban mejor preservadas y contenían algunos restos humanos. Las estructuras eran de ladrillo de barro y también se había usado madera y piedra en la edificación.

Buena parte de lo que sabemos sobre esta época se basa en el material encontrado en las mastabas de Abidos y Saqara. Las estructuras de Abidos estaban identificadas individualmente con sellos y objetos inscritos, hallados dentro, y también porque fuera de las tumbas había estelas que llevan los nombres de los difuntos. El material inscrito de Saqara permitió que una de las mastabas se fechara en un reino determinado, pero no estableció quién era su ocupante. Emery creyó que las tumbas de Abidos eran cenotafios, jamás ocupados por los reyes, que habrían sido enterrados en Saqara. Estos dos conjuntos estructurales podrían representar, pues, a los reyes en sus funciones duales de soberanos del Alto y Bajo Egipto. No todos los egiptólogos apoyan esta teoría pero no se puede negar que, fuera cual fuese su finalidad, las estructuras dan testimonio de la unidad y consolidación lograda muy poco después de la victoria de Narmer.

Los artesanos egipcios perfeccionaron cada vez más sus habilidades durante el período arcaico. Produjeron magníficos vasos de piedra y experimentaron con el esmalte de Faenza y el cristal azul. Fabricaron herramientas y armas de cobre, a la vez que desarrollaban el trabajo del cobre y el oro. También hicieron estatuas de piedra, marfil y, probablemente, de madera y cobre, además de joyas muy elaboradas y mobiliario fúnebre. Los escribas empezaron a usar el papiro para escribir; en la escritura se inició el despliegue de elementos de una estructura sintáctica hacia fines de la Dinastía I.

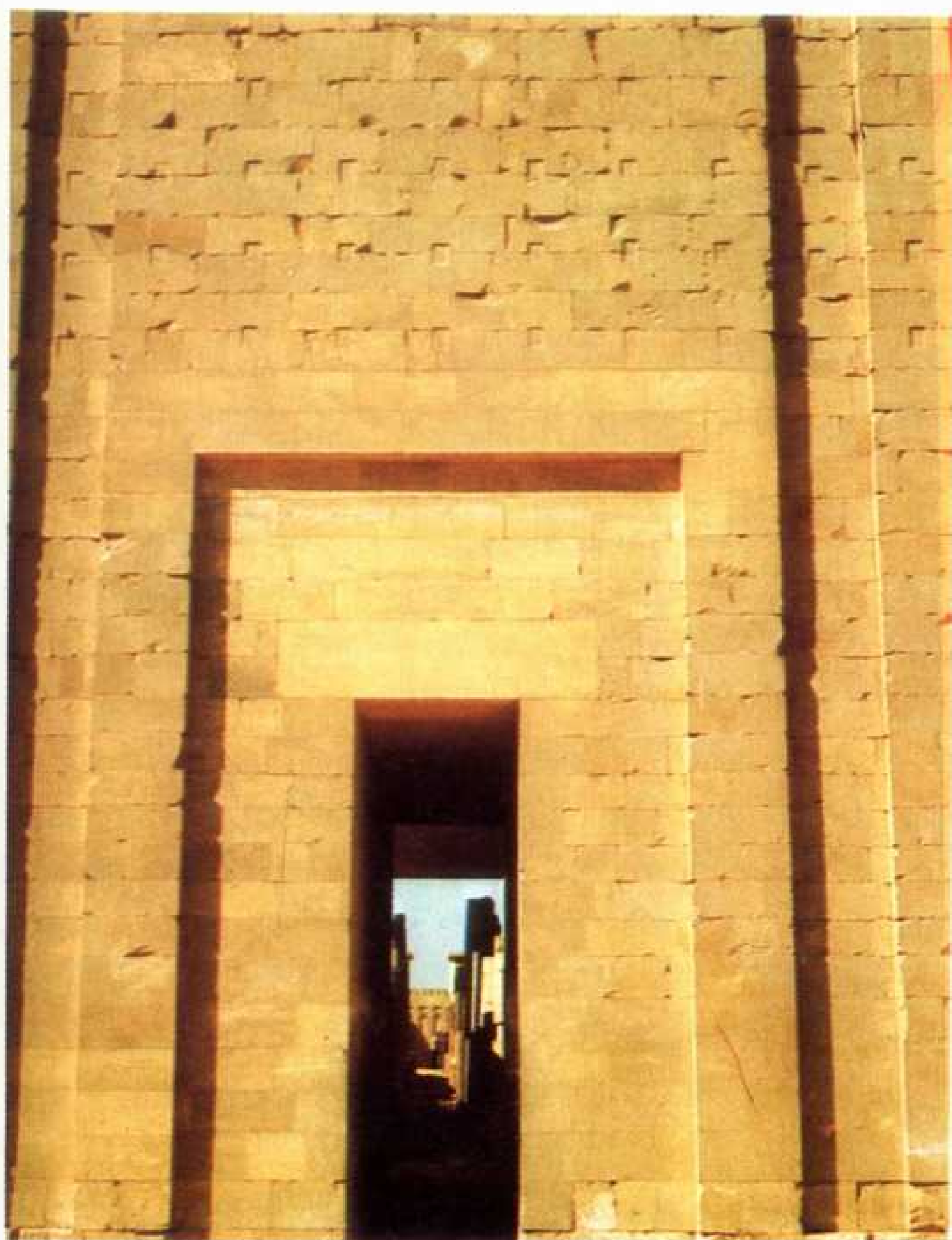
El Período Arcaico, tiempo de experimentación, puso los cimientos del brillo posterior. Los hombres del Reino Antiguo habrían de desarrollar aquellas habilidades y establecer su impronta imborrable en la antigua civilización egipcia.

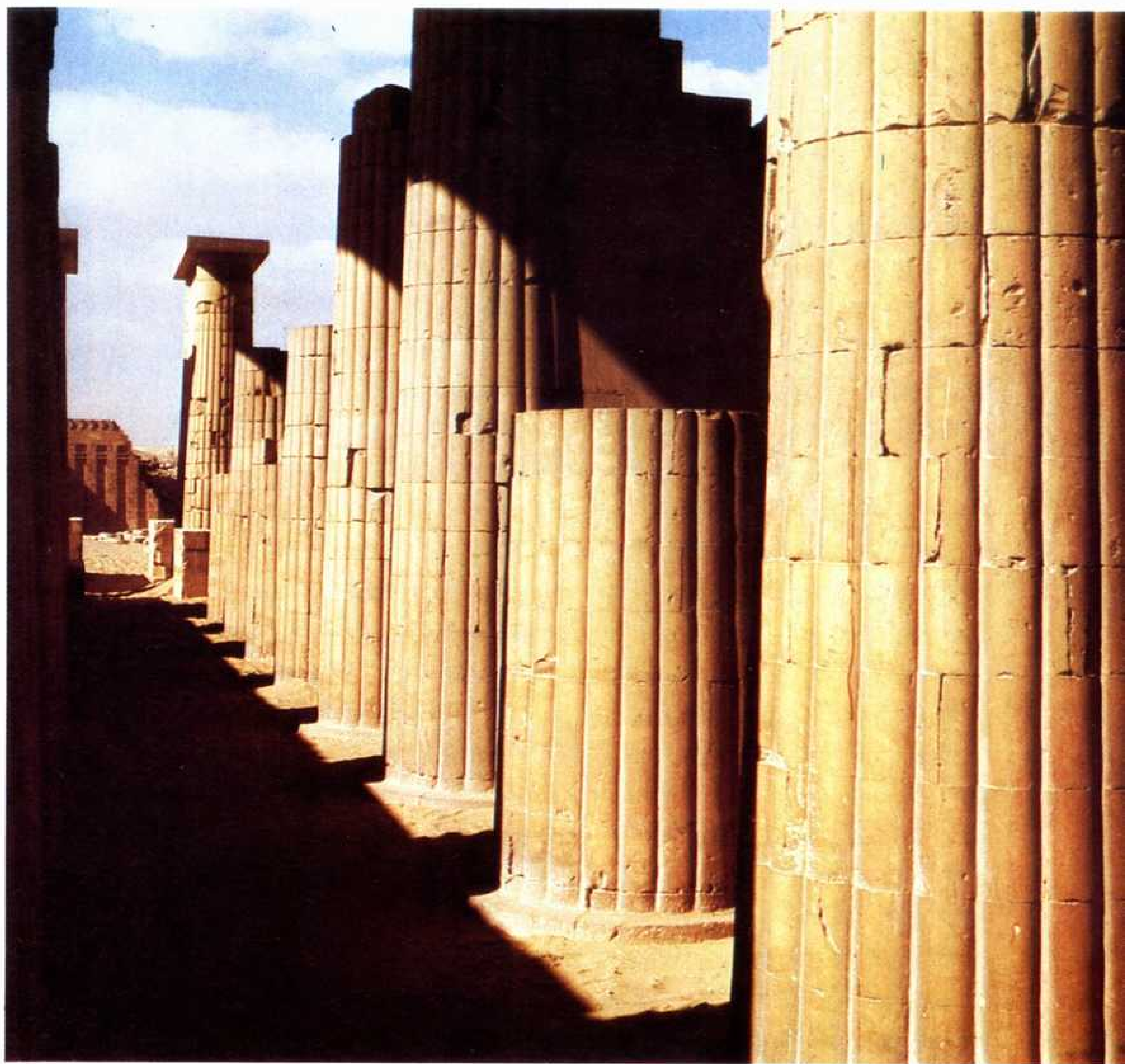
**Reino Antiguo** (Dinastías III a VI, h. 2686-2181 a. C.). Durante el Reino Antiguo se consolidó un estado poderoso; se exhortaba a los egipcios a poner en práctica la modestia, la discreción, la honestidad y el respeto hacia los mayores y a reconocer su propio lugar en la jerarquía social. En la cima estaba el rey; desde el principio se le consideró divino, aunque algo por debajo de los dioses, pero hacia la Dinastía V se empezó a pensar que el soberano era realmente hijo del dios sol. En los años iniciales hubo un abismo tremendo entre el monarca y sus súbditos; con el tiempo y por diversas razones, ese abismo se fue cerrando. A comienzos de la Dinastía III, el arquitecto real Imhotep diseñó para el rey Djeser o Zoser la primera gran estructura de piedra edificada por el hombre: la pirámide escalonada de Saqara, que estaba rodeada por un complejo de callejuelas y edificios y por una muralla circular que medía más de 1,5 km de longitud. Se trataba de un experimento, para el que se utilizaron una nueva forma arquitectónica y nuevos materiales y técnicas de construcción, pero los elementos decorativos hallados allí, en muchos casos, provenían de las arcaicas cabañas de barro y paja.

En tiempos de la Dinastía IV, los reyes fueron enterrados en verdaderas pirámides y las tres que se encuentran en Gizeh, construidas para Queops, Kefrén y Micerino, son la culminación de los logros en este campo. Probablemente el responsable de la construcción de la Gran Pirámide fue el

Saqara, necrópolis del Reino Antiguo, un complejo de pirámides, capillas y tumbas.

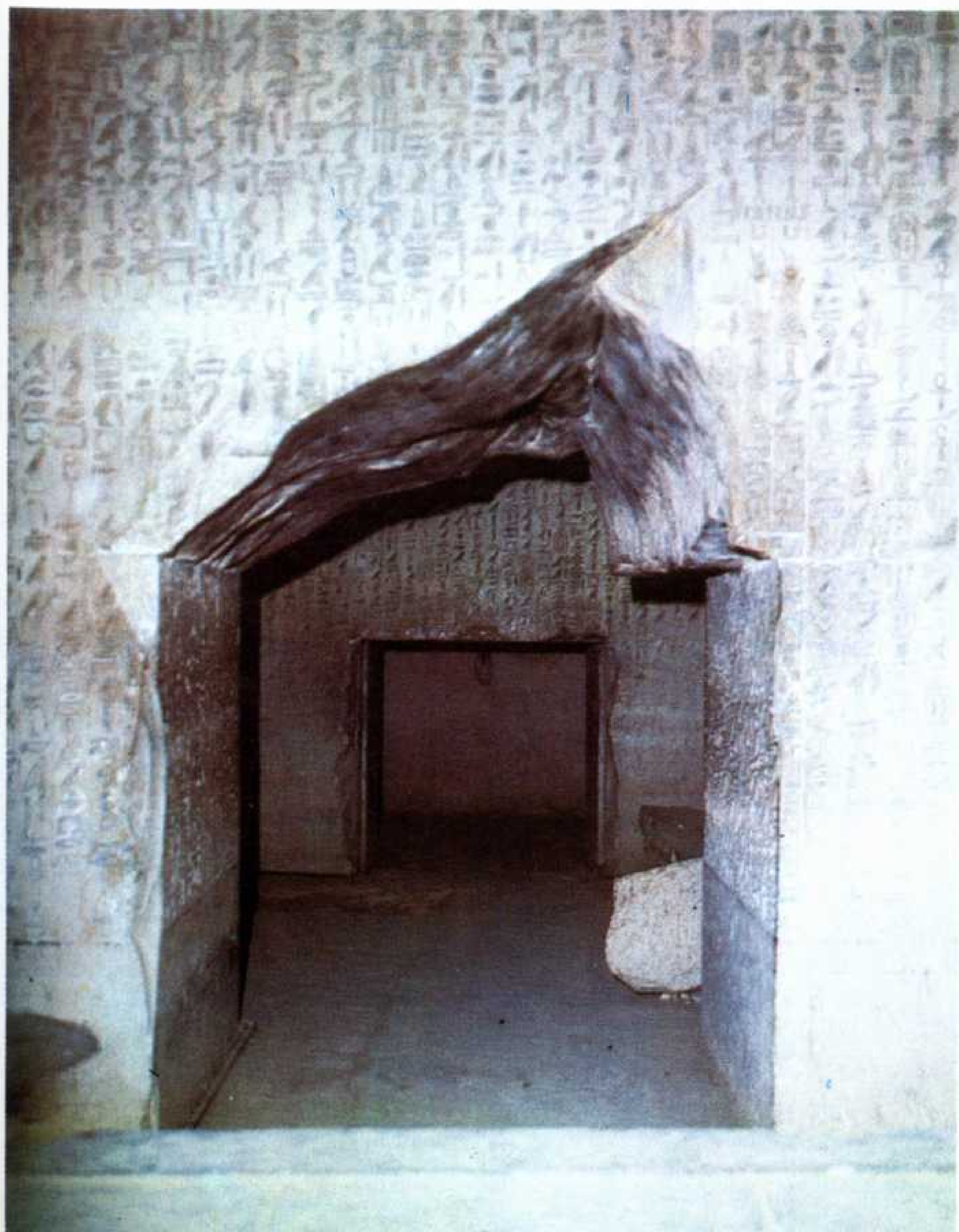
*Abajo:* Entrada y vista del patio del complejo de las pirámides.





*Abajo, izquierda:* Cámara fúnebre del faraón Unas. En las paredes están inscritos los «Textos de las Pirámides», formulados para proteger al rey y facilitar su paso al más allá.

*Arriba, derecha:* Fila de columnas estriadas en el complejo de las pirámides. Las columnas de Saqara eran una adaptación en piedra de formas antiguas hechas de caña.





Columna con jeroglíficos en una mastaba contigua a la famosa pirámide escalonada, construida por Djeser en Saqara.

visir príncipe Hemón, hijo del rey Snefru y primo de Queops. En tiempos de la Dinastía V, las pirámides eran más pequeñas y la construcción de poca calidad y, por ello, hoy estas pirámides son simples montones de escombros. Para los reyes y sus reinas se construyeron pirámides separadas, con las que se pretendía proteger sus cuerpos y bienes fúnebres –estatuas, mobiliario, joyas y otras pertenencias– para la vida de ultratumba.

Desde la época de Menes, el gobierno del país se había centrado en el palacio real y el monarca delegaba algunos de sus deberes en funcionarios de alto rango. Casi siempre se trataba de familiares del rey –a menudo hijos de reinas no favoritas–, que le servían con lealtad en este mundo a cambio de compartir algo de la vida eterna del faraón. La capital del reino estaba en Menfis, donde se reunían la nobleza y los mejores artistas; otros centros –todos ellos en el norte– fueron los de Gizeh, Heliópolis y Saqara. En tiempos de las Dinastías III y IV, se creía que sólo el rey tenía una vida eterna; enterrándose a su lado, los nobles esperaban compartir esa vida al servicio de su señor. Así es como en Gizeh se ven las hileras de mastabas pertenecientes a esos funcionarios fieles, hileras que se alargan junto a las bases de las pirámides reales, porque sus ocupantes querían estar tan cerca de sus amos en la muerte como lo habían estado en vida; la expresión máxima del favor real era el permiso de establecer la propia tumba a la sombra de la pirámide.

Los campesinos constituían la mayor parte de la población y durante casi todo el año labraban la tierra que, teóricamente, pertenecía al soberano. Cuando la inundación del Nilo impedía la labranza, trabajaban en los grandes proyectos estatales de edificación y siempre podían verse en situación de cumplir trabajos forzados. Creían todos ellos que, sin un faraón, sus vidas tenían muy poco valor, porque sólo el monarca les podía otorgar una eternidad vicaria. De modo que trabajaban para el rey con la esperanza de que esos esfuerzos les proporcionaran una vida de ultratumba. Sin duda, el conjunto de la economía egipcia y la mayor parte de los esfuerzos arquitectónicos y artísticos tenían este único objetivo: asegurar la existencia del faraón después de la muerte.

En la Dinastía IV, la civilización material y las formas artísticas llegaron a su punto culminante. Después, hubo una decadencia lenta e inevitable y una destrucción definitiva del sistema, por razones sociales, económicas y religiosas, y el proceso desembocó en un período anárquico. Los logros del Reino Antiguo se recuperaron en parte, y a menudo se imitaron, a lo largo de las épocas posteriores, pero ya nunca habría un rumbo seguro ni una finalidad definida: el arte egipcio jamás volvió a mostrar la pureza y severidad del Período Arcaico. Los motivos de esta circunstancia son complejos.

Durante la Dinastía V, se impuso el culto del dios sol y, en Heliópolis, la clase sacerdotal llegó a ser todopoderosa. Un obelisco bajo, cuyo piramidión (o cúspide) reflejaba los rayos del sol, era el símbolo del culto, que se oficiaba en templos con patios descubiertos. Esta fe tuvo un atractivo limitado y, aunque los faraones la adoptaron como religión propia durante un tiempo, el culto resultaba demasiado intelectual y lejano para las masas. Sin embargo consiguió promover el poderío de los sacerdotes y minar la divinidad del rey, que por esos tiempos pasó a ser, simplemente, el «hijo de Re».



Relieves pintados de la tumba de Ti (Dinastía V), un noble del Reino Antiguo; muestran animales a los que se conduce en fila india.

El faraón cerró la brecha que lo separaba de su pueblo, en parte gracias a los casamientos con mujeres de familia no real –como es el caso de Pepi I–, en lugar de unirse a mujeres de su propia familia; de este modo, la pureza del linaje y la creencia en la divinidad del soberano se fueron diluyendo. La familia real también se vio perjudicada por las disputas dinásticas. En el plano económico, el tesoro real se empobreció, en parte por la necesidad de mantener las pirámides y otras instalaciones funerarias de los predecesores, y en parte por la práctica de entregar tierras reales como regalo y pago del mantenimiento de las tumbas y rituales fúnebres de la familia real, unos regalos que, a menudo, estaban libres de impuestos. Además de los dones de tierras, también se entregaban los templos: al cabo de poco tiempo, la nobleza y la clase sacerdotal superaban en riquezas a su señor. Las parcelas eran hereditarias –pasaban de padre a hijo– y se llegó a la distribución de grandes extensiones de tierras de la corona entre los descendientes de antiguos cortesanos.

A la vez, los nomarcas o gobernadores de provincias, que en tiempos habían sido familiares del rey de quien dependía su posición, establecieron el derecho de herencia en sus propiedades. Sus hijos ya no se sentían obligados con el faraón para obtener poder y llegaron a considerarse como reyezuelos menores semiindependientes, sobre todo los de las regiones más apartadas. Ya no querían que los enterraran a la sombra del rey, sino en tumbas de piedra, en sus propias provincias, muy lejos de la capital. A medida que el tamaño de las pirámides reales decrecía, hubo menos trabajo oficial para los artesanos, quienes se dedicaron a la decoración de tumbas privadas y a la ejecución de estatuas hechas por encargo, en el curso de las Dinastías V y VI; las capillas funerarias, como la de los nobles Ti (Dinastía V) y Me-

reruka (Dinastía VI) de Saqara, decoradas con escenas de la vida diaria, nos dan una impresión vivaz del Reino Antiguo.

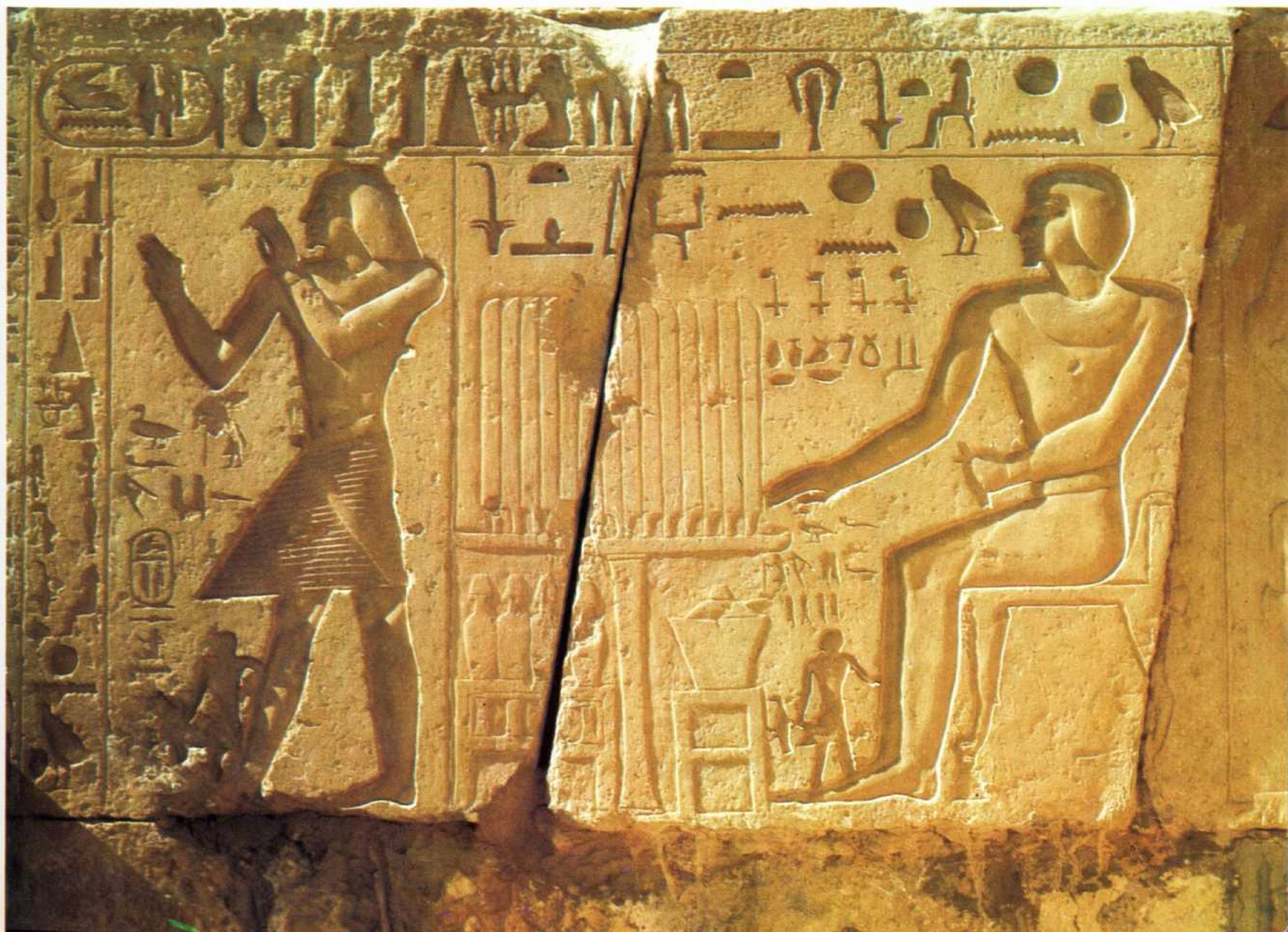
Después de los noventa años del reinado de Pepi II, el sistema por fin se desplomó, sobre todo a causa de las presiones internas, pero también por la gravedad de las agresiones contra la frontera oriental del país. En ese momento, Egipto no deseaba una expansión; sus intereses estaban en el comercio y ni siquiera tenía un ejército organizado. De tiempo en tiempo se enviaban expediciones a Nubia y al Alto Sudán, lo que aseguraba el comercio de oro, diorita, ébano, marfil, pieles de pantera y otros productos exóticos provenientes de Nubia, de donde también obtuvo Egipto muchos mercenarios. Hacia fines del Reino Antiguo, esta frontera meridional estaba defendida por los «Gobernadores del Sur». Para mercar el incienso necesario en los rituales religiosos, los comerciantes dirigieron sus expediciones a la tierra de Punt que, según se cree, estaba en la costa somalí. El cobre y las turquesas se obtenían de las minas de Sinaí. Desde la Dinastía IV, hubo un comercio marítimo activo con Biblos, donde se compraba la madera de cedro. Egipto llegó a tener gran influencia en Biblos y es probable que en esa ciudad se estableciera un buen número de egipcios que, en tiempos de la Dinastía IV, construyó su propio templo allí. Los libios no dejaban de producir inconvenientes y por el este apareció otra amenaza. Durante la Dinastía VI, Weni dirigió una expedición militar hasta la lejana Carmel palestina y consiguió controlar el peligro, aunque sólo por corto tiempo.

El Reino Antiguo fue el patrón con el que se midieron todos los logros egipcios posteriores. Su arte, su arquitectura y su literatura fueron magníficas. Se escribieron obras médicas y religiosas, como la «Teoría menfita» y los «Textos de las pirámides» –pensados para proteger el cuerpo real mediante la magia, cuando se descubrió que las pirámides eran saqueadas– y tratados morales sobre la conducta.

Debemos congratularnos de que las pirámides de Gizeh y la Gran Esfinge de Kefrén hayan sobrevivido a los ataques del tiempo, para recordar al mundo cuáles fueron las realizaciones de aquella Edad de Oro.

**Primer Período Intermedio** (Dinastías VII a XI, h. 2181-1991 a. C.). A fines del Reino Antiguo, Egipto entró en una veloz decadencia. Según el historiador Manetón, en la Dinastía VII «70 reyes gobernaron durante 70 días»; los faraones de las Dinastías VII y VIII, desde Menfis, lucharon sin éxito para mantener el poder. La anarquía, la violencia y la pobreza se continuaron con hambrunas, plagas y una depresión total. El viejo pueblo que había vivido en paz y seguridad durante el Reino Antiguo tuvo que haber sufrido muchísimo, sin duda, porque nadie estaba a salvo de las incursiones de los ladrones, del hambre y del miedo. Aquél

Relieve del propietario de la tumba *(derecha)* en una mastaba pequeña de Saqara (Reino Antiguo). El difunto está sentado frente a un altar de ofrendas que se destinan a su presentación al Ka, también llamado Ba.



era un mundo vuelto del revés. La desaparición de un fuerte poder centralizado, ejercido con firmeza por el hijo de dios, había desembocado en esa tragedia. Egipto volvió a la situación que atravesara antes de que Menes unificase el país. Localidades separadas, que se habían convertido en zonas administrativas bien diferenciadas bajo la burocracia del Reino Antiguo, se convirtieron entonces en estados independientes que, con frecuencia, se hacían la guerra unos a otros. La penetración de nómades extranjeros en la región del delta agudizó el caos; los egipcios se lamentaban de su destino y sus escritos nos dicen: «todo lo bueno ha desaparecido» o «ni siquiera nos queda lo negro de las uñas». Los difuntos no lo pasaban mucho mejor, según parece: «Se arrojan los muertos al río... La risa ha desaparecido. El dolor recorre la tierra». Todos empezaron a cuestionarse el objetivo de la vida, e incluso a dudar de la existencia del más allá, ya que los acontecimientos subrayaban la índole mortal del faraón.

Aquel desaliento se reflejó en el arte. Además, el autoexamen tuvo efectos perdurables; las obras literarias de la época demuestran una hondura de sentimientos ausente en las que se escribieran antes, en tiempos más seguros, y el pensamiento religioso atravesó muchos cambios profundos. Una de las obras literarias más conmovedoras es la discusión entre un hombre, cansado de su existencia en aquel Egipto desgarrado por las luchas, y su alma, en momentos en que el hombre piensa en el suicidio. Se representa la muerte como un estado envidiable, tal como se expresa en estos versos:

Hoy para mí la muerte se asemeja
al ansia de quien quiere ver de nuevo su hogar,
tras muchos años de cautiverio.

Varios gobernadores locales intentaron restaurar el orden y tomar el poder. El tirano de Heracleópolis, una ciudad cercana a El Fayum, consiguió unificar el Egipto Medio y fundó una familia de reyes, que iba a perdurar en las Dinastías IX y X. Bajo su mando, otros gobernadores provinciales, como los de Benihasan y Akhmim, mantuvieron su estado de semiindependencia.

De inmediato se desarrollaron nuevas filosofías. Las «instrucciones», como las que escribió el rey Wa-ka-re para su hijo Meri-ka-re, mostraron una nueva conciencia moral, estableciendo la necesidad de preocuparse por los demás; la vida ya no era un simple asunto de respetar códigos de comportamiento establecidos para seguir adelante. Los egipcios aprendieron algunas lecciones valiosas de sus infortunios. Quizá el resultado más importante fuera el cambio de actitud ante la muerte. Se pensaba entonces que los gobernadores locales eran iguales, si no superiores, al faraón; esperaban, pues, una vida eterna comparable a la del soberano. También el más allá soportó un proceso de democratización y, gradualmente, todos llegaron a confiar en la supervivencia individual tras la muerte. Los que podían permitírselo equiparon sus tumbas con estatuas de madera hechas en serie –siervos, panaderos, carniceros–, para tener servidores tras la muerte. Se fabricaron sarcófagos de madera bellamente pintados y los dignatarios locales adoptaron los «Textos de las pirámides», antes sólo usados por el faraón, y los mandaron inscribir en sus ataúdes, con los agregados correspondientes. Estos textos alterados aparecen únicamente en este período (durante el Reino Medio) y mucho más tarde, en la Dinastía XXVI. Hoy los conocemos bajo la denominación de «Textos de los sarcófagos».

El arte también se descentralizó; Menfis ya no era el núcleo del mundo de los artesanos y el talento, vigoroso aunque quizá un tanto rudo, floreció en las provincias. Tampoco la religión se centraba ya en la capital, y los hombres volvieron a adorar deidades locales, como en tiempos antiguos.

Mientras los heracleopolitanos gobernaban en el norte, el mediodía tuvo que contentarse con los príncipes de Tebas, cuyo poder se extendía desde Elefantina hasta el sur de Abidos. La lucha entre unos y otros fue intermitente, hasta que un príncipe de Tebas derrotó a los heracleopolitanos y, bajo el nombre de Mentuhotep I Nebhepetre, gobernó en un Egipto unificado durante la Dinastía XI. Fue soberano durante 51 años, en los que fortaleció las fronteras egipcias, pacificó el país y lo devolvió a la prosperidad. Controlaba su reino desde Tebas y nombró a tebanos leales para todos los cargos de importancia. Su actividad militar consistió en enviar expediciones punitivas, para asegurar los límites de su reino y las rutas de los mercaderes, las minas y las canteras. Esas expediciones fueron contra los libios, los beduinos del Sinaí y del desierto oriental y contra Nubia. En esta última región, intentó restaurar la autoridad egipcia, que había caído desde la Dinastía VI, y consiguió implantar un tributo, además de devolver la seguridad a la ruta comercial. La suya fue una política militar defensiva, que respaldaba una política económica de largo alcance. Una vez más, las naves egipcias desplegaron sus velas por el Mar Rojo hasta Punt.

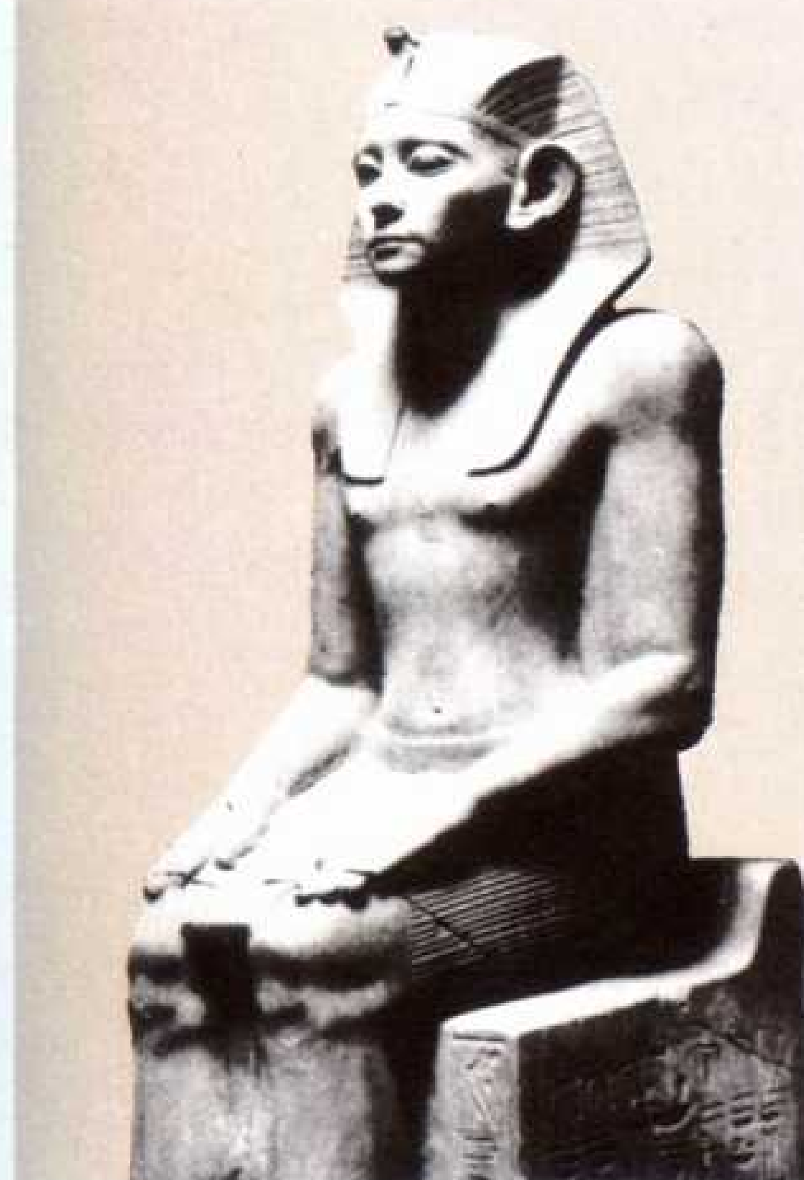
Este soberano fue enterrado en un templo sepulcral único, en parte pirámide y en parte templo, en Deir el-Bahari, junto a Tebas; el edificio hoy ha quedado a la sombra del templo de la reina Hatshepsut, mejor conservado. En aquella tumba se encontró, dentro de la cámara del sarcófago y bajo la pirámide, una estatua del rey. Familiares y funcionarios estaban enterrados en tumbas vecinas, cavadas en la roca, y en las cercanías había una capilla dedicada a su hermana-esposa Nefrure. Las fotografías aéreas muestran las cavidades en la arena, en el sitio en que hubo un jardín ante la tumba, en el que crecían un bosquecillo de tamariscos y ocho grandes sicomoros que daban sombra a las estatuas del rey.

El sucesor de Mentuhotep I fue su hijo, cuyo reinado resultó pacífico; pero cuando Mentuhotep III llegó al poder, el país volvió a tener dificultades y el breve reinado del monarca terminó cuando cierto Amenmes, probablemente



El Reino Medio produjo joyas muy elaboradas como el pectoral de una princesa *(arriba)*, y potentes estatuas reales como la de Amenmes III *(abajo, izquierda)* que contrasta con una cabeza de Akhenatón, de la época del Reino Antiguo. Mentuhotep I *(derecha)* unificó a Egipto en una época de perturbaciones. Las posteriores están fechadas debajo.

| | | |
|---|---|---|
| Din. XIII | 1786 - 1633 | ← NATIVA |
| Din. XIV | 1786 - h. 1603 | ← NATIVA |
| DIN. XVI | h. 1684 - 1567 | HICSOS |
| Din. XV | 1674 - 1567 | HICSOS |
| Din. XVII | h.1650-1567 | ← TEBANA |
| Din. XVIII | 1567-1320 | |







visir y gobernador del sur, usurpó el poder.

Quizá el desarrollo más notorio y de mayor alcance de este período inquieto fuera la popularización del culto al dios Osiris, quien, se creía, había surgido de entre los muertos y prometido a sus adoradores, fuera cual fuese su posición, un juicio justo de su comportamiento terreno y la vida eterna. El más humilde de los hombres abrigó la esperanza de la vida eterna y creyó en la resurrección de este dios, porque el rey y los súbditos, tras la muerte, eran iguales ante Osiris.

**Reino Medio** (Dinastía XII, 1991-1786 a. C.). «Vendrá un rey del Alto Egipto llamado Ameni, hijo de una mujer del sur... recibirá la Corona Blanca y llevará la Corona Roja...»

Así lo establece la profecía de Neferti, que en realidad fue compuesta después de que Amenmes I subiera al poder. El nuevo gobernante, quizá el antiguo visir del último rey de la Dinastía XI, se enfrentó con una tarea difícil para justificar su derecho al trono y para restaurar el país. Los rivales envidiosos habrán sido una amenaza constante para él. Con el plan de asegurar su sucesión, hizo que su hijo Sesostris fuese corregente, para que el trono pasara sin sobresaltos a él. Todos los gobernantes de la Dinastía XII adoptarían esta política. Aunque era oriundo de Tebas, Amenmes I mudó su capital a la ciudad de Ittowe, cerca de la moderna El-Lisht, en la región central. Con este paso hacia el norte, los jefes de la nueva dinastía abandonaron la costumbre de los enterramientos en tumbas abiertas en la roca y volvieron a la construcción de pirámides, aunque nunca intentaron alzar monumentos tan magníficos como los que había producido el Reino Antiguo. Una vez más, las mastabas de algunos altos funcionarios se construyeron junto a las pirámides.

Poco a poco se apaciguó el país; se estableció nuevamente el sistema de irrigación y en El Fayum se llevó a cabo toda una hazaña de ingeniería: se creó un enorme oasis en el desierto occidental, en tiempos de Sesostris II y Amenmes III. Así se redujo la inundación anual de esta gran cuenca a causa de la creciente del Nilo, que llegaba a través del Bahr Yusuf; los terrenos recuperados se rodearon con un amplio terraplén semicircular y se construyeron diques y canales para evitar nuevas inundaciones. En total, se recuperaron más de 100 km$^2$ de tierras de pastos; el lago resultante también fue una reserva de agua.

Asimismo, la administración del país pasó por una gran reforma. Los nomarcas apoyaron a Amenmes I para fortalecer su reinado, en parte porque el rey les devolvió muchos de sus antiguos privilegios. En el reinado de Sesostris III, ya eran muchos los que abusaban de sus prerrogativas y el soberano destruyó por entero el poder de estos funcionarios. No sabemos cómo lo hizo, pero lo cierto es que jamás inquietaron ya al faraón; sus tumbas locales, sus tribunales de justicia, sus impuestos y las levas que ellos organizaban nunca volvieron a la escena egipcia. Una nueva clase media –pequeños labradores, artesanos y mercaderes– llegó al poder y todos sus integrantes agradecieron al rey su nueva posición.



Esfinge de Ramsés II en Menfis (Dinastía XIX, Reino Nuevo). La esfinge de Gizeh fue precursora de ésta, seguramente.

Según narra Manetón, Amenmes I murió a manos de sus propios chambelanes. Sus sucesores, directos descendientes suyos, continuaron gobernando y aplicando muchos de sus criterios. La política exterior se administró en dos frentes principales: África y Asia. Se reconquistó el territorio nubio hasta Semna, al sur de la segunda catarata, y se construyó una cadena de fortalezas bien amuralladas entre la primera y la tercera catarata, para mantener sometida la comarca. Desde fines del Reino Antiguo había llegado un nuevo pueblo a Nubia, gentes mucho más agresivas ante los egipcios. Las fortalezas se convirtieron en bases permanentes en las que vivían familias armadas y, de este modo, volvieron a controlarse las insurrecciones. Así se aseguraba el acceso de los egipcios al oro de Nubia. En el norte y el noreste –Palestina, Siria y Sinaí–, los derechos de comercio y de explotación minera estaban protegidos por una política militar defensiva.

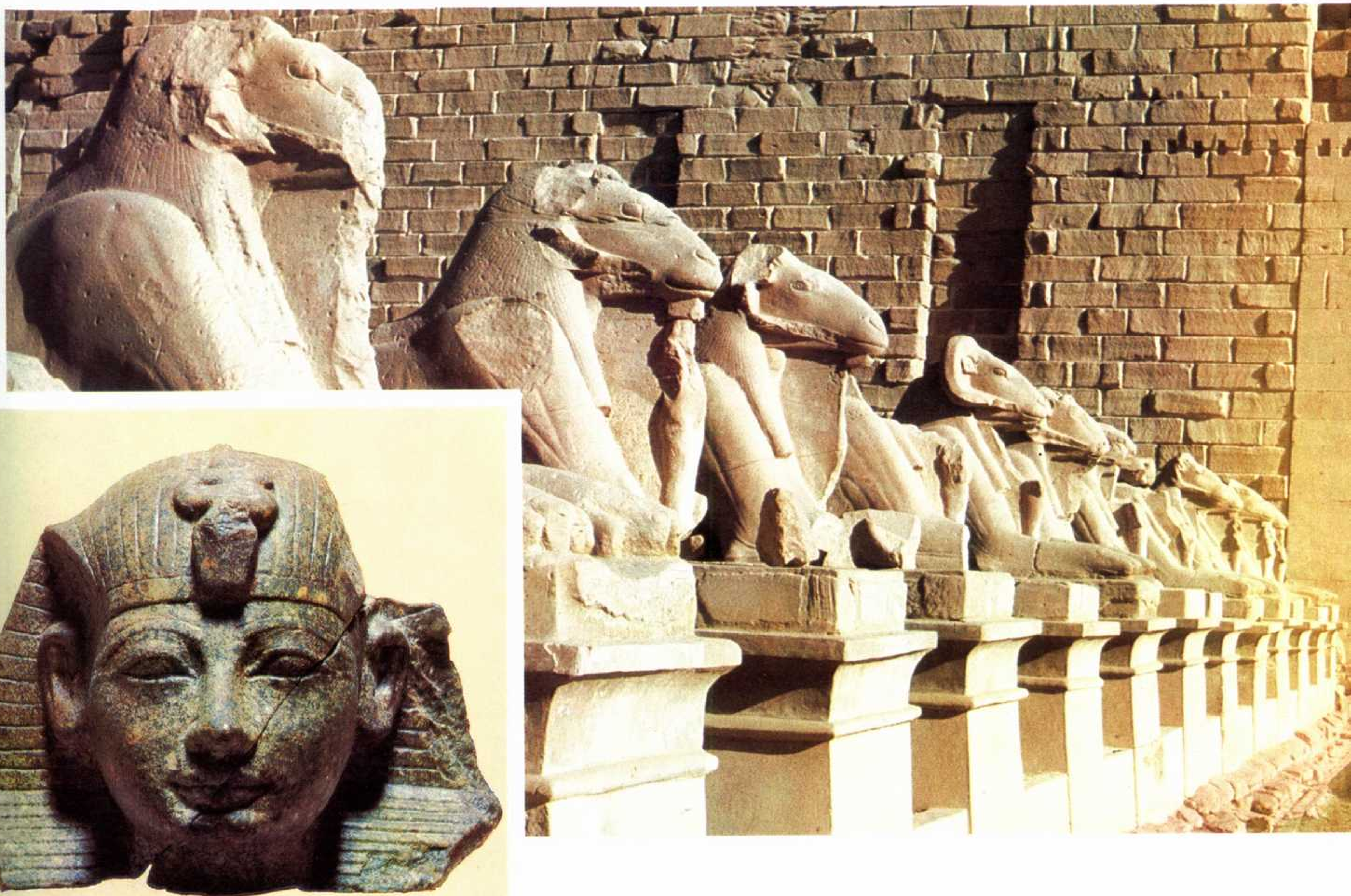
Floreció por entonces el comercio egipcio. A las tierras del Nilo llegaron los productos cretenses y, tanto en ciertos elementos decorativos de la cerámica y de otros objetos como en los modelos y formas de los vasos, la influencia egea es visible. Se han encontrado en Egipto, en las localidades de Lahun, Abidos y El-Harageh, vasijas de Kamares (cerámica minoica), y también se encontraron objetos egipcios en Creta. Desde Chipre se importaba cobre y bronce;

desde el Líbano, madera de cedro e incienso desde Punt; Nubia proporcionaba oro, cobre, diorita, granito y amatista. En Siria y Palestina, aparecen nombres de faraones egipcios incisos en objetos producidos en Gaza, Ras Shamra, Tod, Megido y Biblos. En esta última ciudad, los gobernadores nativos usaron en la realidad nombres y títulos egipcios, además de consumir bienes de ese origen.

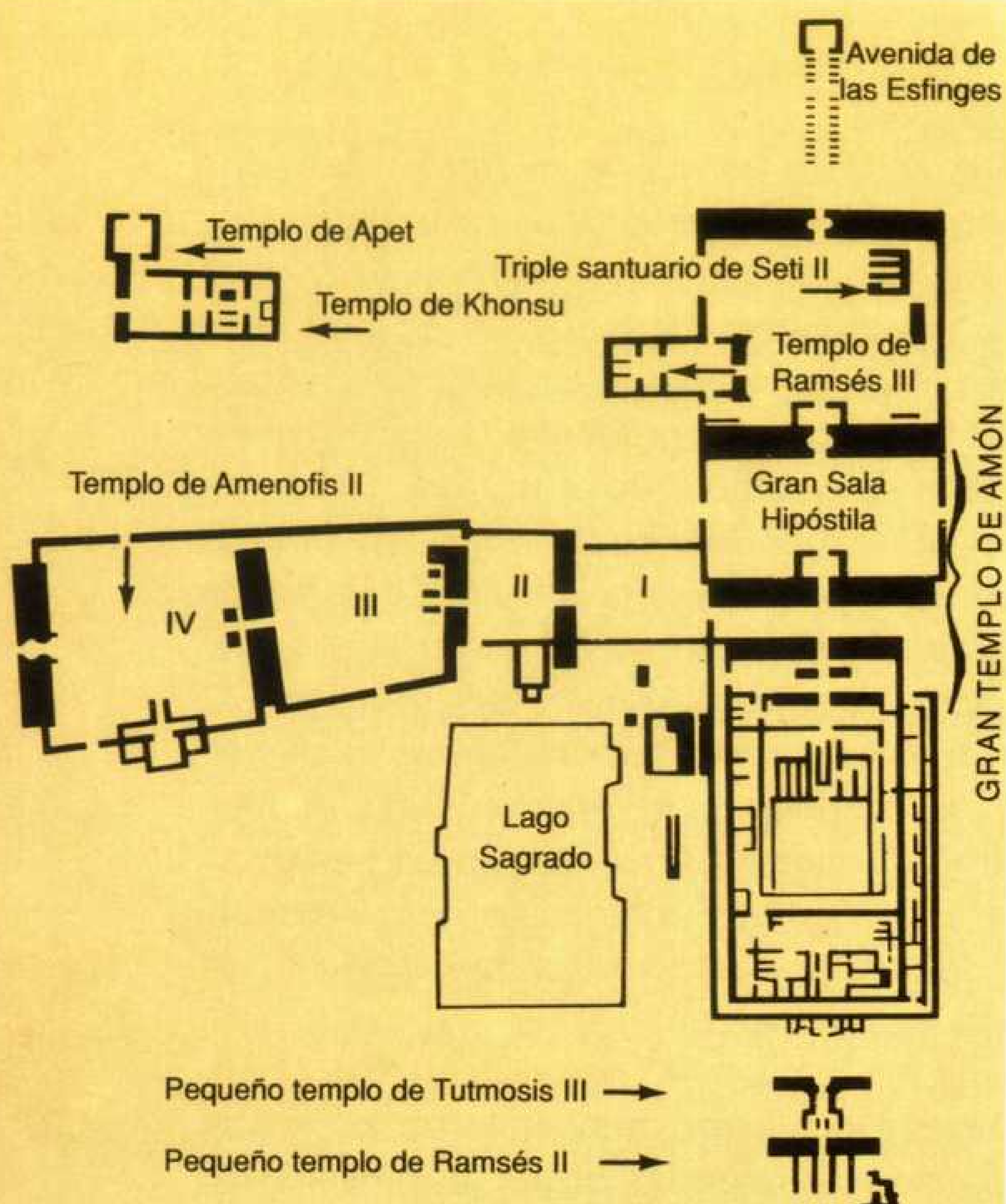
De gran calidad fue el arte del Reino Medio. La estatuaria retratística real es muy notable y en los rasgos de esos faraones se ve algo de la fuerza, la decisión sombría y quizá también la desilusión de los hombres que devolvieron el poder a Egipto. Comparativamente, la estatuaria privada es insípida: una vez más, el faraón era el supremo. Las joyas de este período jamás fueron superadas en Egipto. La delicadeza de los pectorales, coronas, brazaletes y collares de las princesas reales dan testimonio de la inspiración y habilidad de los artesanos, que engastaron en oro piedras semipreciosas como lapislázuli, amatista, cornalina y feldespato; en tumbas cavadas en tierra, de princesas de la casa real, descubiertas en las localidades de Dashur e Illahun, se hallaron joyas que hoy enriquecen las colecciones de los museos de El Cairo y Nueva York.

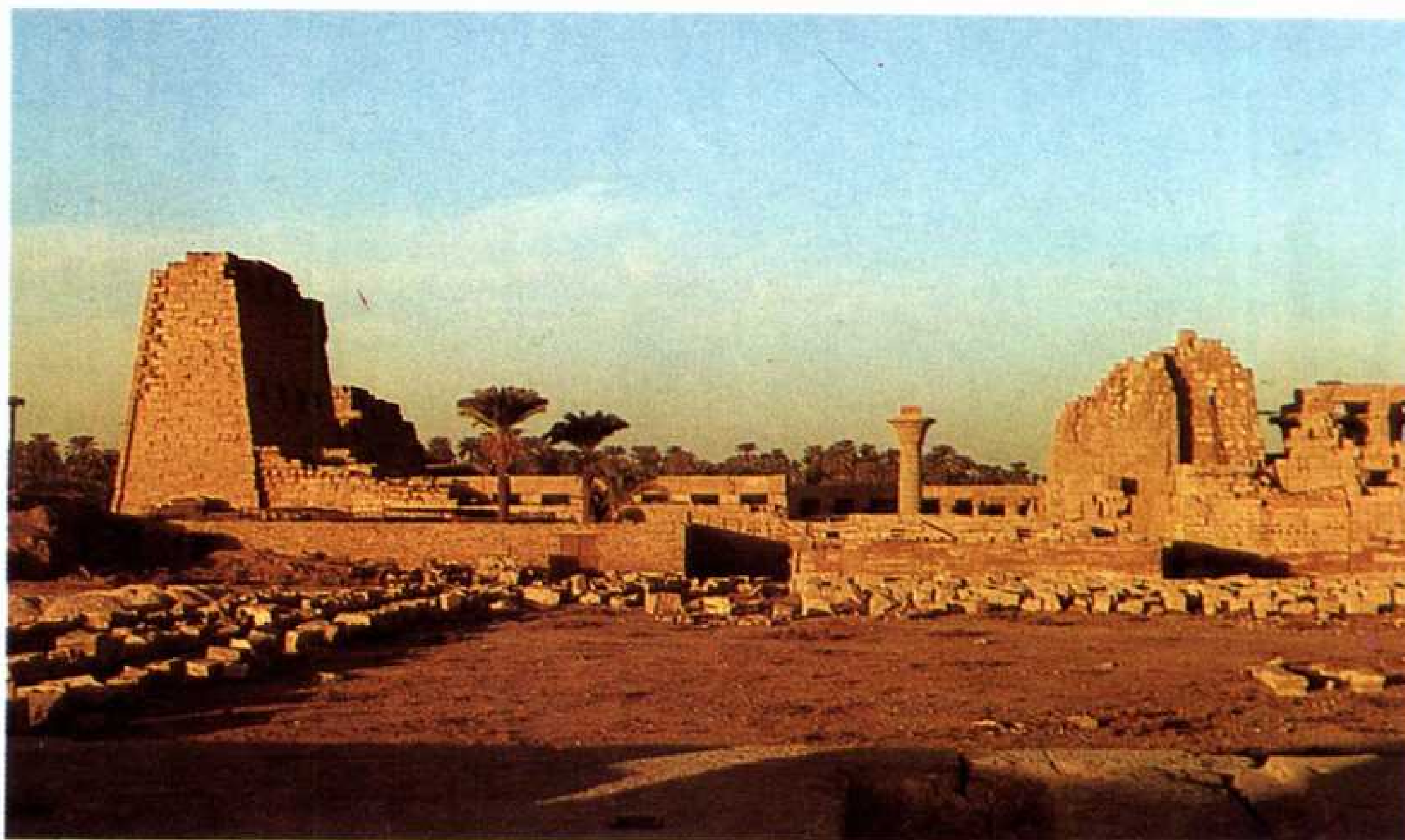
La arquitectura produjo las nuevas pirámides de Lisht, Dashur, El-Lahun y Hawara y templos de culto (para adoración de los dioses), la mayoría de los cuales se desmantelaron más tarde e incorporaron a la estructura de otros templos; los del Reino Medio sobreviven en parte en Medinet Maadi y en Tod. En torno a las pirámides se construyeron tumbas particulares de ladrillo y otras tumbas, las de los nobles, siguieron construyéndose en las laderas de montañas cercanas a las capitales de provincia hasta el reinado de Sesostris III. Sesostris I y Amenmes III llevaron a cabo programas de edificación muy ambiciosos en todo el Egipto. Al segundo de esos monarcas se atribuye el famoso «Laberinto» descrito por los historiadores griegos como una maravilla superior incluso a las pirámides y que, según parece, se puede identificar con el complejo funerario de la pirámide de Hawara, investigado por Petrie. Otra innovación fue la línea de fortalezas en Nubia.

El Reino Medio fue la Edad de Oro de la literatura egipcia; las obras de esta época se convirtieron en piezas clásicas, copiadas con esfuerzo y conservadas así por las generaciones posteriores de escolares. La lengua jeroglífica del período hoy se considera como la forma clásica y el «egipcio medio» es la



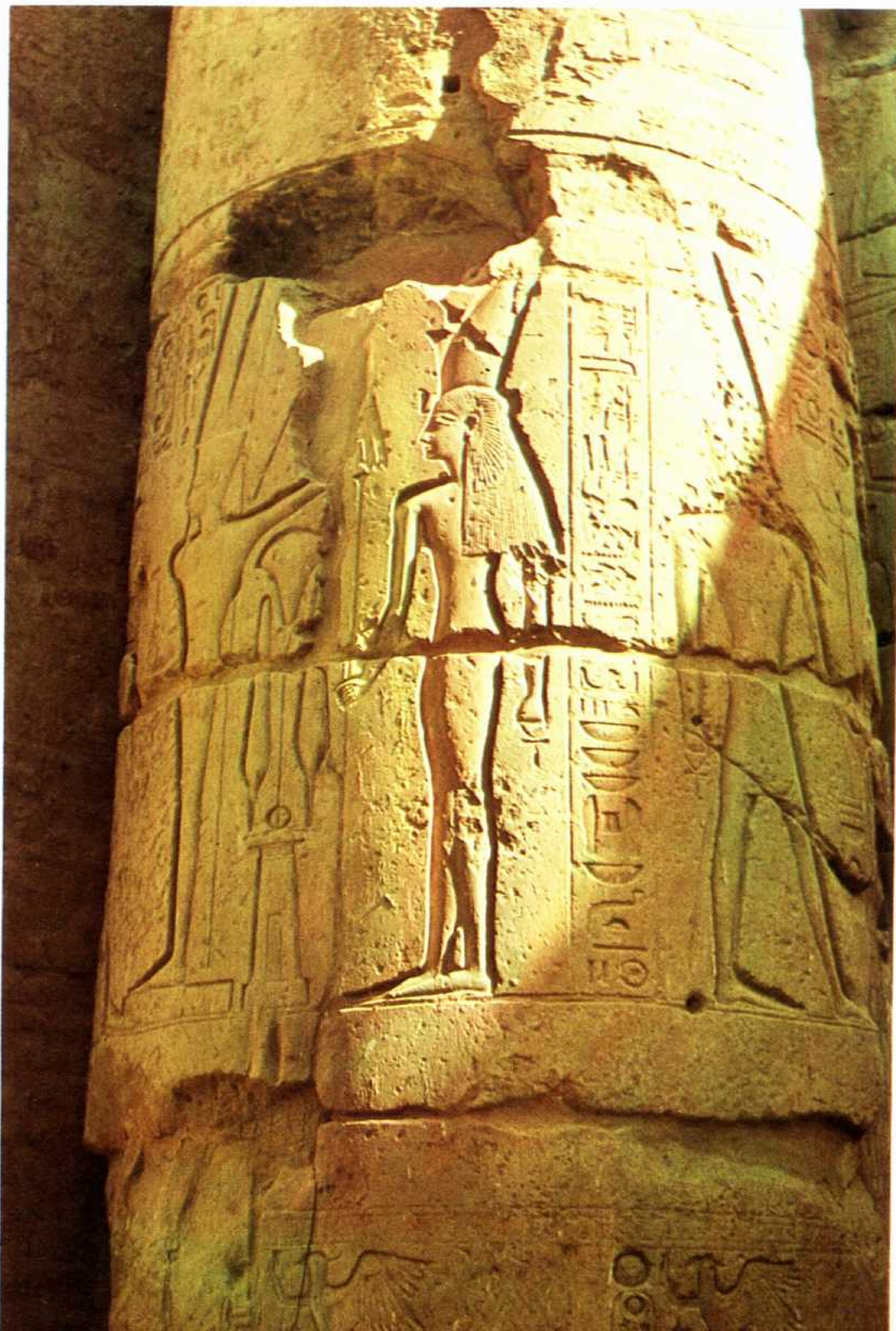
Avenida de esfinges con cabeza de carnero del templo de Karnak (período Medio a Tardío). Éste era el camino por el que, durante la procesión del soberano, se llevaba a los prisioneros y al botín hasta la presencia del dios Amón. *Recuadro*: cabeza de Amenofis II, proveniente de una esfinge, probablemente de Karnak (Dinastía XVIII).



Karnak. *Izquierda:* Plano de la parte principal del templo de Karnak. *Arriba:* Vista general que muestra los pilonos y la entrada al templo y la columna del rey Taharka. *Abajo, izquierda:* Obelisco de la reina Hatshepsut (Dinastía XVIII) tallado en piedra de Assuán. La parte superior originalmente estaba cubierta de oro. *Abajo:* Columna de la Sala Hipóstila con una figura del dios Min.





primera lengua que debe aprender quien quiera ser egiptólogo.

El Reino Antiguo había llegado a su fin con una reina: Nitocris; el fin del Reino Medio también se produce bajo el mando de una mujer, Sebeknefrure, hija de Amenmes III y probablemente hermana de Amenmes IV, que se convirtió en la reina regente y fue la última representante de la Dinastía XII. Quizá esto se debió a la falta de un heredero varón.

**Segundo Período Intermedio** (Dinastías XIII a XVII, 1786-1567 a. C.). Egipto volvió a caer en un período de lenta declinación durante la Dinastía XIII, cuando una serie de reyes «marionetas» –los «60 reyes de Diópolis» que cita Manetón– gobernaron desde Menfis y Lisht; todos ellos se vieron dominados por una línea poderosa de visires. A pesar de ello, perduró el control centralizado durante más de un siglo y Egipto continuó ejerciendo influencia en el extranjero. Cuando la XII llegó a su fin, emergió una dinastía local separatista que gobernó desde Xois; ésta fue la Dinastía XIV, que continuaría floreciendo después de que la mayor parte del país quedara sometida por los hicsos (véase más adelante). Durante el reinado de «Tutimaios» –a quien se identifica con el rey Djedneferre Dudimose–, los hicsos consiguieron controlar la mayor parte de Egipto y constituyeron las Dinastías XV y XVI. Menfis se doblegó al poder del jefe hicso Salitis en 1674 a. C. y la Dinastía XIII llegó a su fin hacia el 1633 a. C. Entre tanto, hacia el 1650 a. C., surgió en Tebas una nueva línea de gobernantes nativos a cuyo conjunto se conoce como Dinastía XVII; formaron en el sur un estado semidependiente porque, aunque pagaron tributos a los hicsos, mantuvieron su independencia y ellos fueron quienes, por último, superaron a los invasores y los arrojaron de Egipto. Estos tebanos se convirtieron en los nuevos faraones nativos de un Egipto unificado, fundaron la Dinastía XVIII y, con ella, el Reino Nuevo.

¿Quiénes eran esos «invasores» extranjeros? No hay pruebas que sugieran una amplia invasión étnica de Egipto, como en otros tiempos creyeron los especialistas, porque no parece que los hicsos hayan tenido una lengua común y no existe un cambio repentino en las costumbres de enterramiento, como se podría esperar tras una «invasión» de esa índole. En general, los hicsos mostraron gran respeto por la civilización egipcia; los nuevos dominadores adoptaron costumbres y títulos egipcios y escribieron sus nombres en forma de jeroglíficos. Adoraron al dios egipcio Seth, utilizaron a los funcionarios egipcios y mantuvieron el sistema administrativo general. Declaraciones tardías acerca de que incendiaron ciudades y templos y generaron un período anárquico se basaron, quizá, en la propaganda desplegada por los posteriores conquistadores tebanos. No obstante el hecho de que un soberano no egipcio se sentara en el trono de Egipto significó un despertar rudo para el pueblo.

Los hicsos expandieron ciertas ideas y técnicas; introdujeron en el país ideas bélicas y otras pacíficas, incluidos el uso del bronce más que del cobre, los caballos, los carros, nuevas armas, el típico bovino con gibas, la lira, el laúd y el telar vertical. Hoy, en nuestros museos, hay bellos ejemplares de los escarabeos de este período, con sus típicas escrituras incisas.

Las generaciones siguientes consideraron que los hicsos fueron uno de los mayores desastres de Egipto. La presencia de este pueblo no pudo haber sido popular, porque tenía criterios muy distintos; también cambió las actitudes egipcias ante la guerra y la conquista extranjera: desde la aparición de los hicsos, Egipto desarrollaría una política militar agresiva y mantendría un ejército profesional bien entrenado. La única forma de evitar un gobierno extranjero era atacar y derrotar a los probables conquistadores en sus propias tierras: así nació el concepto del imperio egipcio.

Los príncipes de Tebas, pues, expulsaron de Egipto a los hicsos. El conflicto se inició entre Apofis, jefe de los invasores, y Seqenenre de Tebas. El cuerpo de éste, que se conserva, con sus terribles heridas en la cabeza indica que el tebano murió en combate. Su hijo Kamosis continuó la lucha; detalles de esta guerra se registraron en dos estelas, una de la cuales se descubrió en Karnak en 1954. Después de que Apofis resultara desalojado del centro de Egipto, Kamosis consiguió tomar Avaris, la capital de los hicsos.

Ahmosis, hermano menor de Kamosis, fue el que asestó el golpe final. Tras arrojar a los hicsos de Egipto, los persiguió hasta Palestina, donde eliminó el peligro tras varias campañas. De inmediato invadió la región de Kush, al sur de Egipto, que se había aliado con los hicsos y les había dado apoyo. Después de un decenio de luchas, la supremacía de Egipto estaba asegurada. El rey Ahmosis I inauguró el Reino Nuevo y el Imperio.

**Reino Nuevo** (Dinastías XVIII a XX, 1567-1085 a. C.). Los integrantes de la Dinastía XVIII fueron una serie de faraones activos y capaces; conquistando tierras extranjeras, aseguraron que el botín y los tributos fluyesen hacia las arcas egipcias. Jamás había sido mayor la riqueza de Egipto, lo que por entonces permitió que en la nueva capital, Tebas, se edificaran templos y tumbas magníficos. Gracias a la sequedad del clima, muchos de esos edificios maravillosos se conservan, aunque parcialmente en ruinas, y por ello nuestro conocimiento de este período es mayor que el de cualquier otro.

Nubia volvía a estar bajo el control egipcio. Algunas de las viejas fortalezas del Reino Medio se reconstruyeron y ampliaron; además, se edificó una nueva línea de ellas. Por entonces Nubia pasó por un proceso de adaptación a las costumbres egipcias, mucho más intenso que cualquiera anterior; así fue cómo proporcionó a Egipto bienes suntuarios: cobre, oro, marfil, ébano, resinas, maderas africanas,

cornalina y amatista, pieles de leopardo, plumas de avestruz y esclavos domésticos.

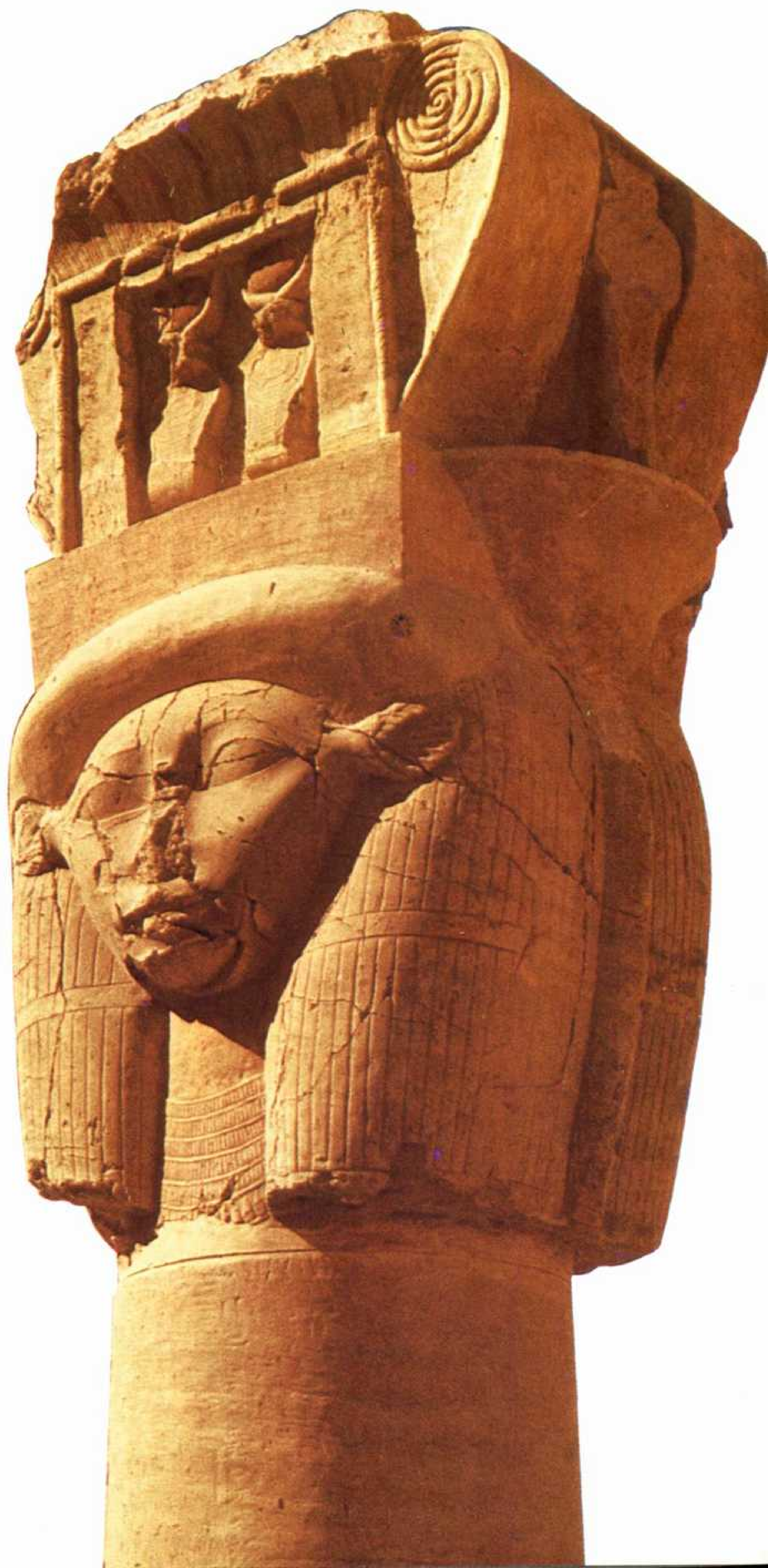
Los faraones se encaminaron al Asia Menor, para conquistar las confederaciones débiles de ciudades estado que existían en Siria y Palestina. Estas ciudades estado, que dominaban pequeñas extensiones más allá de sus murallas, rivalizaban entre sí constantemente. A veces, el tirano de una ciudad lograba la coalición temporal de unas pocas ciudades estado, pero lo corriente eran alianzas cambiantes e intrigas. Tutmosis I extendió las fronteras del nuevo Imperio egipcio hasta Naharin, situada entre dos ríos, el Orontes y el Éufrates. Egipto nombró gobernadores nativos, que se hicieron cargo de las regiones sirias y palestinas recién conquistadas; en algunas ciudades estado, presumiblemente aquellas cuya lealtad estaba en duda, se instalaron guarniciones egipcias. En general, se recurría a los caudillos locales para que enviasen los tributos y sus hijos eran llevados a Egipto como rehenes, para ser educados junto a los príncipes y volver más tarde a sus propias ciudades, ya en plena juventud, convertidos en jefes adeptos a los egipcios. De este modo Egipto aumentó su influencia en Siria y Palestina.

Cuando Tutmosis III llegó al poder, una nueva potencia empezaba a ocasionar dificultades a Egipto. Se trataba del imperio de Mitanni, constituido por una mayoría de hurrios, pueblo que se había expandido hacia el sur, a la zona del Mar Caspio, y cuyos jefes eran indoarios. El imperio se extendía desde la costa siria septentrional hasta el río Tigris. En esta situación, las pequeñas ciudades sirias y canaanitas empezaron a dividir su lealtad entre Egipto y Mitanni; gradualmente, Egipto perdería su anterior control. Pero Tutmosis III logró restaurar su influencia en Asia Menor tras una serie de 17 campañas cumplidas en 20 años. Este faraón llevó su dominio hasta los montes Taurus y el Éufrates, para lo cual estableció guarniciones en distintos sitios y, de ese modo, aseguró la supremacía egipcia. Tiempo después, durante este mismo período, Egipto y Mitanni firmaron la paz, cimentándola en matrimonios de los reyes egipcios con princesas mitannias.

Sin embargo, por entonces, una nueva potencia empezaba a amenazar aquella paz. Los vecinos de Mitanni eran los asirios por un lado, y los hititas, ocupantes de la mayor parte de Anatolia, por el otro. Hacia fines del reinado de Amenofis III, un nuevo rey hitita, Subiluliuma, ascendió al trono y con él floreció el imperio hitita. Este soberano saqueó la capital de Mitanni y sometió a Siria, después de haberse captado a muchas de las ciudades estado satélites de Egipto ocasionando disputas entre ellas. A Amenofis III, harto de todo e interesado sólo en la vida lujuriosa de su corte, no le importaba aquello; a su hijo, el herético Amenofis IV (Akhenatón), le importaba menos aún, porque estaba absorto en su gran revolución religiosa. Las cartas provenientes de las ciudades estado, que imploraban la ayuda egipcia, quedaban sin respuesta. Ante la ignorancia de sus aliados, Mitanni cayó bajo el dominio hitita y, a la muerte de Subiluliuma, se convirtió en parte de los dominios asirios. El Imperio egipcio se desintegró; años después lo restaurarían los faraones de la Dinastía XIX.

La correspondencia diplomática de la etapa final de la Dinastía XVIII, sostenida por la corte de Amenofis III, la de su hijo y los reyes y principillos de otros estados del Oriente Próximo se conserva en las cartas de Tell el-Amarna, halladas en la capital de Akhenatón y en las tablillas de Bogazkoi provenientes de los archivos de registro hititas. Ambos textos están escritos en acadio, la lengua diplomática

Capitel con la cabeza de Hathor, proveniente del templo de la reina Hatshepsut en Deir el-Bahari; data del Reino Nuevo. La diosa Hathor se representa con cara de mujer y orejas de vaca.





Real, a menudo hermana o medio hermana del propio monarca, fue frecuente a comienzos de esta dinastía; el sistema de corregencia entre un rey y su hijo también fue utilizado por varios soberanos. Desde el reinado de Amenofis I en adelante, los reyes construyeron tumbas cavadas en la roca, cerca de Tebas, sobre la margen oeste del Nilo, en el llamado Valle de los Reyes. Aunque esos enterramientos habrán contenido tesoros suntuosos, el único que se ha descubierto intacto es el de un rey menor, Tutankamón. Sin embargo, las momias de muchos faraones de la Dinastía XVIII fueron cambiadas de lugar por los sacerdotes, para ponerlas a salvo y, tras su descubrimiento moderno, se llevaron a una sala especial del Museo de El Cairo. Los faraones construyeron templos fúnebres en Tebas, donde debía celebrarse el culto a estos gobernantes muertos. En los valles vecinos se enterraron algunas de las reinas y princesas. Las tumbas de los nobles, también cercanas, son famosas por su decoración, que muestra escenas

Templo de la reina Hatshepsut. *Izquierda*: Columna con jeroglíficos que describen a la reina como «hijo» de dios.
*Abajo:* Columnata del nacimiento, cuyas columnas austeras presentan escenas del nacimiento de Hatshepsut.



encantadoras de la vida diaria, a diferencia de las tumbas reales.

Aunque aún podemos observar las facciones momificadas de aquellos faraones, ¿qué sabemos realmente sobre la personalidad de esos grandes monarcas? Entre los monumentos y las obras literarias, los cuadros cronológicos y los documentos oficiales, quizá podamos descubrir algunos sentimientos y emociones del faraón y su corte. Por ejemplo, sabemos que Tutmosis III fue un amante de la naturaleza.

de esa época. De ellos se deduce que las ciudades estado de Siria y Palestina fueron sometidas por los hititas o se entregaron a ellos y que, en el sur, el gobernador de Jerusalén tuvo que luchar contra los nómades invasores, los cabiros, de quienes algunos expertos piensan que estaban conectados con los hebreos.

Gobernado por faraones fuertes, en su momento culminante el Imperio egipcio alcanzó cierta plenitud. Aunque su organización era menos evolucionada que la de los posteriores imperios asirio y persa, y era menor que ellos, fue la primera potencia imperial importante establecida en Oriente Medio.

En tiempos del Imperio, muchos pueblos asiáticos llegaron a Egipto, llevando nuevas modas en materia de ropas, nuevas costumbres, nuevo vocabulario y nuevos dioses. Por esta época, las ciudades de Egipto tienen que haber reflejado el brillo y la riqueza del período, con sus muchedumbres cosmopolitas, en las que estaban presentes todas las razas con las que el Imperio había hecho contacto. Floreció el comercio entre Egipto y otras tierras, aunque, aparte del intercambio dinámico de bienes entre Egipto y Asia, las naves egipcias todavía iban a Punt para comprar incienso y árboles de mirra, que se plantaban en los jardines de los templos egipcios. En Deir el-Bahari, escenas del Templo de Hatshepsut muestran una expedición a Punt y rasgos interesantes de las casas puntitas, construidas sobre pilotes, y de su corpulenta reina.

Los soberanos de la Dinastía XVIII fueron todopoderosos. La práctica de que el rey se casara con la Gran Hija

En sus campañas de Siria, encontró tiempo para coleccionar plantas y animales poco comunes y enviarlos a Egipto para el jardín botánico de Tebas. La mayoría de los faraones también disfrutaba persiguiendo a los leones y en las cacerías de elefantes y con el tiro a la diana.

En ocasiones, detrás de la fachada del protocolo, podemos entrever las disputas e intrigas, los celos y rivalidades de la familia real. Hatshepsut, hija de Tutmosis I con su Gran Esposa Real, se casó con Tutmosis II, otro hijo de aquel monarca, habido con una esposa secundaria. Tras haber tenido sólo descendencia femenina con Hatshepsut, pero dejando un hijo nacido de una concubina real, Tutmosis II murió. Hatshepsut, que al parecer no podía tolerar que la desplazara el hijo de una favorita plebeya de su marido, reclamó el trono para sí. Con todos los poderes, títulos y emblemas faraónicos, gobernó Egipto como reina regente y justificó sus actos en escenas pintadas en su templo de Deir el-Bahari, donde se representó su ficticio nacimiento divino, además del nombramiento y coronación como gobernante de pleno derecho, decididos por su padre. Ese edificio, que tan bien encaja en su entorno al pie de las montañas de Tebas, fue diseñado por Senenmut, arquitecto real y favorito. Por último este hombre y la reina perdieron el poder y Tutmosis III, ya en la flor de la edad, se apoderó del trono que le correspondía. Aparte de una notable falta de interés militar, Hatshepsut parece haber gobernado Egipto tan bien como cualquiera de sus pares varones.

Otra corte, cuyos hechos conocidos presentan un cuadro definido de un modo de vida lujurioso, es la de Amenofis III. La joven Tiyi, hija del plebeyo Yuya, caballerizo real, resultó elegida como esposa de Amenofis III. Este hecho sin precedentes se anunció en una serie de escarabeos conmemorativos. Amenofis se casó con varias otras mujeres, incluidas dos princesas de Mitanni, pero Tiyi fue su Gran Esposa Real. El rey se volvió indolente, pasaba el tiempo en su gran palacio de Malkata, divirtiéndose en el bello lago del lugar. Su templo mortuorio no se ha conservado, pero hoy, sobre la llanura tebana, el visitante puede ver dos estatuas enormes, los colosos de Memnón, que en tiempos se alzaron delante de los pilonos del templo, es decir, las obras macizas que forman la entrada de esos edificios.

A fines de la Dinastía XVIII, llegó al trono Akhenatón, antes conocido como Amenofis IV. Con su reina Nefertiti, fundó una nueva capital para practicar su culto de Atón, el extraño dios carente de figura. Después de algunos años, esa religión se hizo excluyente y los monumentos de otras divinidades fueron destruidos y reducidos a polvo: así terminaron los sacerdotes y el propio culto. En Akhetatón (la actual Tell el-Amarna, capital en esa época), esta religión monoteísta fue practicada por la familia real y la corte; se produjo, contemporáneamente, una revolución en el arte, donde se pondría énfasis en las representaciones realistas, a diferencia del estilo arcaico «idealizado».

Nefertiti dio a su marido seis niñas y ningún varón. Al cabo de algunos años, la reina desapareció de la escena –quizá por muerte o destierro– y Akhenatón se casó con Meritaten, su hija mayor. Como no tuvo descendientes, eligió sucesor a Smenkhkare, tal vez hijo de Amenofis III y una esposa secundaria, quizá Sitamun, hija del propio Amenofis III y de la reina Tiyi. Las pruebas que en el decenio de 1960 se realizaron en las momias de Smenkhkare y de Tutankamón indicaron que los dos jóvenes eran probablemente hermanos de padre y madre e hijos de Amenofis III. Akhenatón entregó a Smenkhkare la heredera real, su propia hija-esposa Meritaten y él mismo se casó con Ankhesenpaaten, su tercera hija (la segunda, Maketaten, había muerto siendo niña). Akhenatón y Meritaten murieron y Smenkhkare casó con la viuda Ankhesenpaaten. Tras la muerte temprana del rey, el trono y Ankhesenpaaten pasaron a Tutankamón, por falta de otro heredero varón. Se produjo entonces la restauración de la religión antigua, del politeísmo. En particular se restableció a Amón y la capitalidad volvió a Tebas con Tutankamón, Ankhesenpaaten (a quien se rebautizó Ankhesenamun) y las otras tres hijas de Akhenatón. Como Tutankamón en el momento de su acceso al trono era sólo un niño, hay que suponer que la política no era suya sino determinada por un hombre mayor y de experiencia.



Entrada del templo de Abu Simbel, cavado en la roca. Las estatuas colosales fueron transportadas a la parte superior de la ladera para salvarlas de las aguas del Nilo, cuyo nivel subió a causa de la construcción de la presa de Assuán.

El rey-niño murió cuando era adolescente y el trono pasó a un consejero plebeyo, el anciano Ay. Se determinó que Ay debía casarse con la viuda real y heredera para jus-

tificar su pretensión al trono. Pero Ankhesenamun escribió una carta al rey de los hititas, antiguo enemigo de Egipto, rogándole que enviase a Egipto a uno de sus hijos para que se casara con ella. Al parecer, la reina estaba desesperada por evitar el destino que le esperaba en su tierra, porque esta invitación, de haber sido aceptada, habría traído como resultado un nuevo rey hitita para Egipto. Sin embargo, el rey hitita se demoró y cuando, por fin, envió a un príncipe, el joven fue asesinado durante su viaje a Egipto. Por último, Ay se casó con Ankhesenamun y no se sabe nada más sobre ella ni sobre sus hermanas menores. Ninguna de las hijas de Akhenatón había dado a luz un heredero varón –los hijos nacidos de Meritaten y Ankhesenpaaten y el padre de ambas murieron al nacer– y los fetos momificados descubiertos en la tumba de Tutankamón son quizá los únicos despojos patéticos de su descendencia.

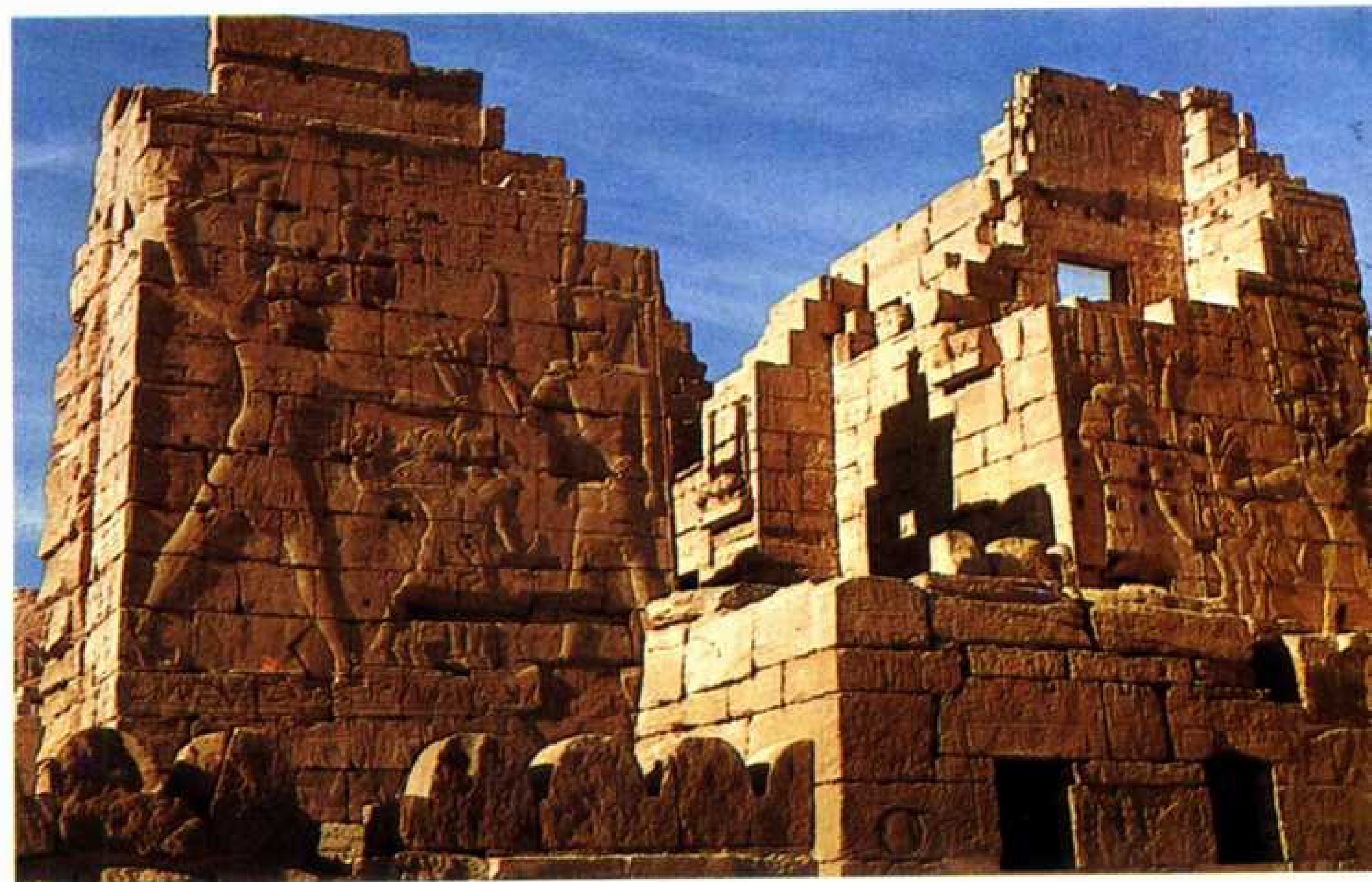
Ay tuvo como sucesor a Horemheb, el último rey de la Dinastía XVIII, que antes fue comandante del ejército y administrador jefe. Quizá este hombre había sido la voluntad que estaba detrás del trono desde el regreso de la corte a Tebas, mientras las cabezas visibles eran Tutankamón y Ay. Este gobernante plebeyo dedicó su reinado a la restauración del orden antiguo y a un intento de destrucción de todas las huellas del odiado faraón herético y de su familia.

Ramsés I, el primer rey de la Dinastía XIX, era hijo de un oficial militar de baja graduación. Horemheb elevó a Ramsés al rango de visir y lo nombró su sucesor. Después del breve reinado de Ramsés, el poder de Egipto fue restaurado por su hijo Seti I quien, aunque no era de linaje real, se empeñó en confirmar con sus actos su derecho a gobernar el imperio. La familia estaba relacionada con Tanis, ciudad del delta, pero Seti mantuvo su capital en Tebas. Aunque Egipto intentaba aún recuperarse de la herejía de Amarna, vivió una restauración más de los templos y de la religión tradicional, lo que continuaba la política de Horemheb. La clase sacerdotal volvió a tener poder y Amón se convirtió en dios del estado. Seti dio muestras de su celo religioso construyendo distintos edificios: la Gran Sala Hipóstila del Templo de Karnak y sus templos de Qurneh, Tebas y Abidos; en ellos se instalaron seis divinidades principales, junto al propio Seti, en su carácter de gobernante muerto y deificado. Por su origen plebeyo, el rey no podía permitirse desagradar a ninguna divinidad oficial.

Nubia estaba aún bajo el poder de Egipto y se continuaban explotando las minas de turquesa del Sinaí. Seti, quien con su hijo llevaría adelante la política de restaurar la gloria pasada, se lanzó entonces a reconquistar el perdido imperio asiático de Egipto. Sus campañas están pintadas en la Sala Hipóstila de Karnak, en una serie de relieves murales. El Imperio probablemente no fue abandonado por completo a fines de la Dinastía XVIII, pero los estados leales soportaban la amenaza del número creciente de enemigos de Egipto. Seti libró una cam-



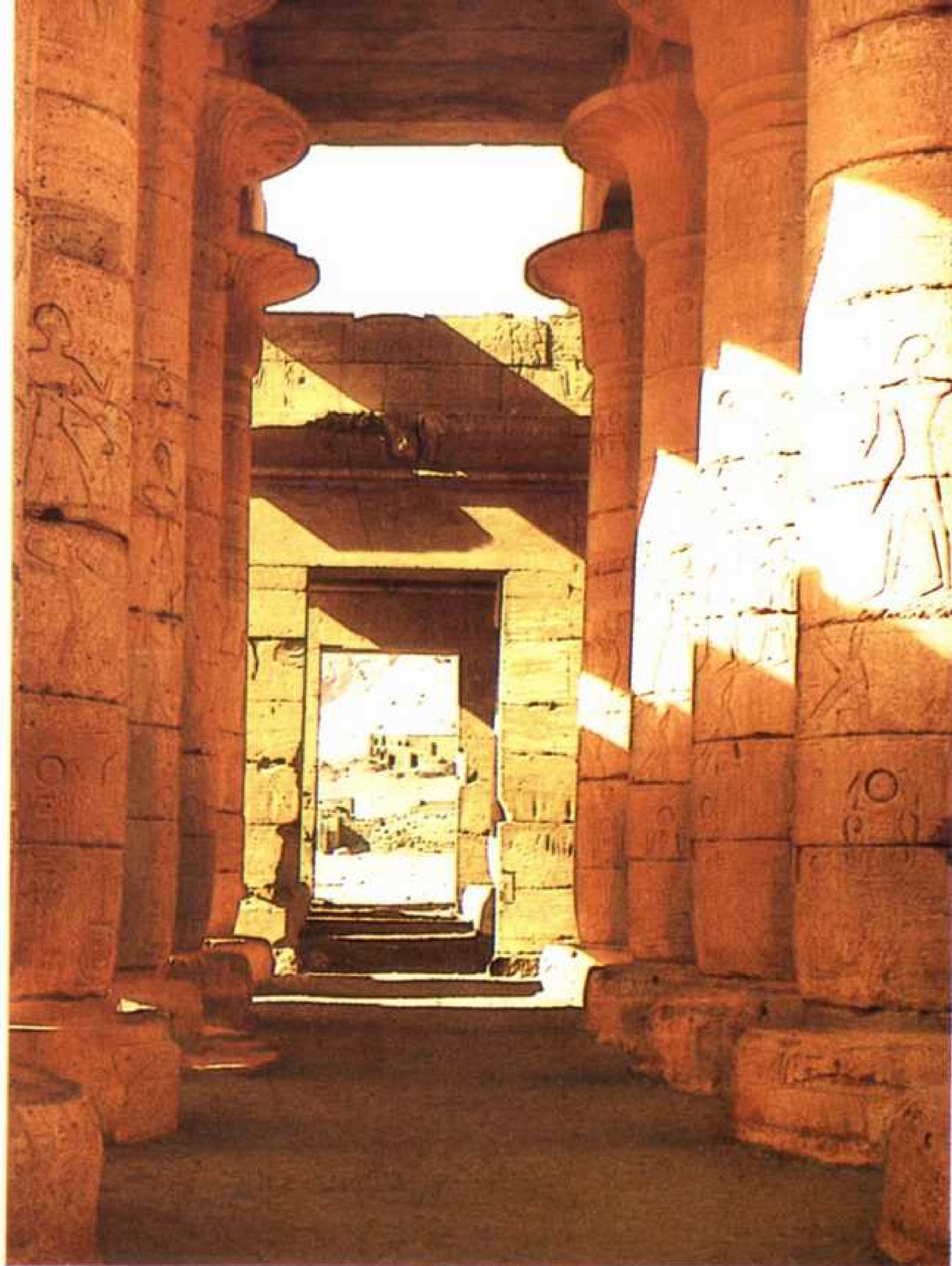
Tumba de Nefertari, favorita de Ramsés II, en el Valle de las Reinas de Tebas.



Parte del templo sepulcral de Ramsés III, en Medinet Habu. Las esculturas muestran al faraón atacando a sus enemigos.

Columna de la entrada del templo mortuorio de Ramsés III. Es un agregado tardío (ptolemaico) con un capitel en forma de hoja.





Sala hipóstila del templo sepulcral de Ramsés III, en Medinet Habu. Correspondía al salón de recepciones del palacio real.

paña contra los libios y tres contra otros agitadores. En una campaña final contra los hititas, Seti obtuvo la victoria y restauró el control egipcio sobre una parte de Siria. Como en tiempos pasados, se recurrió a los gobernadores locales para administrar las conquistas egipcias.

Ramsés II, hijo de Seti, continuó la reconquista de Asia Menor. Avanzó a través de Siria y en Kadesh, en la batalla del Orontes, se apoderó del espacio que había entre Egipto, con sus ciudades estado aliadas, y los hititas con sus satélites. A pesar de las narraciones de gestas brillantes, registradas en diversos edificios de Egipto, sin duda ambos contendientes se alegraron de la retirada y, en el vigésimo primer año del reinado de Ramsés, una alianza entre egipcios e hititas consolidó la paz. Esta situación era bien recibida por los segundos, que se enfrentaban a problemas internos. Se han encontrado las dos versiones, egipcia e hitita, del tratado, por el cual los dos estados debían considerarse iguales; se prometían paz eterna y ayuda mutua, en caso de que uno de los dos se viera atacado por un extranjero; también se determinaban las normas para la extradición de refugiados políticos. Se invocaba a los dioses de ambos estados para garantizar el acuerdo, que se consolidó con el casamiento de Ramsés II con una princesa hitita.

En el campo interno, Ramsés II se hizo famoso por sus edificaciones monumentales, majestuosas, aunque poco refinadas; entre ellas se incluyen el Ramseum de Tebas, templo mortuorio del rey, el famoso templo cavado en la roca de Abu Simbel y los monumentos de Tanis. Trasladó la capital a la ciudad norteña de Pi-Ramsés. Tuvo muchas esposas, incluida su favorita, Nefertari, cuya tumba es de particular belleza y también tuvo más de cien hijos. Como su padre, Seti I, fue enterrado en el Valle de los Reyes.

Egipto entró en un largo período de decadencia a la muerte de Ramsés. En esos momentos un nuevo mundo se enfrentaba con los faraones de Egipto. El poder hitita se desvaneció con el surgimiento de Asiria. Cnoso, centro de la cultura minoica de Creta, quedó destruida hacia el 1400 a. C. y un nuevo pueblo llegó a la isla desde tierra firme. Se produjeron migraciones desde Europa central hacia las comarcas de los Balcanes y del Mar Negro, lo que creó en Asia occidental un movimiento demográfico, que ejerció presión sobre los pueblos autóctonos de las islas y costas del Mediterráneo occidental. A su vez, estos pueblos tuvieron que buscar nuevas tierras y así los «Pueblos del Mar» llegaron por fin a las playas del norte de África, donde se unieron a los antiguos enemigos de Egipto, las tribus libias. Egipto poco tardaría en verse obligado a enfrentar varios intentos decididos de esa coalición para penetrar en su territorio y ocuparlo. El hambre probablemente agravara la situación, induciendo a libios y pueblos del mar a atacar Egipto, a comienzos del reinado de Merenptah; pero fueron rechazados y más de 9.000 cayeron prisioneros. Egipto disfrutó de una paz temporal hasta que algunos de los pueblos del mar se asentaron en otras costas mediterráneas, donde quizá más tarde se convirtieron en los licios y los etruscos.

Merenptah fue el último gobernante memorable de la Dinastía XIX. Algunos creen que durante su reinado se produjo el éxodo de los niños de Israel. Los últimos miembros de esta dinastía reinaron brevemente e incluso es confusa su sucesión. Nunca más Egipto alcanzaría la grandeza. Quizá una debilidad irreversible, causada por la incursión de los pueblos del mar, hiciera perder al país su fe en las antiguas creencias y también la inspiración de nuevas ideas; o tal vez la gran cantidad de pueblos asiáticos presentes en Egipto desde la Dinastía XVIII afectó el modo de vida egipcio; sin duda esos extranjeros llegaron a posiciones importantes en la corte y en el ejército, y es probable que aportaran nuevos conceptos sobre el más allá, porque las prácticas fúnebres y la decoración funeraria de la época de los Ramsés carecen de la convicción de una felicidad eterna, rasgo típico de las dinastías antiguas. Tampoco es imposible que Egipto jamás se recuperase por completo de la revolución de Amarna, cuando la fe en el faraón y el culto de los dioses tradicionales se diluyeron para siempre.

Nuestras fuentes principales para la Dinastía XX están en el llamado Gran Papiro Harris, que ofrece un cuadro general de las condiciones de este período, incluida la riqueza creciente de los sacerdotes de Amón; en Medinet Habu, se muestran los conflictos renovados con los pueblos del mar y los libios en las escenas e inscripciones murales del templo de Ramsés III.



Una nueva ola de pueblos del mar barrió Siria y Palestina hacia el 1200 a. C. junto con sus familias, posesiones y ganado. El Imperio hitita se desintegró y cayeron las ciudades de Biblos y Ugarit. También Troya sufrió la derrota, un acontecimiento que se recuerda en la *Ilíada* de Homero. Por último, Ramsés III se vio obligado a responder a dos intentos de invasión de Egipto protagonizados por los libios, encabezados por la tribu meshwesh y apoyados por los pueblos del mar, cuyo objetivo era establecerse en las tierras fértiles del delta y en Siria y Palestina. Pero Ramsés III los rechazó en combates que se libraron en tierra y en la mar. Algunos huyeron al Asia Menor y Siria; los pueblos sheklesh y sherden, muy posiblemente, alcanzaron las costas de Sicilia y Cerdeña; los filisteos se establecieron en Palestina. Toda la fisonomía del Oriente Próximo cambió.

Aunque Egipto había derrotado a los invasores, su prestigio sufrió una decadencia gradual en los últimos tiempos de la Dinastía XX, época de la que data el *Relato de Wenamun*, que pone de manifiesto esta situación. Poco a poco los libios –en especial los meshwesh– se infiltraron en Egipto, se convirtieron en mercenarios del ejército local y consiguieron un poder considerable. Más tarde, sus descendientes fundarían la Dinastía XXII.

Ramsés III construyó su templo en Medinet Habu. Las tumbas reales seguían siendo espléndidas. No obstante, una situación de anarquía creciente amenazaba la paz. Los miembros del harén real y los oficiales del ejército intentaron asesinar al rey y llevar al trono al hijo de una de las reinas secundarias. Al parecer, la corrupción era habitual entre funcionarios y jueces.

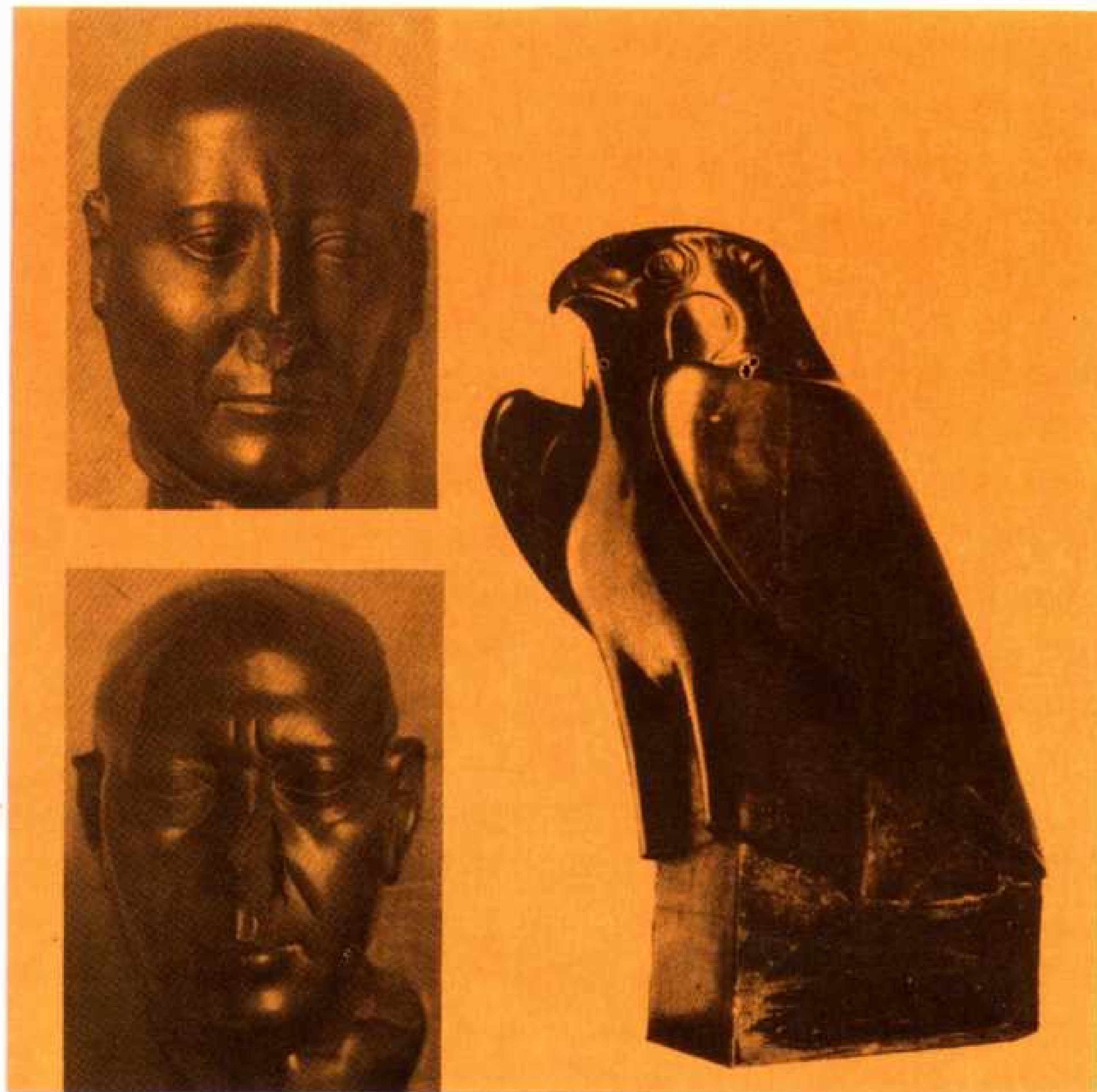
Los últimos gobernantes ramsidas –Ramsés IV a XI– ejercieron el poder sobre un estado decadente. Las malas cosechas llevaron el hambre, que estimuló el saqueo generalizado de las tumbas. Los problemas se multiplicaron en las necrópolis reales y, según los relatos contemporáneos, los trabajadores no se equivocaban al temer las incursiones constantes de los libios, que les obligaban a mantenerse apartados del trabajo. Con el debilitamiento del poder faraónico, creció la importancia de los sacerdotes de Amón en Tebas y el rango de sumo sacerdote se hizo hereditario. Por último el sumo sacerdote Herihor gobernó el Alto Egipto desde Tebas, bajo la autoridad nominal de un faraón residente en Tanis. La rueda había completado su giro y el vicario del rey y sirviente de la divinidad ostentaba ahora el poder monárquico.

**Período Tardío** (Dinastías XXI a XXXI, 1085-332 a. C.). En tiempos de la Dinastía XXI, Egipto se dividió en dos partes; la línea legítima de reyes gobernaba desde Tanis y los altos sacerdotes de Amón formaron su propia «dinastía» en

Arte del período tardío. *Extremo izquierda:* Estatua de bronce de la reina Karomama de la Dinastía XXII. *Izquierda:* Estatuilla de oro del dios Amón que empuña una espada ceremonial (probablemente de Karnak).

Tebas. Entre ambas casas existieron lazos de amistad y también de matrimonio, pero el gobierno se mantuvo separado en ambos sectores.

Egipto había perdido ya todas sus pretensiones de dominio en el extranjero; la comarca siriopalestina estaba dominada, en tierra y mar por los filisteos y los fenicios. Al norte crecía un nuevo superestado: Asiria. Desde ese momento, los faraones se vieron obligados a contar con tropas mercenarias y los tiempos de las grandes campañas asiáticas quedaron atrás. Egipto tuvo que contentarse con incursiones armadas, injerencias políticas e intrigas y, cada vez que las fuerzas egipcias se ponían en contacto con las nuevas potencias, resultaba tristemente visible que sus armas y su equipamiento eran inferiores. El hierro –un material nada abundante en Egipto pero sí común en los estados nuevos– había



Arte de la Dinastía XXVI. Dos cabezas de sacerdotes (*arriba:* la «cabeza verde» de Menfis), y Horus, el dios halcón.

reemplazado al bronce como materia prima para las armas. Los egipcios perdían, poco a poco, la capacidad de imponerse y la ficción de un faraón poderoso y supremo quedaba ridiculizada por la existencia del «reinado» doble de Tanis y Tebas.

Las tumbas de los reyes de las dinastías XVIII, XIX y XX fueron saqueadas en forma constante. El mobiliario fúnebre de oro había desaparecido tiempo atrás, pero los sacerdotes de la Dinastía XXI intentaron evitar violaciones posteriores de los restos reales, volviendo a enterrar los cuerpos momificados de sus antiguos reyes y reinas, con los sarcófagos y los objetos fúnebres restantes, en una tumba profunda, cerca de Deir el-Bahari. A fines del pasado siglo, este escondite fue descubierto y diez años después lo fue otra tumba, situada al norte de Deir el-Bahari, que contenía muchos sarcófagos, *ushabti* (estatuillas humanas) y papiros.

Muchos de los mercenarios libios, descendientes de aquellos primeros libios infiltrados en Egipto, se habían establecido en Heracleópolis; alcanzaron posiciones de gran influencia y, en su carácter de confederados de los reyes tanitas, obtuvieron gran poder y fundaron la dinastía que Manetón denomina «Bubastita», es decir, la XXII, en cuyos tiempos una parte de Egipto probablemente se escindió y continuó bajo el poder de la Dinastía XXIII. Sheshonk, el primer rey de la Dinastía XXII, que en la Biblia recibe el nombre de «Shoshaq», invadió Palestina, atacó Jerusalén y saqueó el templo de Salomón, pero no era más que un brote de vigor efímero.

En la etapa de esta dinastía y de la anterior había surgido una nueva costumbre. La hija del rey (y no su mujer, como en tiempos antiguos) recibió el título Consorte Divina de Amón. Bajo el mando de Osorkon III, el poder absoluto del sumo sacerdote de Amón en Tebas quedó recortado porque la hija del rey pasó a ser consorte del dios. A ella desde entonces correspondió el control faraónico de Tebas y del Alto Egipto, pero aunque tenía poder, grandes posesiones y muchos funcionarios bajo su mando, su autoridad se limitó a Tebas y no se le permitió casarse.

Hacia el 730 a. C. tuvo lugar un suceso de efectos muy amplios en Egipto. La bíblica «Etiopía» –las regiones geográficas de Nubia y Kush– se separó de Egipto hacia fines de la época de la Dinastía XX; su gobierno se ejerció desde la capital, Napata, y continuó manteniendo un culto ferviente a la divinidad egipcia Amón Re: como tantas otras zonas fronterizas, esta comarca era más «egipcia» que el mismo Egipto. Bajo su jefe Piankhy, los etíopes (o kushitas) marcharon desde Napata hacia Tebas y sometieron con facilidad todo el Egipto, que una vez más se encontraba en un estado de caos; los enérgicos invasores establecieron un nuevo linaje de gobernantes, que aportaron alguna esperanza para el futuro. Es posible que la Dinastía XXIV, bajo el mando del rey Boccoris de Sais, continuase gobernando un pequeño sector del Bajo Egipto.

Los kushitas se entregaron a la organización de Egipto. Llevaron adelante proyectos arquitectónicos y promovieron el arte, aunque sin que su florecimiento llegara a los niveles anteriores. Los kushitas se preocuparon de borrar el peligro de una división del país, obligando a la Consorte Divina de Amón a que adoptara a la hermana de Piankhy, Amenirdas I, como su sucesora; a su vez, Amenirdas adoptó a la hija de Piankhy. El proceso de adopción aseguró que el rango no fuese hereditario, de modo que el rey podía manipularlo. La Consorte Divina de Amón tenía un poder considerable sólo en Tebas, donde la asistía su mayordomo.

Los kushitas decidieron recuperar del dominio asirio las antiguas posesiones egipcias de Siria y Palestina. Era imposible utilizar la fuerza, de modo que emplearon diversos métodos indirectos: intrigas políticas, el oro de Nubia y

promesas de ayuda a los estados que presentaban signos de rebeldía contra Asiria. Se envió un contingente egipcio para ayudar al rey Ezequías de Judea en su lucha con los asirios, pero el ejército egipcio sufrió una derrota total ante Senaquerib, el rey asirio. Era inevitable que Asiria emprendiera una acción decidida contra Egipto, para poner término a aquella política insidiosa. Asarjadón y Asurbanipal hicieron un ataque conjunto contra Egipto, Menfis y Tebas resultaron ocupadas temporalmente. Por último, el rey kushita Tanutamón volvió a ocupar Menfis; de inmediato, en Tebas, recuperaron el poder la Consorte Divina Shepenopet II y el cuarto profeta de Amón, Mentuemhet. Un segundo ataque asirio hizo que Tanutamón huyera de Egipto a Napata, para no volver jamás. Ese breve y poco común intento de supremacía nubia sobre los que fueran sus señores llegó así a su fin y nunca se repitió.

Los kushitas establecieron una nueva capital en Meroé y se interrumpió todo contacto, excepto el comercio, entre Egipto y el lejano sur. Los kushitas continuaron con su versión propia de la cultura faraónica: edificaron pirámides sepulcrales, rindieron culto a los dioses de Egipto en templos y siguieron escribiendo la forma clásica de la lengua jeroglífica.

Anubis, dios del embalsamamiento, lleva la doble corona y sujeta el signo de Ankh y el cetro.



Los testimonios materiales egipcios de las dinastías XXI a XXV son comparativamente pobres y escasos, en parte a causa de la decadencia del poder político y militar, pero quizá también porque muchas de las más bellas antigüedades del período desaparecieron en las inundaciones y bajo los depósitos de fango, ya que las ciudades capitales casi siempre estuvieron situadas en el delta. Es verdad que algunas de las obras de arte halladas –como la máscara de Psusennes I, de la Dinastía XXI, encontrada en los enterramientos reales de Tanis y la estatua de bronce de la reina Karomama, que data de la Dinastía XXII– dan testimonio de una habilidad constante. Sin embargo, en general, las obras conservadas indican una imitación de diseños anteriores, quizá con la intención de recuperar el espíritu de tiempos más felices.

Después del ataque contra Egipto, los disturbios de otra parte del imperio (Elam) hicieron que Asurbanipal regresara a Asiria, sin dejar detrás más que una pequeña fuerza militar. Durante su ausencia quedaron bajo control doce príncipes nativos; uno de ellos, Psammético de Sais, no tardó en aprovechar la oportunidad y, con la ayuda de mercenarios griegos y el apoyo de Giges, rey de Libia, se proclamó rey del Alto y Bajo Egipto. En Tebas, Shepenopet II, Consorte Divina de Amón, recibió instrucciones para que adoptara como sucesora a la hija de Psammético; a la vez, el profeta de Amón, Mentuemhet, que ostentaba ese cargo bajo el poder de los kushitas, se vio reemplazado por uno de los seguidores saítas. Psammético nombró a sus propios hombres para los cargos importantes y dejó de pagar tributos a Asiria. En cualquier caso, el poder asirio se desvanecía y, tras liberarse del yugo, Psammético se decidió a restaurar el poder militar egipcio, organizando un ejército que contó con muchos mercenarios extranjeros, jonios, carios y lidios. Como los libios, a los que Egipto antes empleara a modo de mercenarios, habían obtenido demasiada independencia y poder, los saítas estaban deseosos de cambiar la situación recurriendo a otros mercenarios extranjeros.

Psammético I y sus sucesores organizaron una flota de guerra excelente y otra mercante, con la ayuda de los marineros fenicios, que dominaban el Mediterráneo. Estimularon a las comunidades y mercaderes extranjeros para que se estableciesen en Egipto y les otorgaron grandes favores. Aunque esta iniciativa comercial aumentó la riqueza de Egipto, los privilegios otorgados a las comunidades extranjeras irritaron a los nativos y, por fin, el antagonismo desembocó en el confinamiento de los extranjeros en sus propias ciudades especiales. Por ejemplo, en Naucratis floreció una comunidad de mercaderes griegos independientes que se autogobernaban, mientras que en Elefantina creció una comunidad judía que adoraba a Jehová.

Los reyes saítas se interesaban en todas las empresas comerciales que pudiesen acrecentar su riqueza e influencia.







Joyas del período romano provenientes de la tumba de una reina de Meroé, en el Sudán, fechada hacia el 25-10 a. C. Anillo con el disco solar, pulsera y brazalete de oro con incrustaciones de cristal. Meroé, excavada por Garstang, fue la última avanzada de la civilización egipcia y mantuvo vivas las tradiciones antiguas hasta la era cristiana.



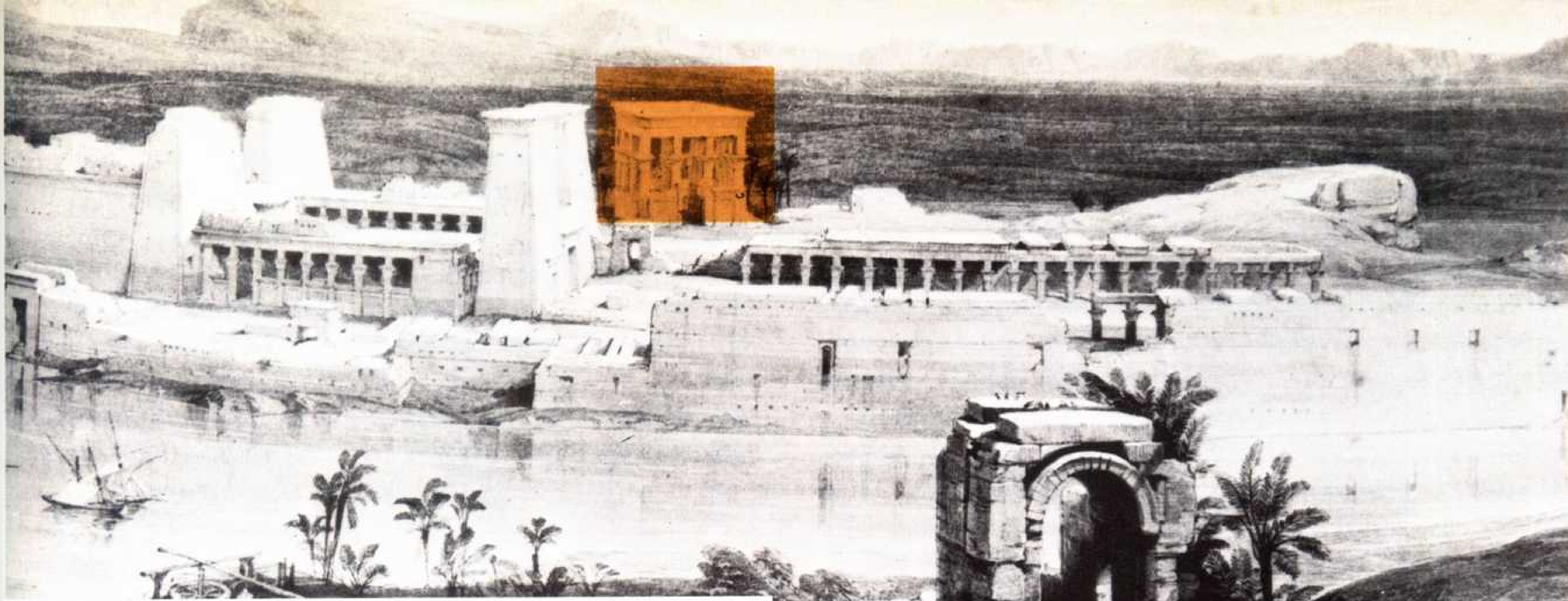
Retrato de mujer de una momia romana proveniente de una tumba de El Fayum. Esta práctica del retrato naturalista pintado, imagen del difunto, aparece en el arte funerario del período tardío.

Así empezó la exportación de trigo desde Egipto. En los tiempos de Roma, la provisión de cereales para el Imperio iba a convertirse en una de las bases principales de la importancia de Egipto. También iniciaron los saítas el proyecto de construir un canal desde el Nilo hasta el Mar Rojo, y los marinos fenicios recibieron el encargo de intentar la circunnavegación de África.

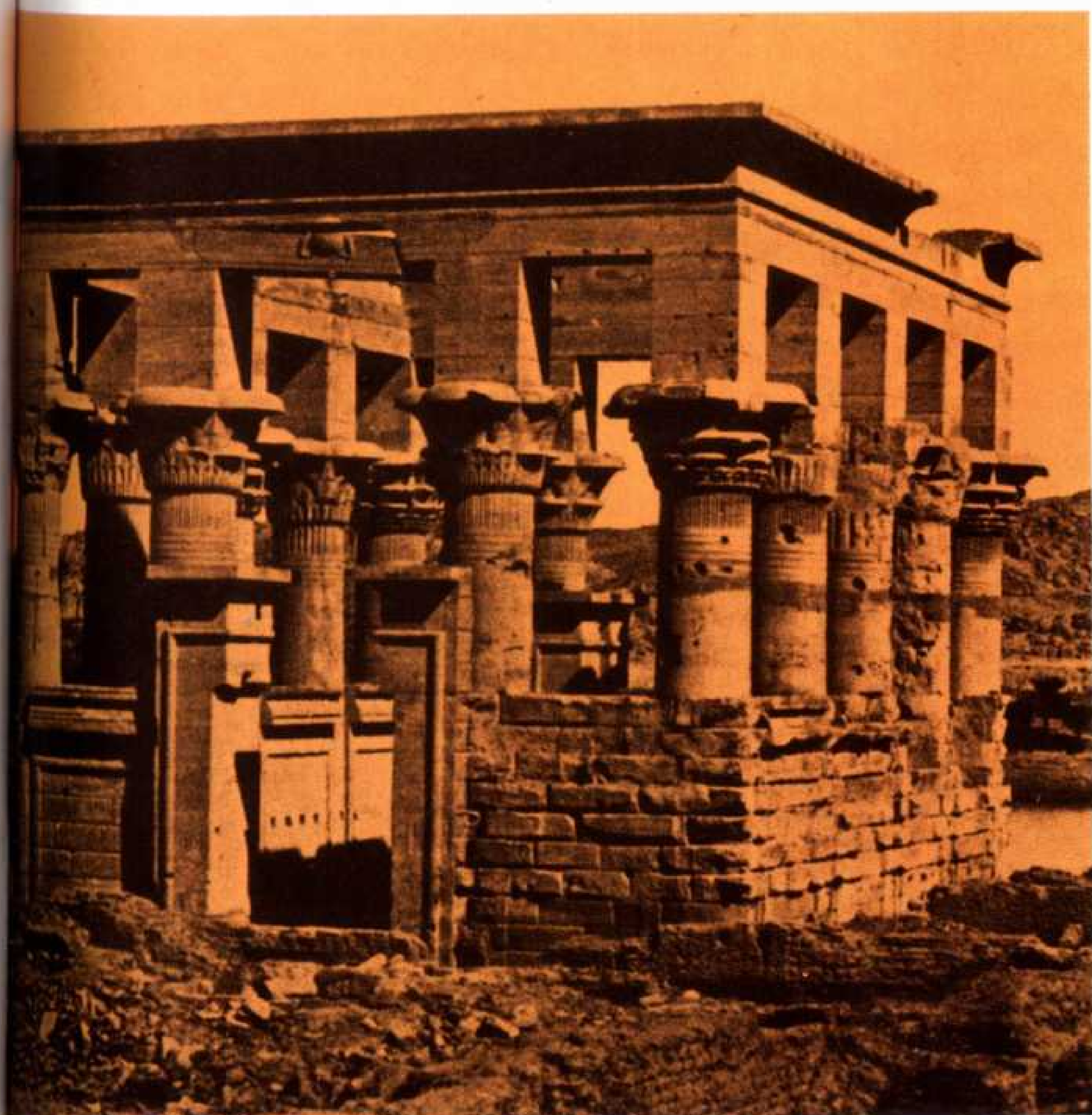
Este período se consideró a veces como una época de nacionalismo en que los reyes, tras arrojar a los opresores asirios, procuraron revivir las glorias del pasado. Aunque sin duda los reyes usaron ese sentimiento nacionalista que les permitió subir al trono, en realidad mostraban más tarde una fuerte tendencia favorable a los extranjeros, a los que se ayudaba para que se establecieran en Egipto: en la práctica, debían la ocupación del poder a la ayuda militar exterior y a los mercenarios. Quizá al comprender esto, los egipcios jamás dieron a los reyes saítas el apoyo que podrían haber recibido los monarcas verdaderamente «autóctonos».

El desagrado de los egipcios ante los grandes grupos de forasteros residentes en el país se expresó mediante la nostalgia de la antigua civilización egipcia «pura». Ese arcaísmo adoptó distintas formas: se renovaron títulos de nobleza antiguos, hubo una imitación de las formas artísticas de períodos anteriores, en particular se copiaron relieves y esculturas del Reino Antiguo y hubo un renacimiento del culto a los animales. Hasta las modas del vestido y de la escritura recibieron esta influencia, y el estudio del propio pasado se emprendió con orgullo. Las formas artísticas muestran una gran precisión y atención al detalle: un rasgo perfeccionista que les otorga cierta belleza; se esculpieron retratos con gran pulcritud y se tallaron con cuidado figuras *ushabti*. Sin embargo, las obras copiadas o inspiradas en piezas antiguas no tienen el dinamismo que caracteriza a las originales.

En el 612 a. C. una coalición de los ejércitos babilonio y persa se apoderó de Nínive, la capital asiria, y la saqueó;







Templo de Filé, período romano. *Arriba:* Dibujo del siglo XIX. *Abajo:* La «casa del nacimiento», conocida también como cama del faraón. Todos los templos del período ptolemaico tenían «casas de nacimiento», reservadas para adorar a la diosa madre Isis.

la política exterior saíta consistía sobre todo en un intento de mantener el equilibrio de los poderes, apoyando primero a los asirios contra babilonios y persas para aliarse, después, con Babilonia en contra de Persia. Sin embargo, por último, los persas establecieron un gran imperio, mientras Egipto se desgarraba en una guerra civil entre su faraón saíta y «un hombre del pueblo», Amasis, vencedor en la lucha. Pocos meses después de la muerte de Amasis, Egipto cayó bajo el poder de Cambises, rey de los persas.

En el 525 a. C. Egipto pasó a integrar el Imperio persa (esto constituye la Dinastía XXVII de la lista de Manetón). Según algunos informes contemporáneos, Cambises demostró ser un exigente supervisor que hizo poco para ayudar a Egipto y atacó algunas de sus prácticas religiosas. Cuando el emperador volvió a Asia, según la costumbre habitual en el Imperio persa, Egipto quedó a cargo de un sátrapa, ya que había pasado a ser una provincia persa o satrapía. Aunque hasta cierto punto basado en el Imperio asirio antiguo, el persa fue más eficiente y estuvo mejor organizado. A lo largo de casi dos siglos Egipto fue una provincia bien gestionada, excepto durante el período en que los príncipes nativos obtuvieron una breve independencia para el país.

Darío I sucedió a Cambises en el poder y, a diferencia de su antecesor, demostró un interés activo en la antigua civilización egipcia. Con instrucciones de recopilar un detallado informe de la historia de la ley egipcia, buscando el conocimiento de escribas, sacerdotes y soldados, el nuevo emperador envió un sátrapa a Egipto; además, ordenó que se terminara el canal iniciado por los saítas y construyó templos para los egipcios. También demostró, según se dice, una preocupación genuina por el bienestar del pueblo y procuró que se lo aceptara como faraón de pleno derecho utilizando el título real faraónico.

Pero en el 486 a. C., los egipcios se rebelaron contra sus dominadores persas; prontamente los sometería el nuevo rey, Jerjes y su situación empeoró. Dejaron de construirse nuevos templos y Egipto tuvo que comprender que, tan sólo, era una de las muchas provincias persas. Una brisa final de libertad llegó cuando los príncipes nativos disfrutaron de una breve etapa independiente durante las dinastías XXVIII a XXX; pero en el 343 a. C., bajo el poder del rey Artajerjes III, Egipto se vio reducido, una vez más, a la condición de provincia persa. En esta ocasión, el oro y la plata de los templos se llevó a la metrópoli y volvió a instalarse un sátrapa. Esta segunda dominación persa (Dinas-

tía XXXI) conoció tres reyes persas, pero el fin de este imperio ya estaba a la vista.

Filipo de Macedonia había conseguido poner en el mapa su país como una potencia mundial futura. Su hijo, Alejandro Magno, inició por entonces su asombrosa carrera de conquistas sin igual en el mundo conocido. En el 332 a. C., llegó a Egipto, donde el sátrapa persa se rindió sin dar batalla. Los egipcios aceptaron a Alejandro como faraón y se echaron los cimientos de la futura y gran ciudad de Alejandría. Durante su famosa visita al oráculo de Amón en Siwa, el nuevo dominador se convenció de su propio carácter divino. Entonces, tras haber tomado medidas para el gobierno del país –nombramiento de gobernadores nativos, arreglos adecuados para la recaudación de tasas y el estacionamiento de un ejército pequeño a las órdenes del general Ptolomeo–, Alejandro abandonó Egipto para proseguir la conquista del mundo.

Templo secundario del complejo de Karnak, construido cuando el Imperio egipcio había alcanzado su culminación. A ambos lados de la entrada hay incisas escenas que muestran al rey en el momento de presentar ofrendas a Min.

**Período ptolemaico** (332-30 a. C.). El joven Alejandro Magno murió, dejando como heredero a su hijo de cuatro años. Poco después el niño era asesinado y el imperio de Alejandro se dividía entre sus generales. En el 305 a. C., Egipto se convirtió en propiedad del general Ptolomeo y, sucesivamente, fueron 15 los Ptolomeos que lo gobernaron, y tras ellos la famosa reina Cleopatra, antes de que Octavio conquistara el país en el 30 a. C. y lo convirtiese en una parte del Imperio romano.

El período ptolemaico fue época de grandes logros intelectuales, aunque también lo fue de privaciones y humillaciones terribles para los nativos. Por una parte, los Ptolomeos crearon sobre las playas del Mediterráneo la hermosa ciudad de Alejandría, que iba a convertirse en un centro intelectual y atraería a los eruditos más eminentes del mundo antiguo. En ella se construyeron un museo y la mayor biblioteca de esos tiempos; florecieron así ramas del saber como las matemáticas, la medicina o la geografía. De otra parte, los Ptolomeos, aprovechándose del poder divino del faraón, explotaron con brutalidad las tierras y a los habitantes de Egipto. En tiempos anteriores, toda la tierra y las



propiedades habían pertenecido, en teoría, al rey y los egipcios eran súbditos leales del faraón. Sin embargo, esta autoridad absoluta jamás se había ejercido y, en la práctica, la propiedad privada de tierras y casas fue común desde épocas antiguas, porque el concepto de divinidad y autoridad del faraón, en rigor, estaba estrechamente relacionado con las creencias religiosas egipcias.

Los griegos ptolemaicos, cuya aceptación de las divinidades y creencias egipcias era nominal, advirtieron en esa teoría una oportunidad excelente de explotar al país y a sus habitantes para sus propios fines. Así fue como concibieron, deliberadamente, una política que debilitaría a los egipcios. Los propietarios de tierras tuvieron que convertirse en arrendatarios: debían pagar por sus tierras un alquiler al Estado, representado en la persona del Faraón; quedaron restringidos a una única zona y podían perder las tierras sin tener a quién acudir. La propiedad privada dejó de existir y todos los aspectos de la subsistencia del labriego quedaron sujetos a condiciones míseras: podían quitarle los animales y el Estado regulaba, año tras año, lo que podía plantar y cosechar; también se le exigía que mantuviese los canales en sus terrenos y que pagara un alto tributo en trigo; el Estado insistía en comprarle cierta cantidad de la cosecha a un precio fijo.

De un modo semejante, las industrias egipcias estaban bajo control del gobierno y algunos productos eran monopolio del Estado. Se empleaban muchos funcionarios para poner en práctica este sistema y asegurar la recaudación de los altos impuestos. Los egipcios poco podían hacer para aliviar sus problemas; las huelgas eran bastante corrientes pero, cuando estallaban, generaban una represión cruel y los cabecillas eran masacrados, de modo que tales estallidos estaban destinados al fracaso. Algunos egipcios, hartos hasta la desesperación de su suerte, desaparecieron en los desiertos, donde iban a convertirse en los primeros ermitaños y precursores de las comunidades monásticas cristianas, o buscaron refugio en los templos. Empeoraría la situación cuando Octavio se convirtiera en el jefe romano de Egipto. Quedó a cargo del poder un prefecto y continuó el sistema ptolemaico, aunque los impuestos pasaron a usarse como complemento de los ingresos imperiales privados. Bajo el mando de un amo romano ausente, la vida de los egipcios se hizo más difícil aún.

En tiempos de los Ptolomeos, fueron muchos los griegos, macedonios, persas, judíos, lidios, tracios y otros extranjeros a quienes se instó a establecerse en Egipto. Ptolomeo ofrecía a los griegos la oportunidad de puestos de gobierno importantes y regalos de tierras. Estos extranjeros, y no los egipcios, sirvieron en el ejército y en la flota, además de florecer como mercaderes y artesanos. Los Ptolomeos mostraron un favoritismo marcado hacia sus súbditos extranjeros, quienes les pagaron con lealtad. En ciudades predominantemente griegas, como Alejandría y Naucratis, se consideraba «extranjeros» a los egipcios y en todo el territorio existían dos comunidades distintas: los nativos oprimidos y los extranjeros privilegiados.

En la era de los primeros Ptolomeos, el casamiento entre griegos y egipcios era inaceptable y en todo el país el nacimiento, la crianza y la educación griegos eran los únicos métodos de ingresar en los círculos intelectuales, sociales y artísticos más distinguidos. Hacia fines del siglo III a. C., un pequeño número de egipcios empezó a «helenizarse», mediante una educación griega y la aceptación, al menos superficial, de ideas y valores griegos; incluso algunas egipcias se casaron con griegos. Se había abolido la antigua aristocracia local y los nativos recién «helenizados» formaron una nueva elite autóctona. Sin embargo, la mayoría de los egipcios y griegos, separados por antecedentes y circunstancias muy diversos, jamás se mezclaron de verdad. Esto se deduce de las desemejanzas conservadas en sus formas artísticas, creencias religiosas y costumbres fúnebres. Griegos y egipcios mantuvieron sus propias tumbas diferenciadas; la única excepción conocida es la tumba de Petosiris, en la que las escenas e inscripciones de tipo egipcio –que muestran el trabajo del metal, la carpintería, la agricultura y las ofrendas de comida– están dispuestas en registros, como en las tumbas egipcias tradicionales, aunque muchos detalles de las escenas denotan una influencia griega.

Los sarcófagos egipcios de la época se diferencian de los estilos anteriores porque la madera se había vuelto escasa y se reemplazó con *cartonage*, tela rústica endurecida con escayola. La cara y la cabeza, moldeadas en escayola sobre tela, pintadas con colores brillantes y adornadas con ojos de cristal o de piedra, se aplicaban a la verdadera cabeza de la momia mediante vendas. A veces toda la parte superior de la figura se modelaba en escayola y las joyas de las mujeres se imitaban con cristales engarzados y pintura dorada. Tiempo más tarde, durante el período romano, se produjeron los retratos pintados más antiguos que se conocen: hechos sobre un panel de madera (probablemente en vida del difunto), se aplicaban a la cabeza vendada de la momia. Muchos de esos retratos se encontraron en el distrito de El Fayum y algunos son de notable belleza. Los rasgos están dibujados con delicadeza, usando luces y sombras, una práctica que no se encuentra en el arte egipcio tradicional. Tanto las caras retratadas como las técnicas usadas son más griegas que egipcias y aquí tenemos un atisbo del tipo de pintura que más tarde se asoció con Europa. Debajo de los retratos y de las vendas, el difunto estaba momificado exactamente igual que en épocas arcaicas.

En la escultura, aunque hubo algunos intentos de unificar los conceptos griegos y egipcios como en la estatua de Alejandro IV, las dos formas de arte siguen reflejando dos sociedades y tradiciones separadas. Los relieves murales de los templos egipcios muestran figuras de deidades más plenas que las del pasado, con curvas exageradas y hechas con una torpeza desconocida en los relieves faraónicos. Sin embargo, no hay duda de que el objetivo de los relieves y la

postura tradicional de las figuras seguían siendo los mismos. Mientras el griego se empleaba en la escritura oficial, y el demótico –una forma cursiva del jeroglífico– se usaba entre los nativos egipcios para fines comerciales, la escritura jeroglífica egipcia continuaba adornando las paredes de los templos y se aplicaba a fines sacros, aunque es posible que para aquellas épocas pocos fuesen los que entendían su significado.

Un sector de la comunidad egipcia que los Ptolomeos procuraron aplacar fue el sacerdotal, quizá porque ostentaba un poder considerable y, además, la religión antigua, basada en el concepto de que el faraón era el hijo divino dueño de Egipto, era un apoyo esencial de los gobernantes en los aspectos económicos y políticos. Con ese objetivo, los Ptolomeos, ansiosos de mostrarse como soberanos aceptados por los dioses, repararon, restauraron y ampliaron los templos antiguos, como los de Karnak y Luxor, y construyeron otros nuevos en Edfú, Denderah, Esna, Kom Ombo y Filé. Todos ellos se construyeron con la misma planta general que se usó en tiempos antiguos, pero incorporaron algunos elementos nuevos. Sin embargo no había rasgos griegos en el diseño básico ni en la intencionalidad. No se han descubierto ruinas importantes de templos griegos en Egipto, construidos para los griegos, aunque sin duda existieron.

En materia de creencias religiosas, los egipcios y los griegos siguieron separados, aunque hubo algunos intentos de oficializar una «tríada estatal», compuesta por Isis, Serapis y Harpócrates, dioses egipcios bajo forma griega. Se estableció en Alejandría un culto griego oficial dedicado a Alejandro Magno y los Ptolomeos prestaron mucha atención a la idea de la divinidad faraónica; ellos mismos recibieron culto en vida y tras su muerte, y mostraron un gran respeto por las creencias religiosas egipcias. Adoptaron los títulos, ropajes, emblemas y costumbres faraónicos y quizá, hasta un punto mayor que los faraones egipcios, practicaron el matrimonio consanguíneo. Esta costumbre se había vuelto aceptable también entre los plebeyos.

Bajo el mando de los griegos, a diferencia de lo ocurrido en conquistas anteriores, los egipcios perdieron toda libertad: se convirtieron en ciudadanos de segunda clase, no sólo sometidos a un gobierno extranjero sino también a los colonizadores forasteros. Los recursos del país y la mano de obra estaban a disposición de gobernantes inescrupulosos, que se aprovechaban de las creencias religiosas honradas a través del tiempo para lograr sus propios fines. Resulta irónico que la única reina a la que la mayoría asocia con Egipto –Cleopatra– fuera del linaje de los opresores foráneos. Sólo en su arte y en sus creencias religiosas y fúnebres pudieron los egipcios mantenerse tenazmente aferrados a sus antiguos ideales y a sus recuerdos de un gran pasado. Con esa reafirmación última del orgullo nacional, la civilización del Egipto faraónico desapareció para siempre. Pasarían varios cientos de años antes de que viajeros y eruditos redescubriesen el pasado egipcio; entonces el mundo, una vez más, se maravillaría ante las realizaciones de los egipcios de otras épocas.

# La pirámide egipcia

**De la mastaba funeraria a la pirámide escalonada**

El método de enterramiento más antiguo consistía en colocar el cuerpo en posición fetal en un hoyo en la arena; ese hoyo era oval o rectangular *(abajo, izquierda)*. El cuerpo se envolvía en una estera de caña y se colocaban en el foso unos pocos objetos, por ejemplo collares, brazaletes y vasos con comida y bebida. Estas cosas se destinaban a satisfacer las necesidades del difunto en el otro mundo. Fue un tipo de enterramiento usado por las clases pobres durante toda la historia de Egipto.

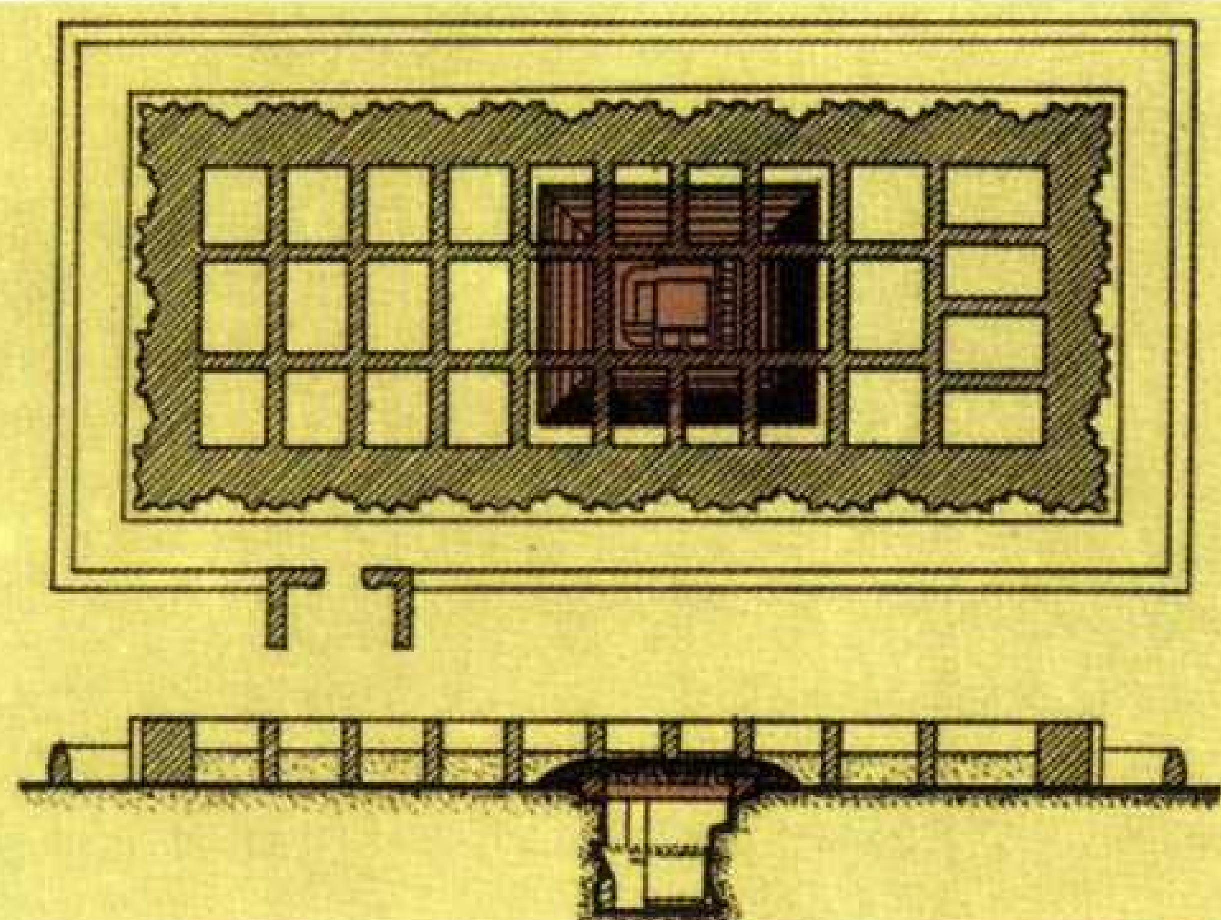
A comienzos del período dinástico (h. 3100 a. C.), para enterrar a reyes, miembros de la familia real y de la nobleza, se adoptó la costumbre de construir, sobre el hoyo cavado en la arena, una superestructura de ladrillos de barro. Esa construcción tenía la forma de un banco y se conoce por el nombre de «mastaba», palabra árabe que significa banco. La construcción impedía que la arena fuera arrastrada por el viento y el cadáver quedase expuesto; de esta forma contribuía a preservar al cuerpo de la destrucción y daba un lugar seguro a las posesiones del difunto, que eran las funciones principales de la tumba.

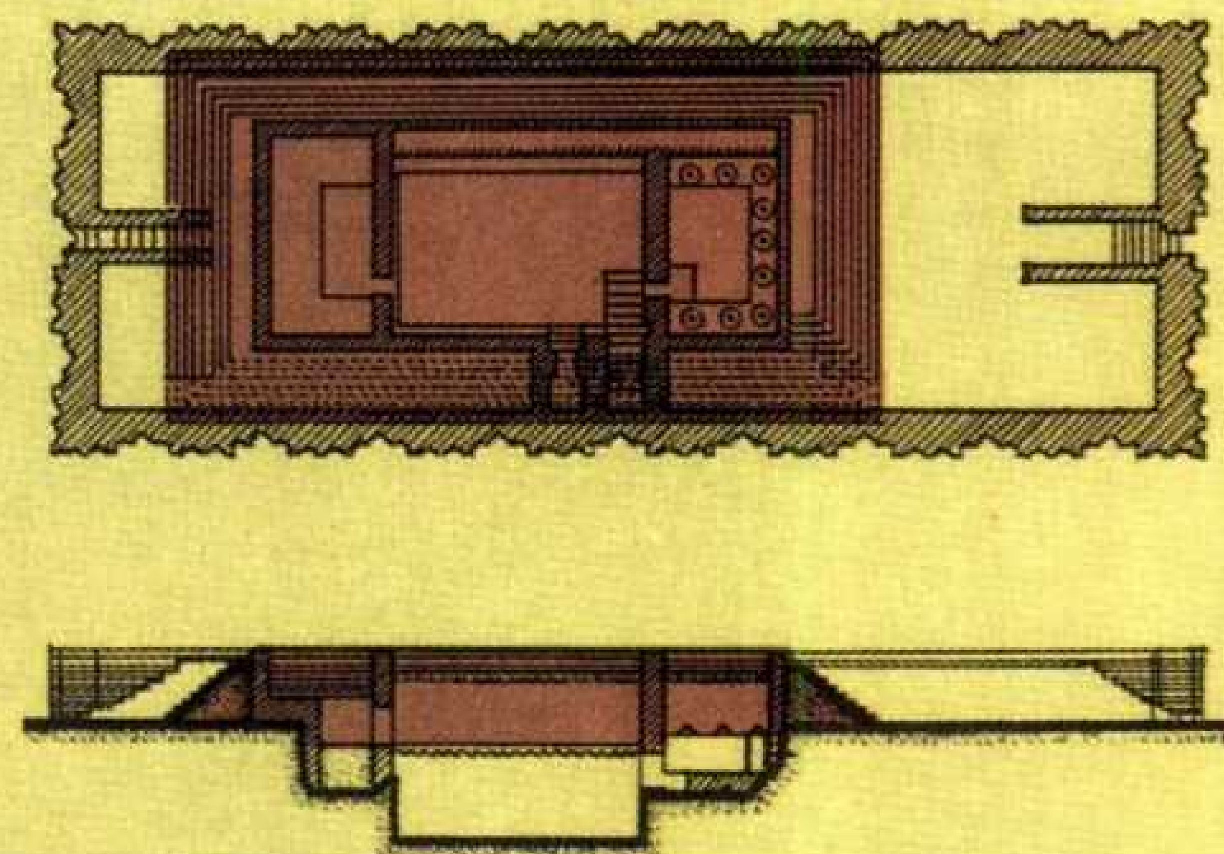
A comienzos de la Dinastía I, la tumba tiene un diseño sencillo y es una versión ampliada de la fosa fúnebre, con el cuerpo puesto, probablemente, en el compartimiento central y los objetos fúnebres en las cámaras circundantes. La superestructura de ladrillo que corona esas cámaras se dividía en compartimientos internos, en los que se guardaban los bienes y utensilios destinados a la vida de ultratumba *(abajo, centro)*.

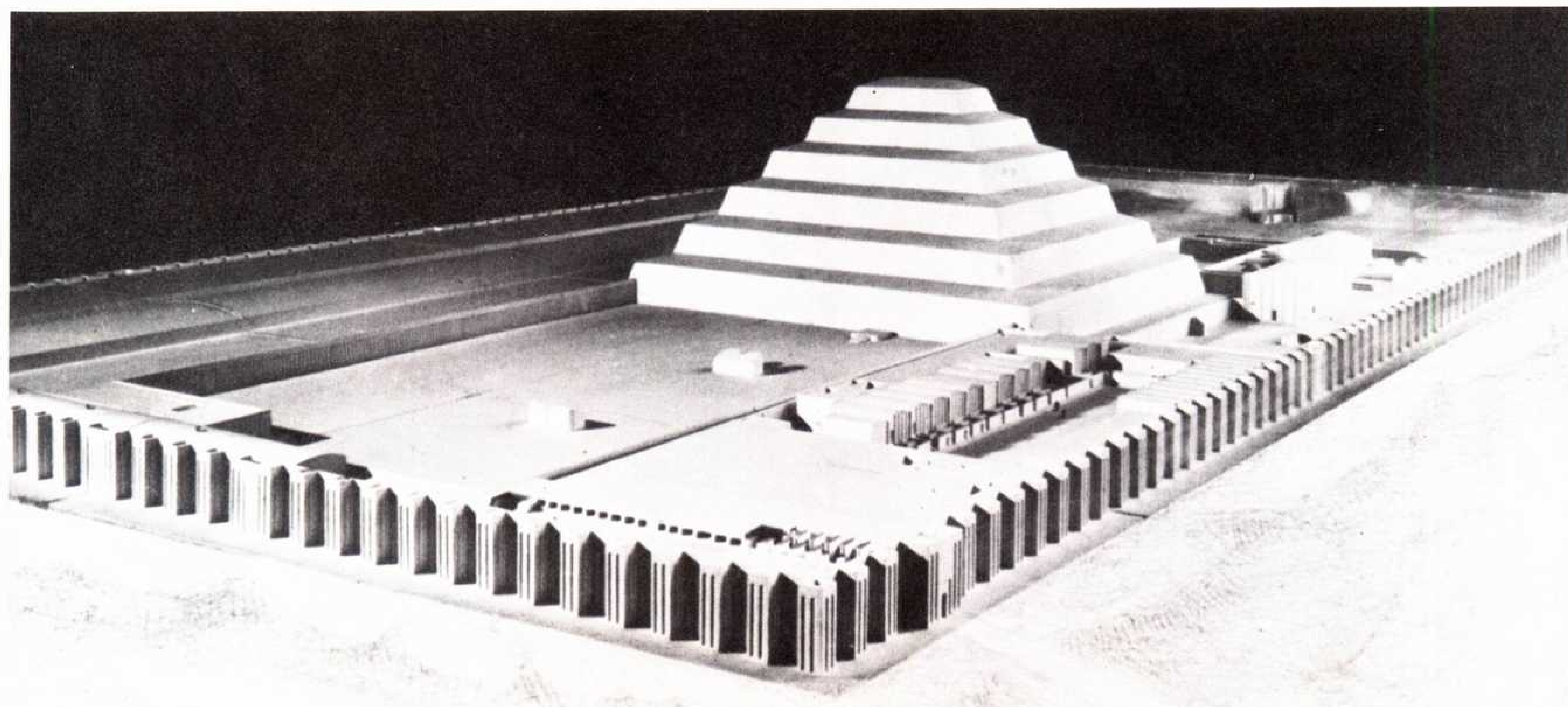
El exterior de la superestructura se decoraba con paneles de ladrillos de barro, pintados con colores brillantes, que imitaban el acabado exterior de las casas. Este tipo de tumba se parecía mucho, quizá, a los palacios y casas de la época, porque se creía que los muertos «habitaban» en sus tumbas por toda la eternidad.

Fuera de la muralla que rodeaba a algunos sepulcros, había hileras de tumbas secundarias para los servidores del difunto, enterrados allí a fin de que cuidaran de su amo en la otra vida.

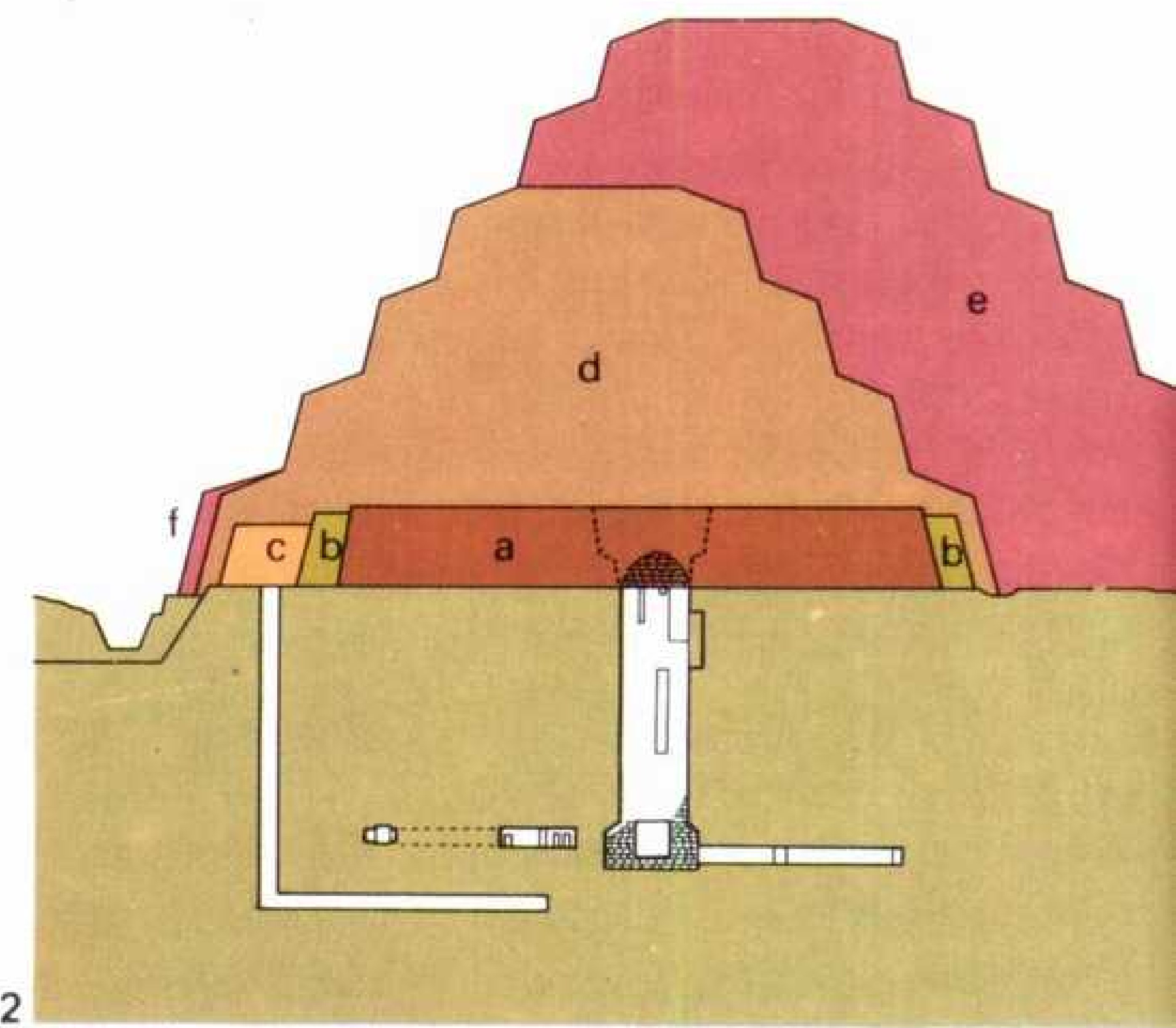






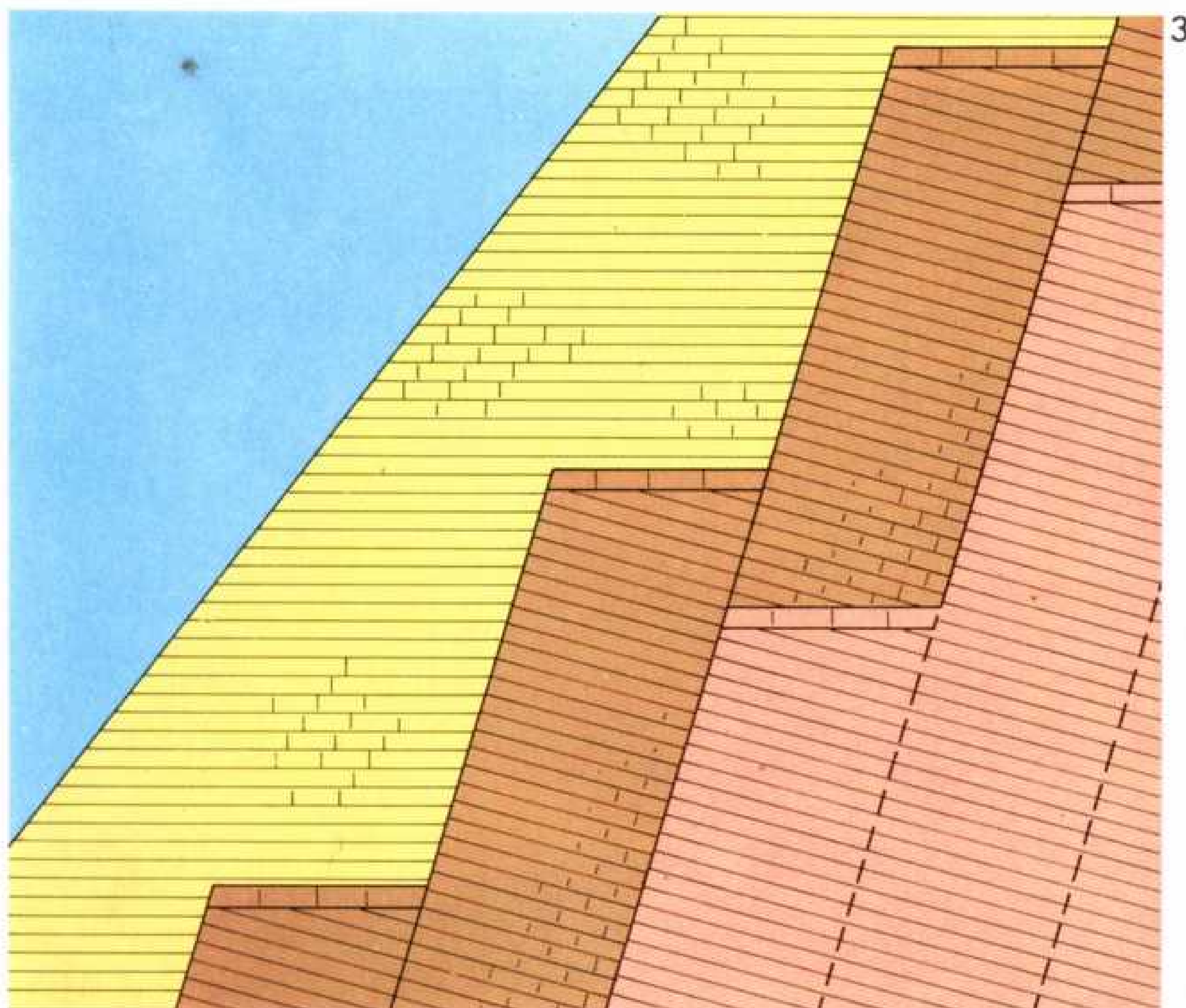


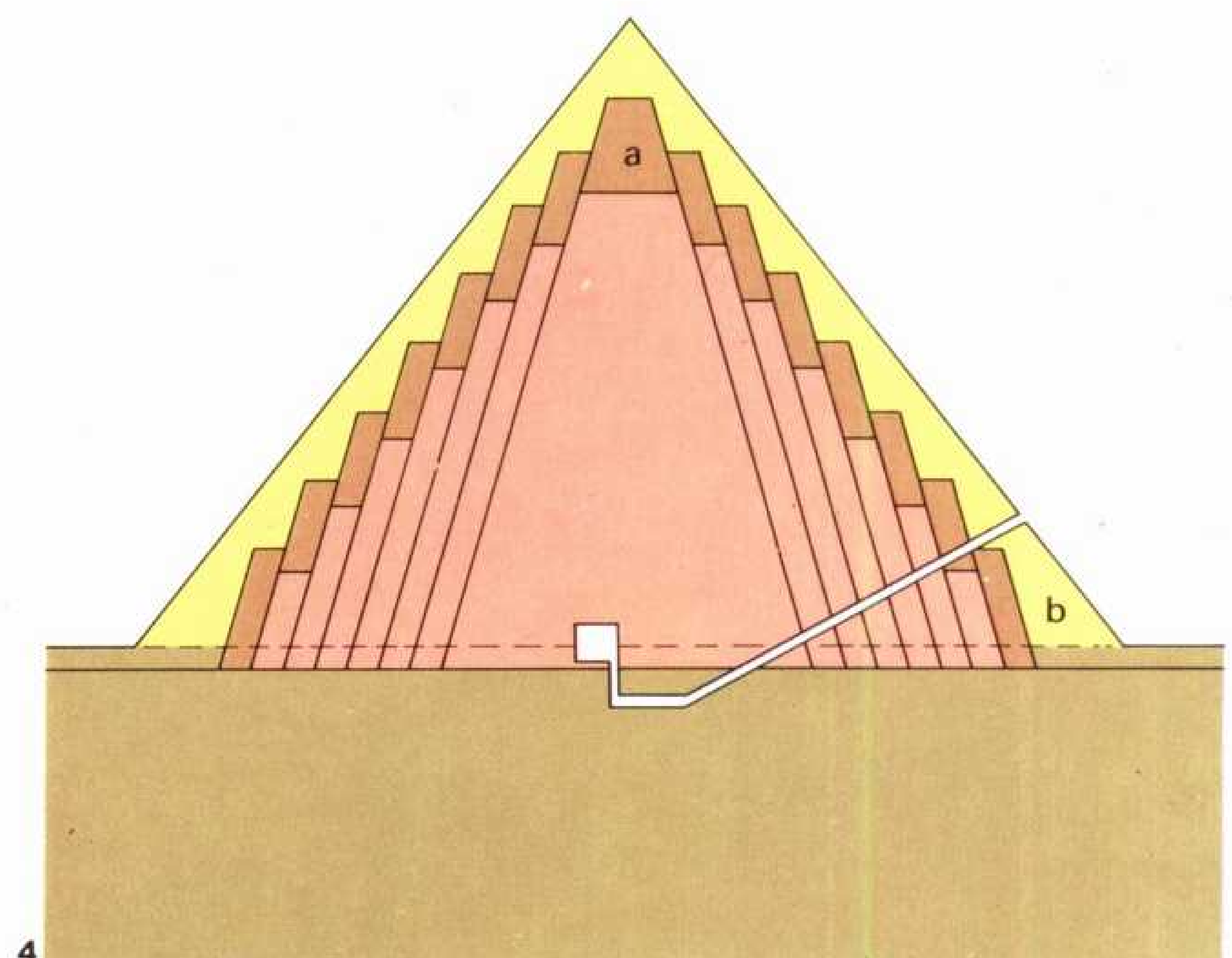





## De la pirámide escalonada a la de perfil continuo

Los reyes y nobles del Antiguo Egipto se enterraban en tumbas modestas de ladrillos secados al sol. A comienzos de la Dinastía III, el primer ministro del rey Djeser, Imhotep, un arquitecto notable, diseñó un nuevo tipo de tumba de piedra para su amo. Fue la primera pirámide escalonada *(figura 1, arriba)* que se elevó en seis niveles desiguales hasta una altura de 61,20 m. El edificio original sólo tenía 7,80 m de altura *(figura 2a)*. Se amplió unos 4,20 m en los cuatro lados y se agregó una segunda fachada de piedra caliza *(b)*. Así se había formado una mastaba escalonada y, en el lado oriental, se hizo una ampliación posterior de unos 8,40 m *(c)*. En este momento se adoptó un nuevo diseño: la mastaba tuvo otra ampliación de 2,85 m por el lado este, lo que constituía en el piso inferior una pirámide de cuatro escalones *(d)*. Por último, la pirámide se amplió hacia el norte y el oeste *(e)*, con lo que el diseño cambió del de cuatro escalones a uno de seis, se hicieron pequeños añadidos a cada lado, se completaron los escalones y el conjunto quedó revestido con piedra caliza de Tura tallada *(f)*. Otras pirámides nos dan la posibilidad de definir la transición gradual de la pirámide escalonada a la de perfil continuo. Por ejemplo, la pirámide de Meydum, que data de la Dinastía IV *(figura 4, abajo)*, posiblemente se inició como una mastaba o una pirámide escalonada pequeña y nos muestra una etapa en esa transición. La forma original de edificación no se puede definir en la actualidad. Sin embargo, la altura de la tumba se aumentó para transformarla en una pirámide de siete escalones, a los que se agregó aún otro más *(a)*. Por último los escalones fueron igualados con piedra del lugar y revestidos con caliza de Tura *(b)*, para obtener una superficie pulida. Sobre la fachada norte se hizo la entrada. Otro rasgo de transición se ilustra en la pirámide de piedra de la zona septentrional de Dashur *(figura 3, abajo)*. Anteriormente las piedras se colocaban en hiladas oblicuas, según la inclinación de las paredes, como en los marcos internos, usados como refuerzo en la pirámide de Dashur. No obstante, hay que notar que las hiladas de piedra que van por detrás de la parte exterior se colocaban planas, lo que demuestra que ese revestimiento se agregó más tarde.

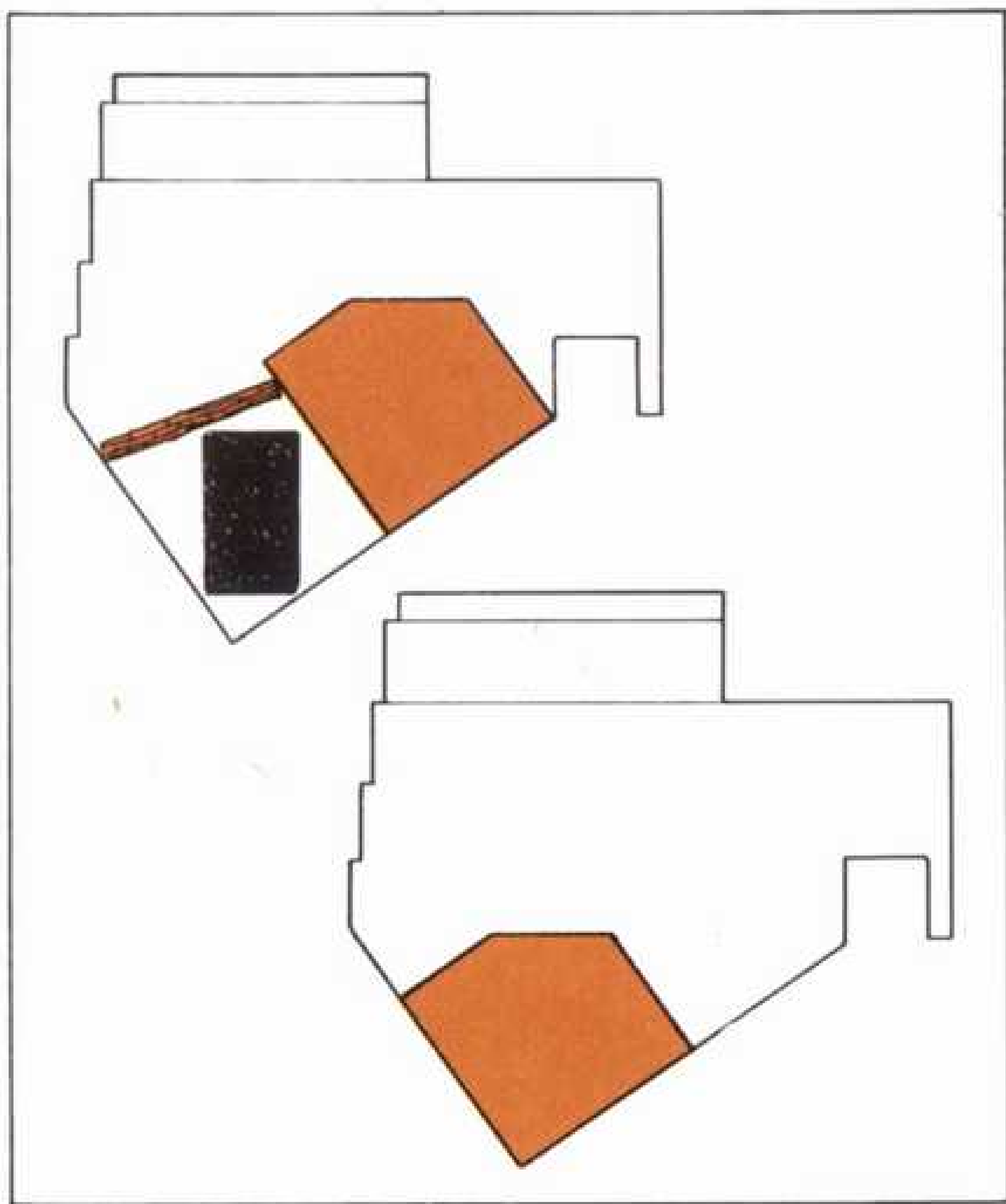




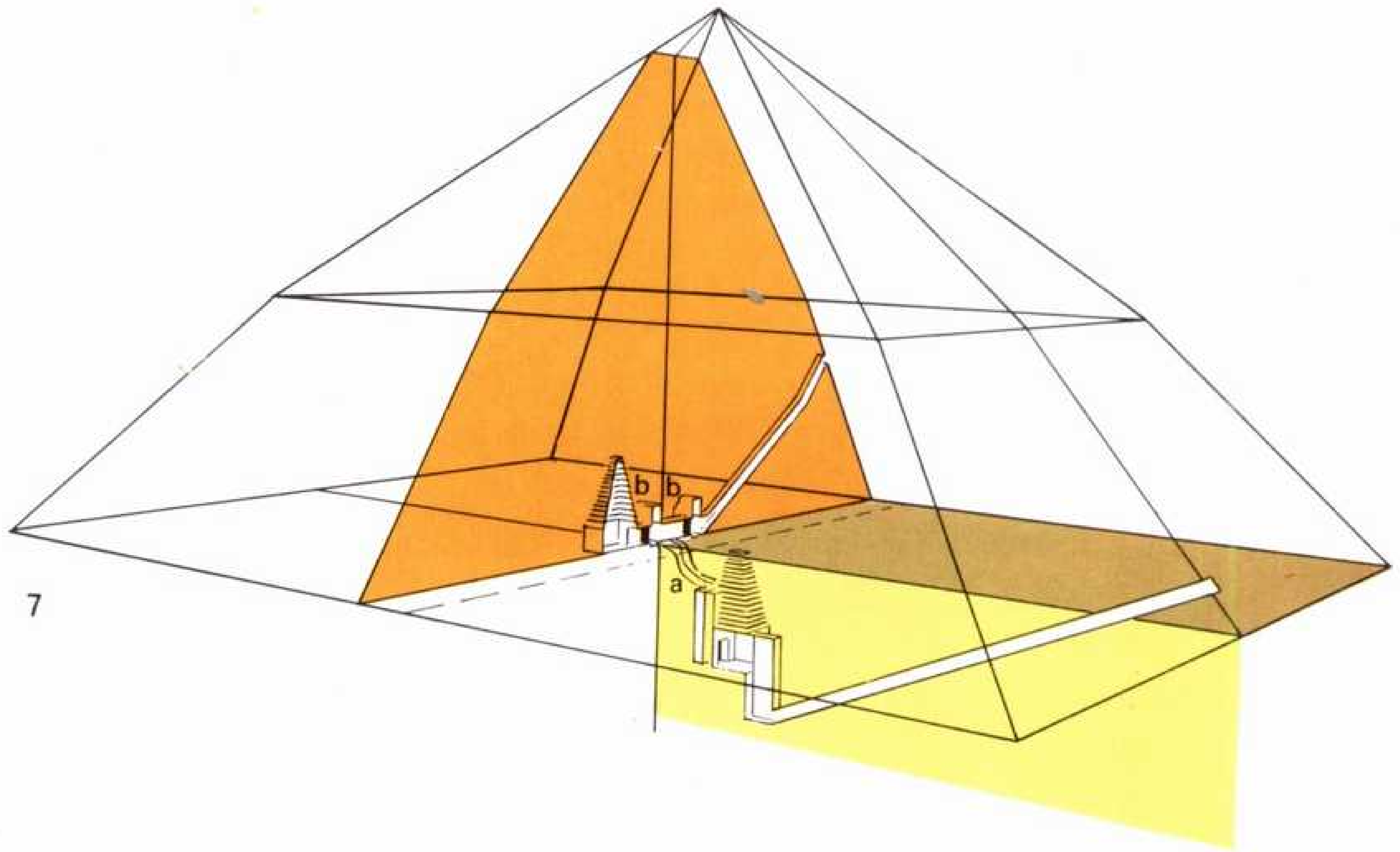
El faraón Snefru, de la Dinastía IV, hizo construir la famosa pirámide con cambio de ángulo de Dashur *(figuras 5 y 7)*. Su perfil es peculiar, ya que la parte inferior tiene una inclinación menos pronunciada que la superior, lo que le da su aspecto típico. Esta pirámide era la única que tenía un corredor abierto desde el norte. La entrada al corredor estaba a un lado de la cara oeste y llevaba a la cámara superior. Desde ésta, un pasaje sin acabado se extendía hasta el techo de la cámara inferior, la que también tenía acceso al pasaje habitual, hecho desde el norte *(figura 7a)*. La entrada del pasaje estaba bloqueada a cada lado por un rastrillo poco común *(b)*, que se desliza de lado en lugar de caer perpendicularmente en el pasaje *(figura 6)*.



5



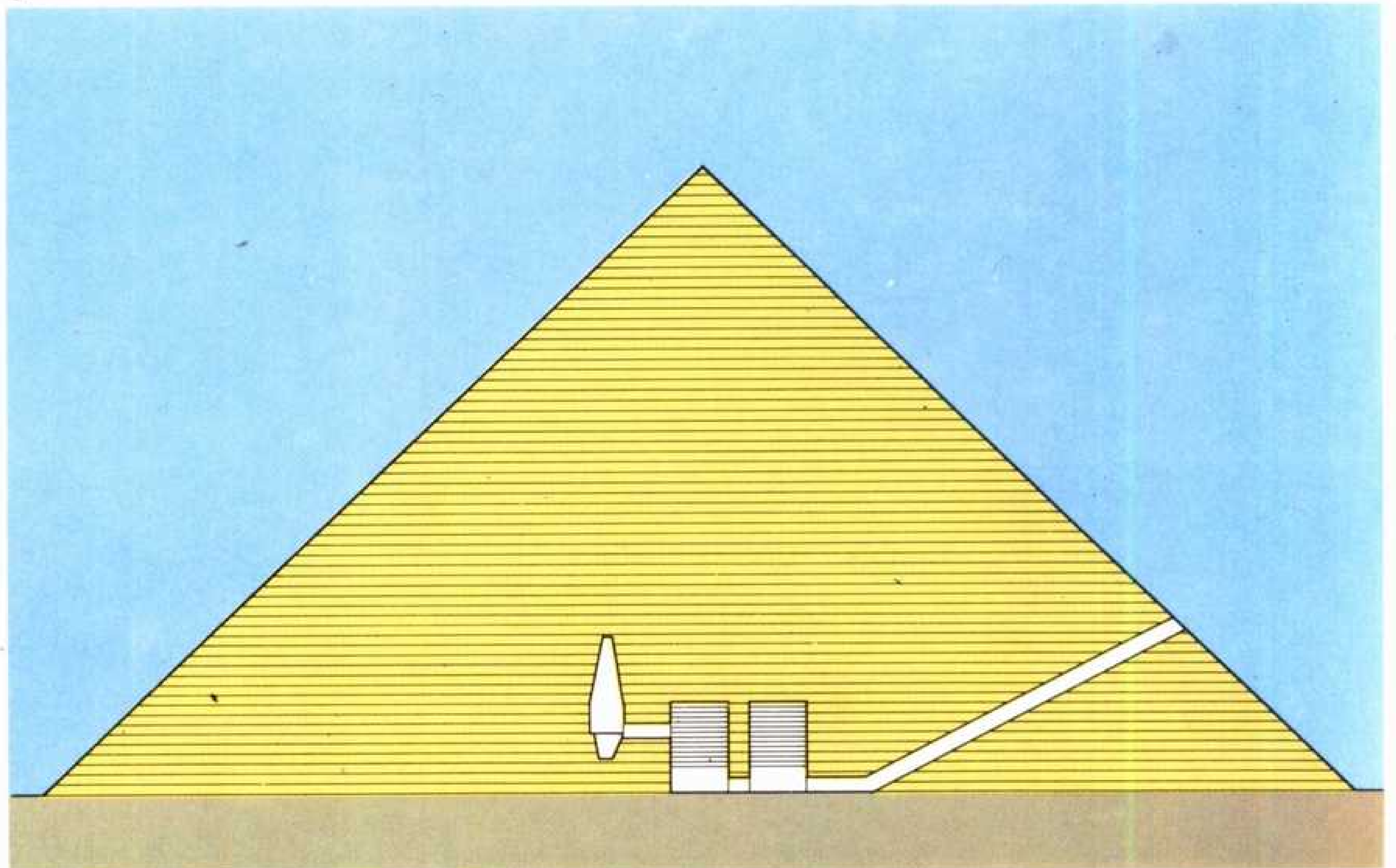
6



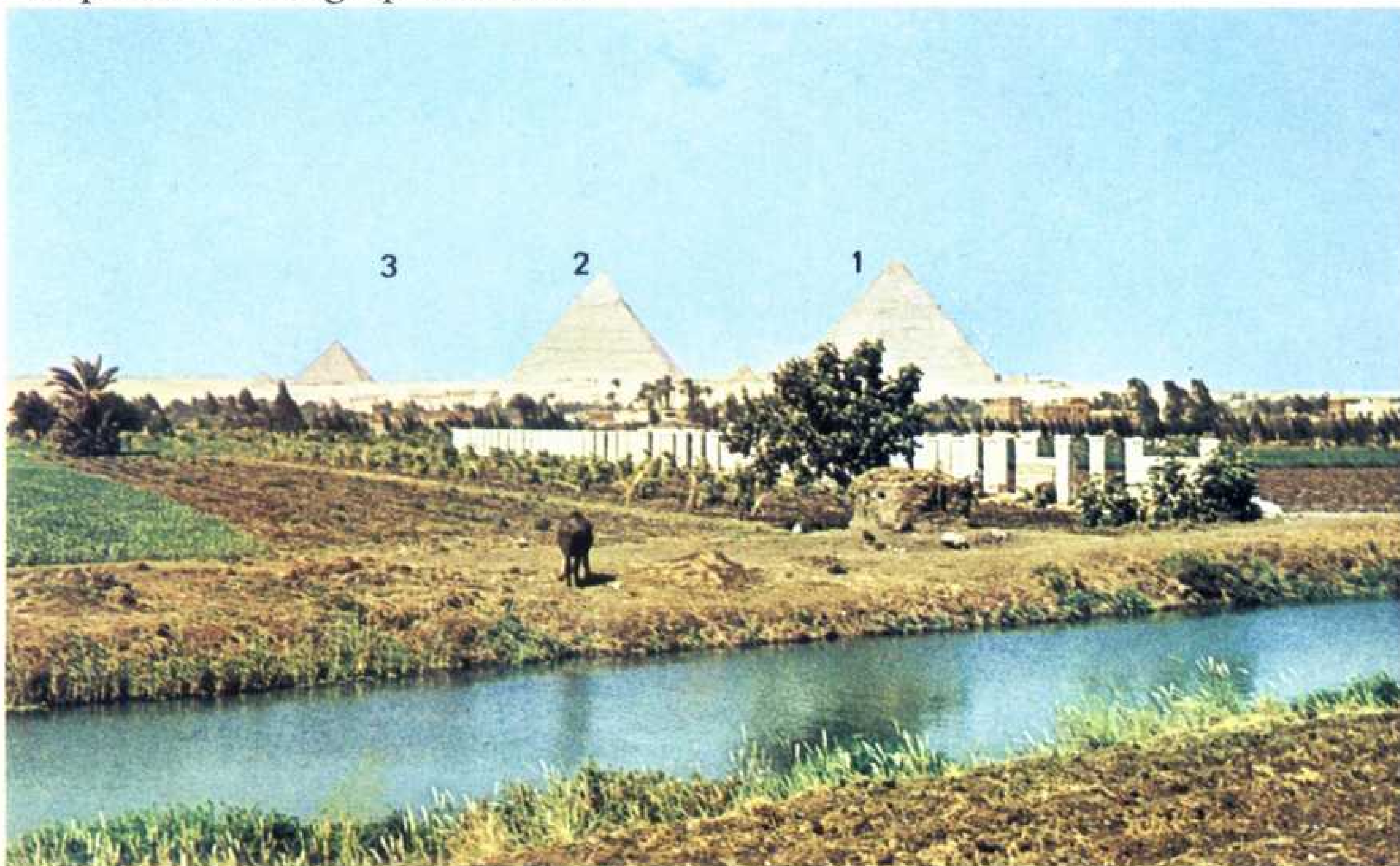

7

La pirámide de piedra septentrional de Dashur *(figura 8)*, de la que se cree que también fue construida por Snefru, es la tumba más antigua que se conoce diseñada como pirámide de perfil continuo. Sin embargo, sus caras tienen una inclinación de 43°36' en lugar de 52°, que era la habitual en las otras pirámides de perfil continuo, como las de Gizeh.
Además, por primera vez en la historia de las pirámides, las piedras que están debajo del revestimiento exterior, como hemos visto, están dispuestas en hiladas horizontales. Con esta construcción, estamos cerca del punto culminante de la era de construcción de pirámides, representado por los grandes monumentos de Gizeh. En su conjunto, las pirámides de Egipto se construyeron desde las dinastías arcaicas del Reino Antiguo hasta la época del Reino Medio, pero la época más importante de construcción de las pirámides abarcó sólo los 400 años que van desde la Dinastía III a la VI, tiempo en que estas edificaciones fueron el tipo de tumba aceptado por la realeza.

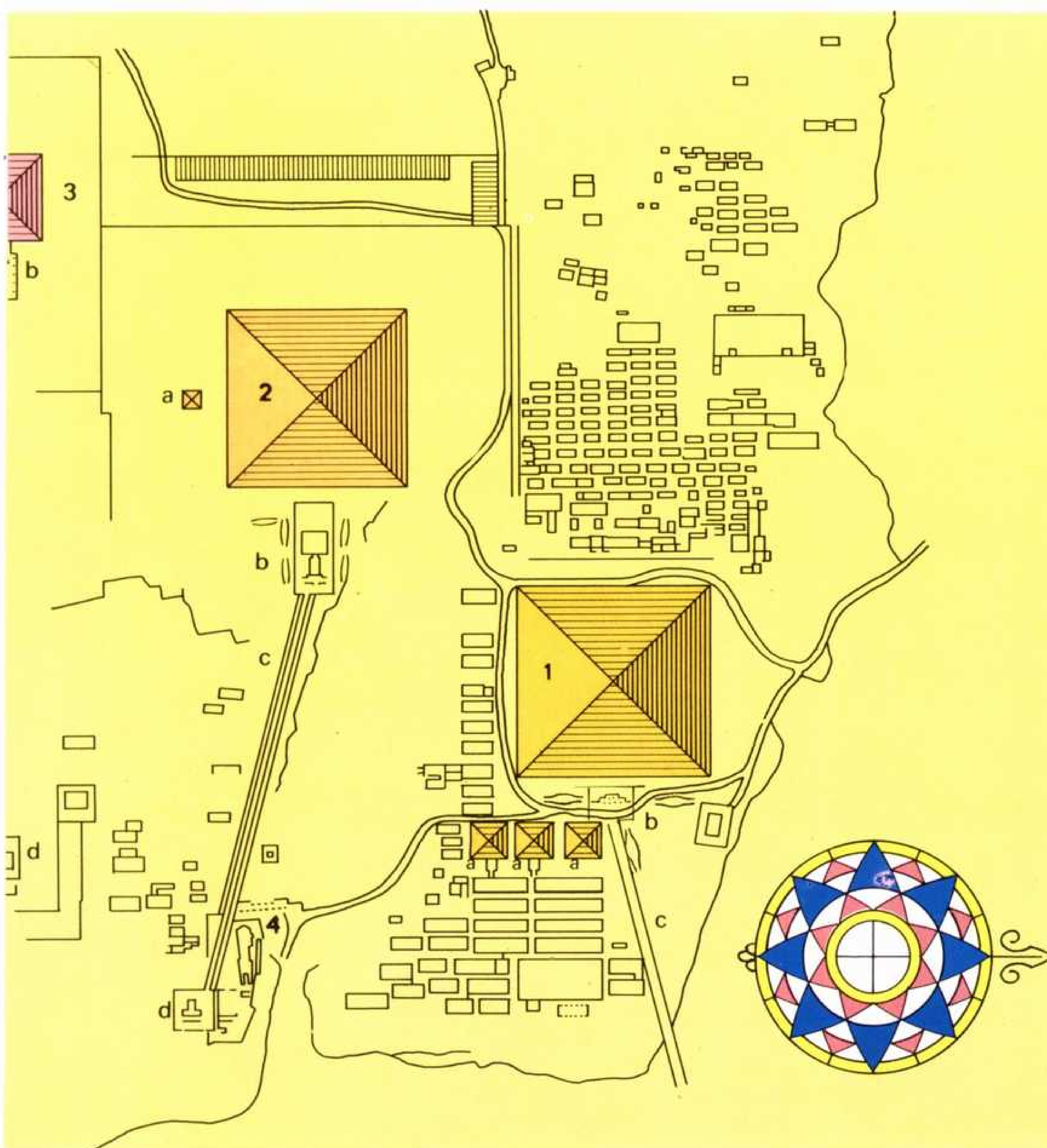
8

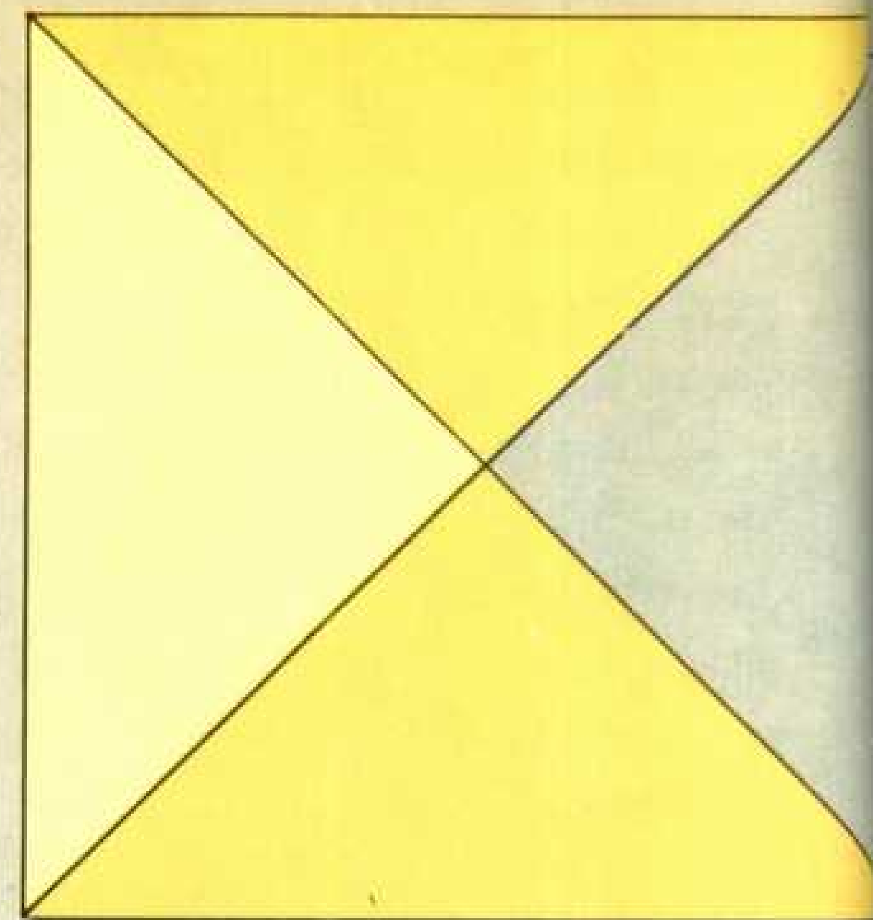


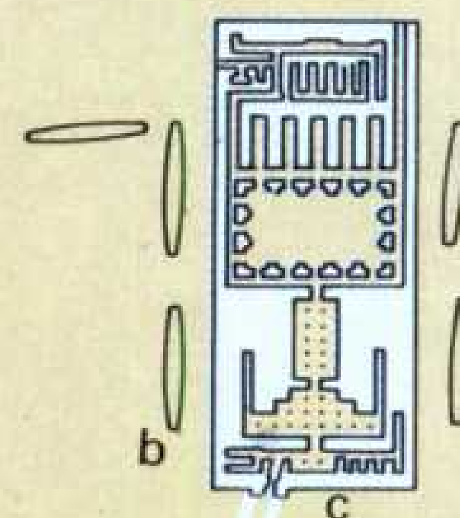
Las pirámides del grupo de Gizeh



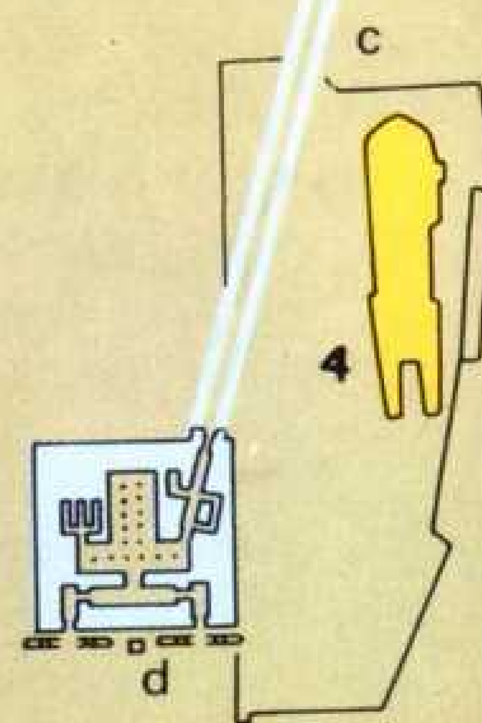

Las tres famosas pirámides de Gizeh, situadas cerca de la moderna ciudad de El Cairo, dominan el amplio panorama del valle del Nilo en muchos kilómetros a la redonda. Los monumentos se alzan hacia el cielo como montañas aisladas. Construidas sobre una amplia meseta, cada una está rodeada por un complejo arquitectónico propio.



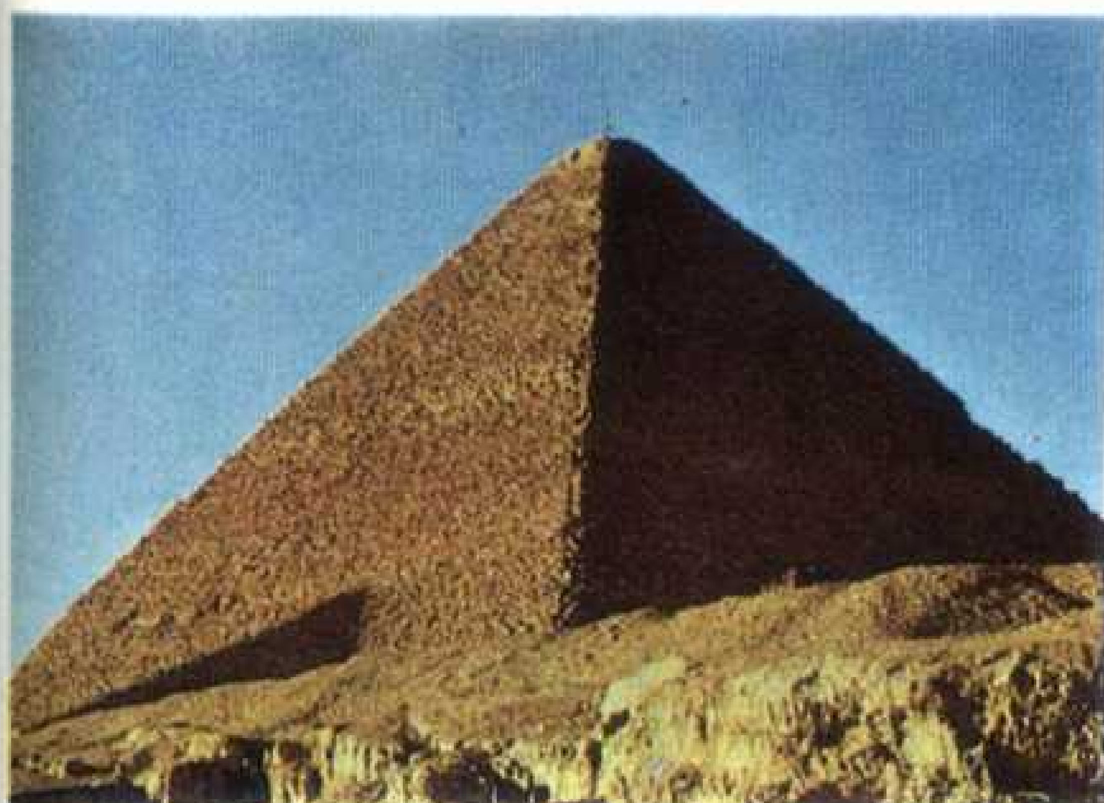





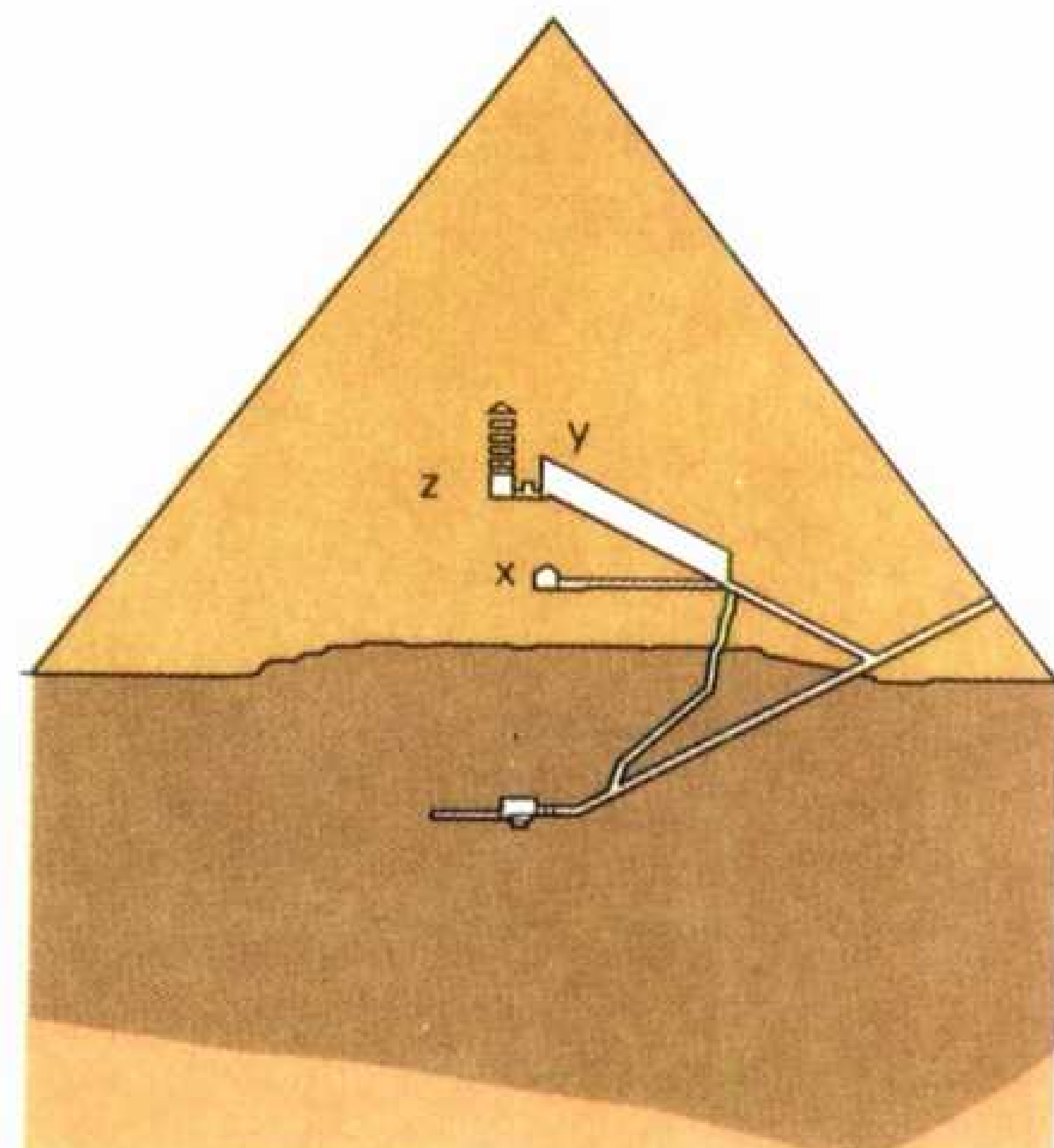

La pirámide del faraón Kefrén parece s mucho más alta que la gran pirámide d Queops, porque se construyó en un terren más elevado. Sin embargo, cuando amb estaban enteras, tenía unos 3 m menos d altura. Su revestimiento, hecho de caliza d Tura extraída en las canteras de las monta ñas que estaban frente a Gizeh, al otro lad del río y llevada por barco, está intacto en l cima. Los elementos componentes de u complejo arquitectónico de pirámides s muestran por primera vez en su forma com pleta en el de Kefrén: un templo sepulcra una carretera, un edificio situado en el vall donde se celebraban parte de los ritos fúne bres y cinco fosas de naves. No se sabe par qué servían estas últimas. La Gran Esfing (4), tallada en un peñón emergente, tiene e cuerpo de un león y la cara de Kefrén.

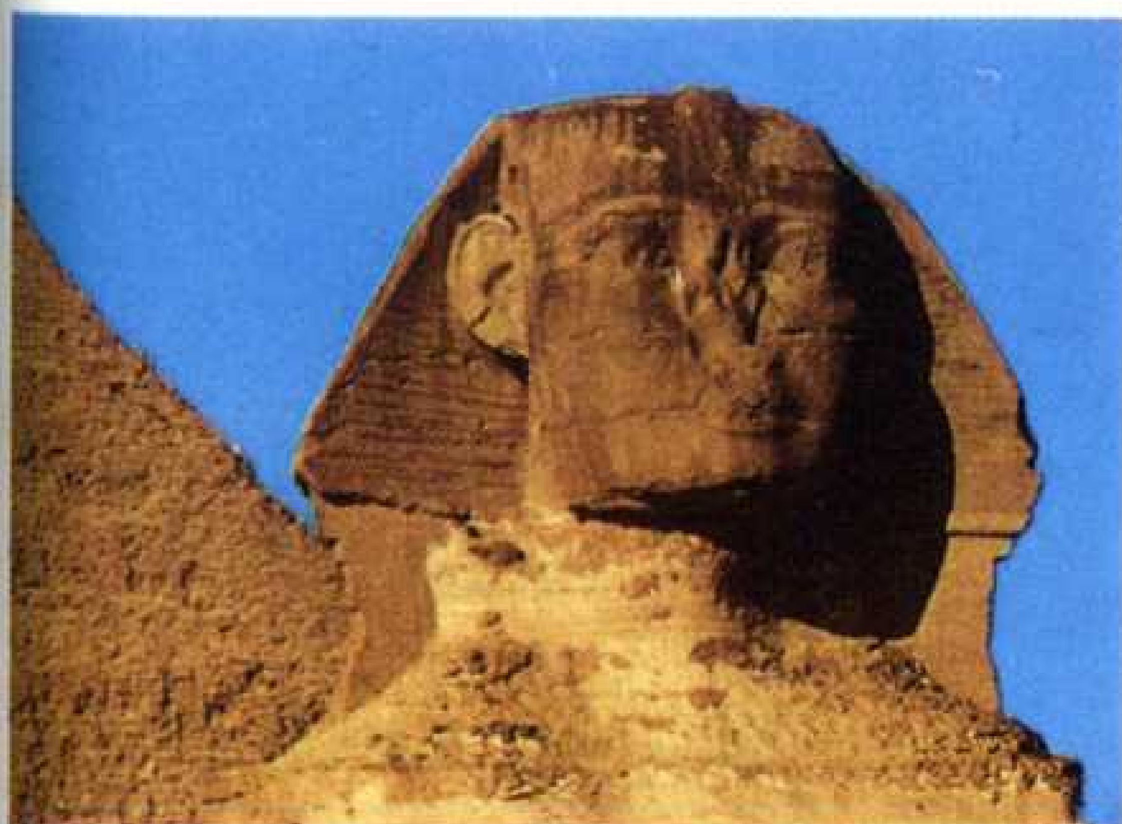



Plano *(izquierda)* de las tres pirámides de Gizeh: nos muestra en qué posición está cada una dentro del complejo de edificios asociados. Las partes del plano son: 1. Pirámide de Khufu (Queops); 2. Pirámide de Kefrén; 3. Pirámide de Micerino; *a.* Pirámides secundarias; *b.* Templo sepulcral; *c.* Carretera; *d.* Edificio del valle; 4. Esfinge.

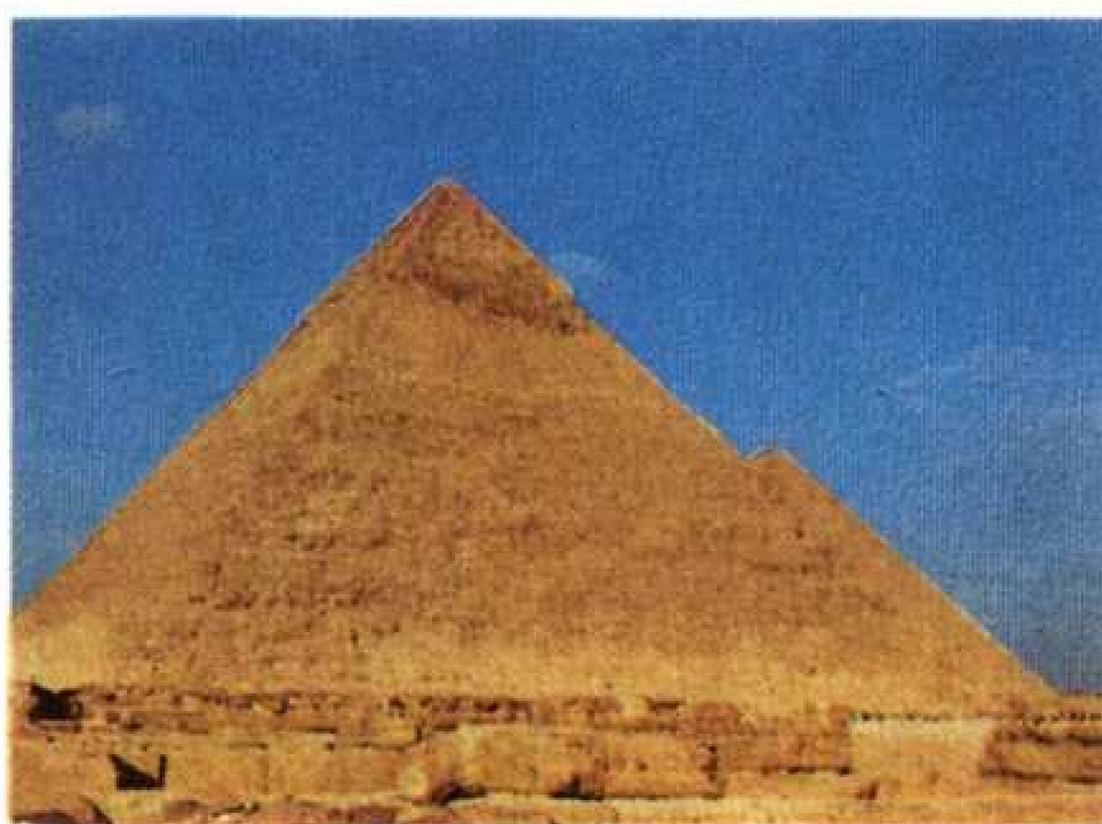


El faraón Queops construyó esta gran pirámide, la mayor de las tres, en el extremo noroeste de una meseta que se extiende a unos 8 km al oeste de Gizeh. La entrada está en la fachada norte, por encima del nivel del terreno. La denominada «Cámara de la reina» *(x)*, una denominación árabe mal aplicada, tal vez se pensó en un principio como espacio sepulcral, pero pronto fue abandonada. La gran galería *(y)* se continuó entonces hacia arriba del pasaje original ascendente, para permitir el acceso a la cámara del faraón *(z)*. Todavía queda en ésta un sarcófago de granito, sin tapa y vacío; la cámara tiene un cielo raso plano compuesto de nueve bloques de piedra que pesan unas 400 toneladas.

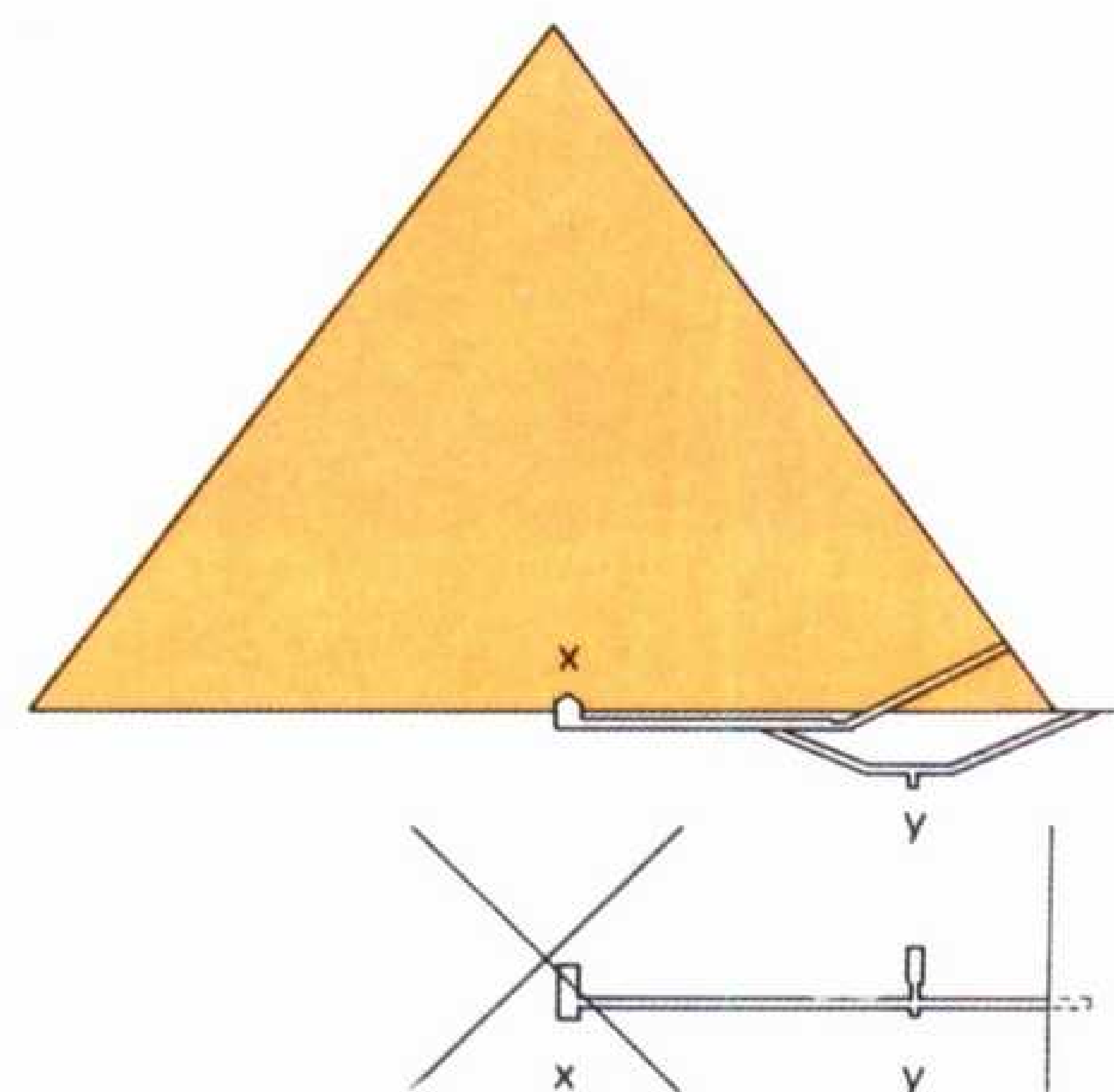


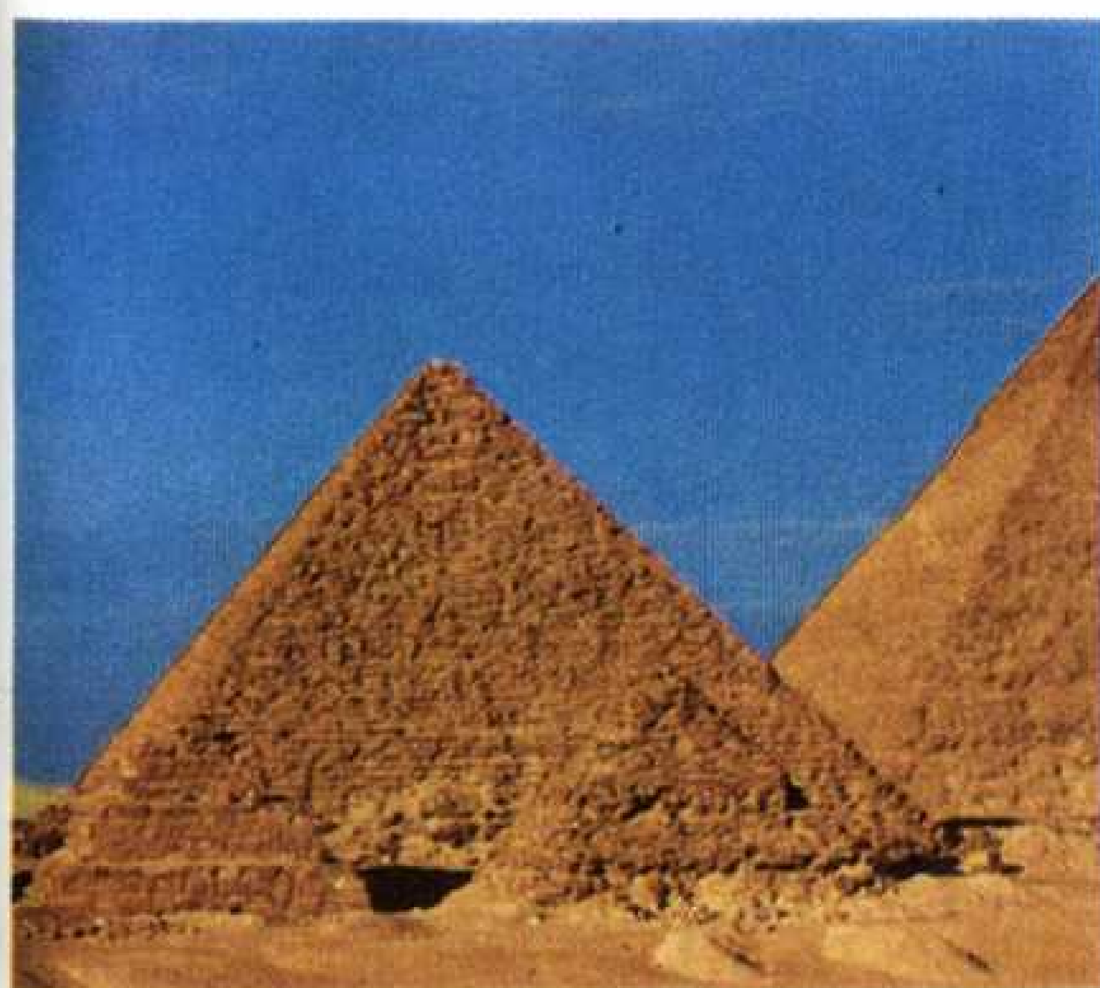



El cuerpo de león de la Gran Esfinge mide 72 m de longitud y su cara, de la que se piensa que es la del faraón Kefrén tiene unos 4 m de ancho. Pocos monumentos despertaron, a través de todos los tiempos, tanto asombro y suscitaron tantas hipótesis como esta esfinge.

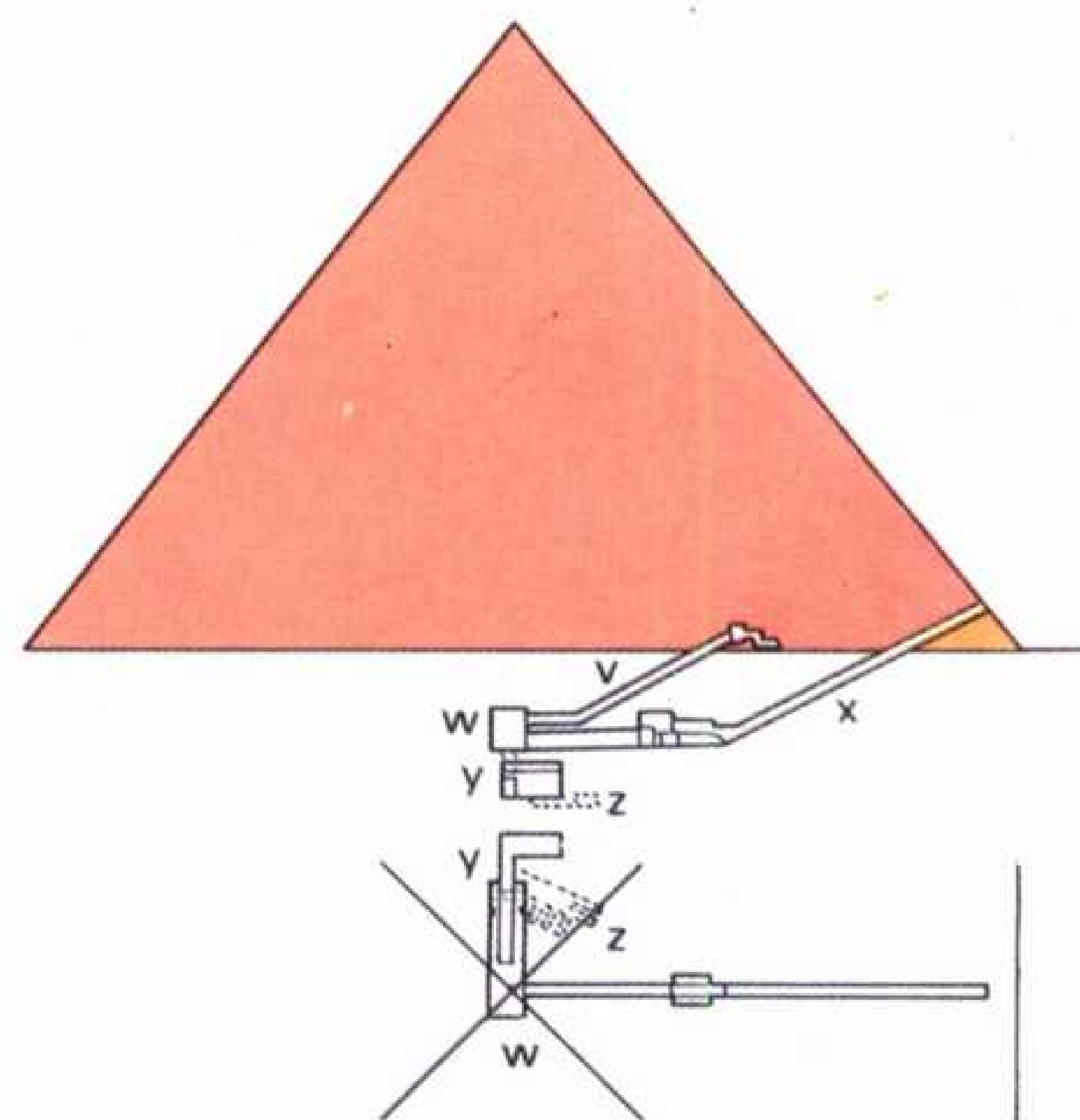


La pirámide de Kefrén tenía dos entradas. Originalmente se pensó en otra cámara *(y)* para el enterramiento real, pero fue abandonada. En la verdadera cámara fúnebre *(x)* se encontró un sarcófago de granito.

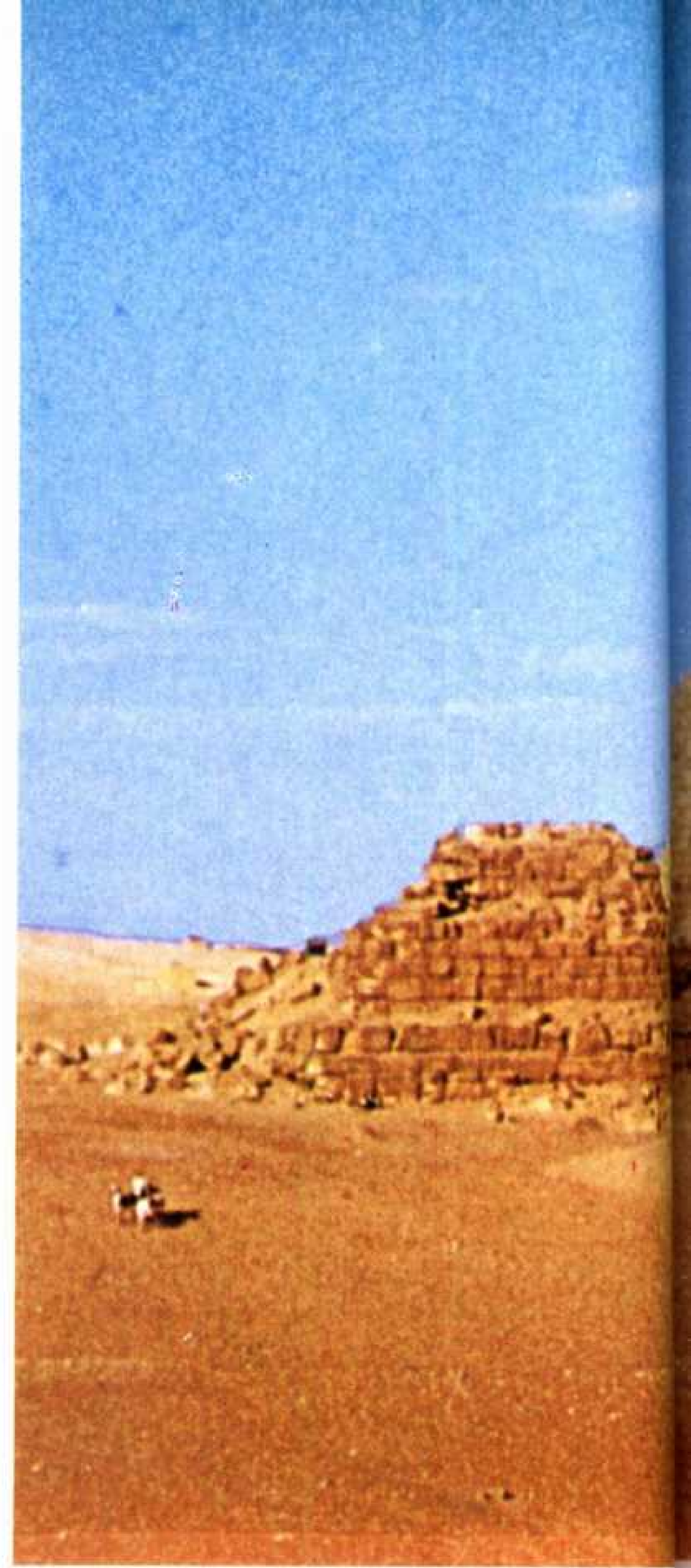


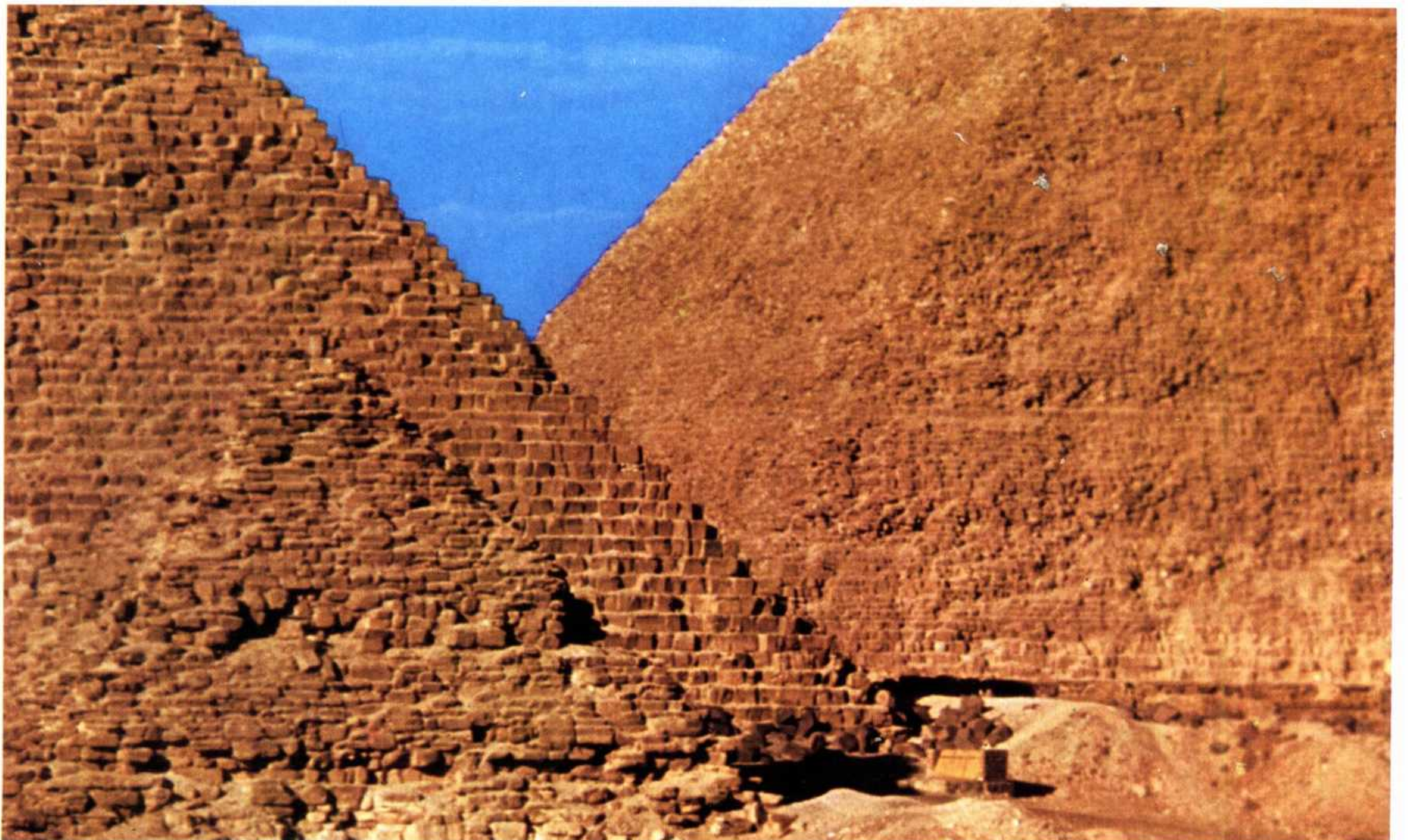



Los planos de la pirámide de Micerino en Gizeh, al parecer, jamás se realizaron por completo, quizá a causa de la muerte inesperada del faraón. Se cree que, en determinado momento, se tomó la decisión de ampliar la superestructura, lo que exigía abandonar el corredor oblicuo *(v)*, bajar el suelo de la cámara fúnebre *(w)* y abrir un nuevo corredor oblicuo *(x)* por debajo del primero. Se agregaron también otras dos cámaras *(y, z)*. En la segunda cámara *(y)*, se encontró un sarcófago de basalto, que se perdería en el mar, cerca de España, mientras era transportado hacia Inglaterra. Tres pirámides más pequeñas con sus templos sepulcrales rodean a la pirámide principal.







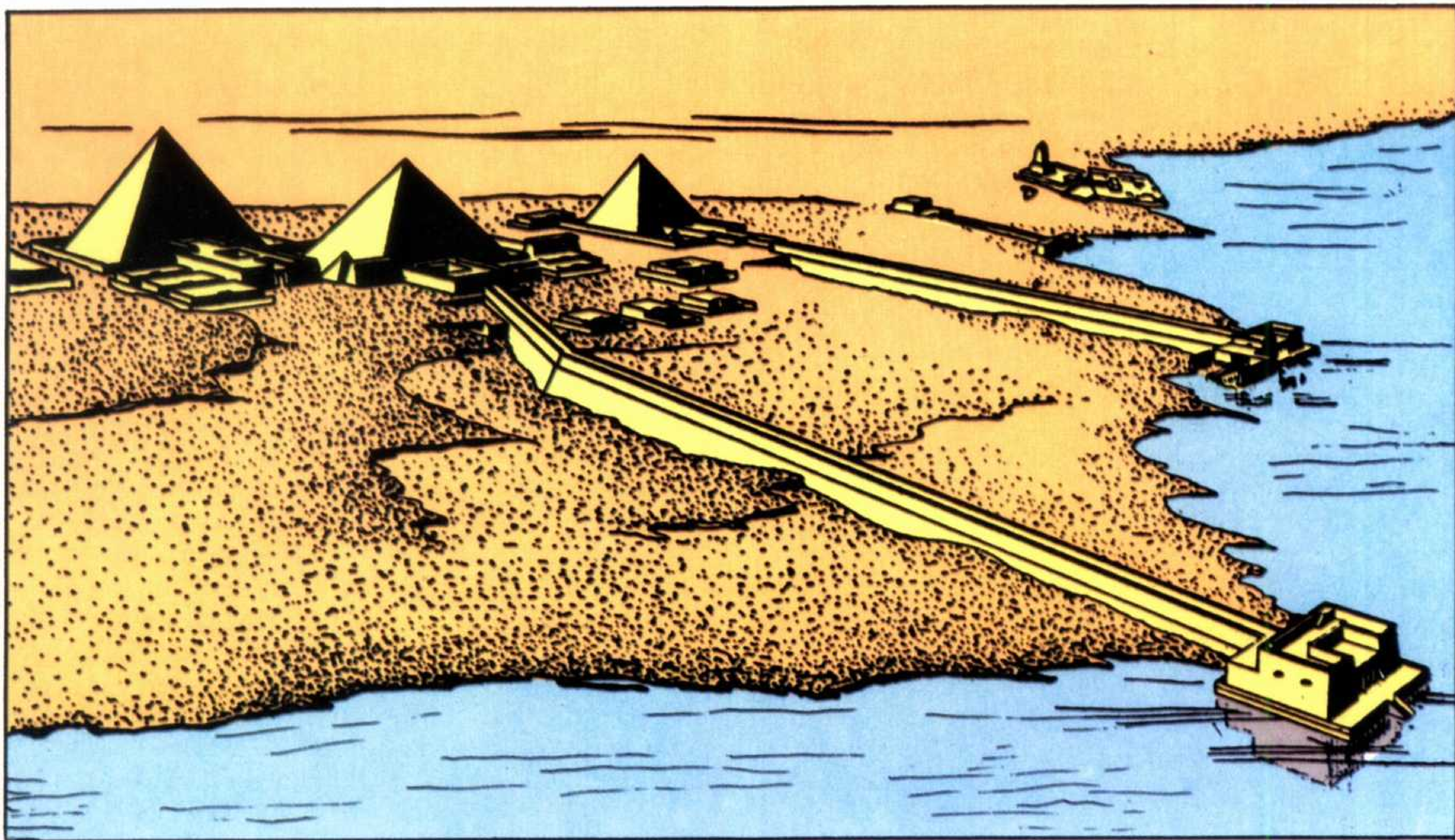




Las grandes pirámides de Gizeh se construyeron hace más de 4.500 años, como tumbas de los faraones del Reino Antiguo. Agrupadas en el borde del desierto cerca de El Cairo *(izquierda)*, fueron construidas por tres faraones de la Dinastía IV: Queops, Kefrén y Micerino. La mayor es la Gran Pirámide de Queops *(al fondo, arriba)*. La de Micerino *(primer plano)* tiene menos de la mitad del tamaño de las otras dos. La Gran Pirámide, que abarca una superficie de unas 5 Ha., medía originalmente unos 144 m de altura y contiene más de 2 millones de piedras, con un peso medio de 2,5 toneladas cada una.

En su origen las pirámides estaban revestidas de caliza pulida, casi totalmente erosionada en la actualidad (ver *abajo*, y pirámide de Kefrén, *arriba*).

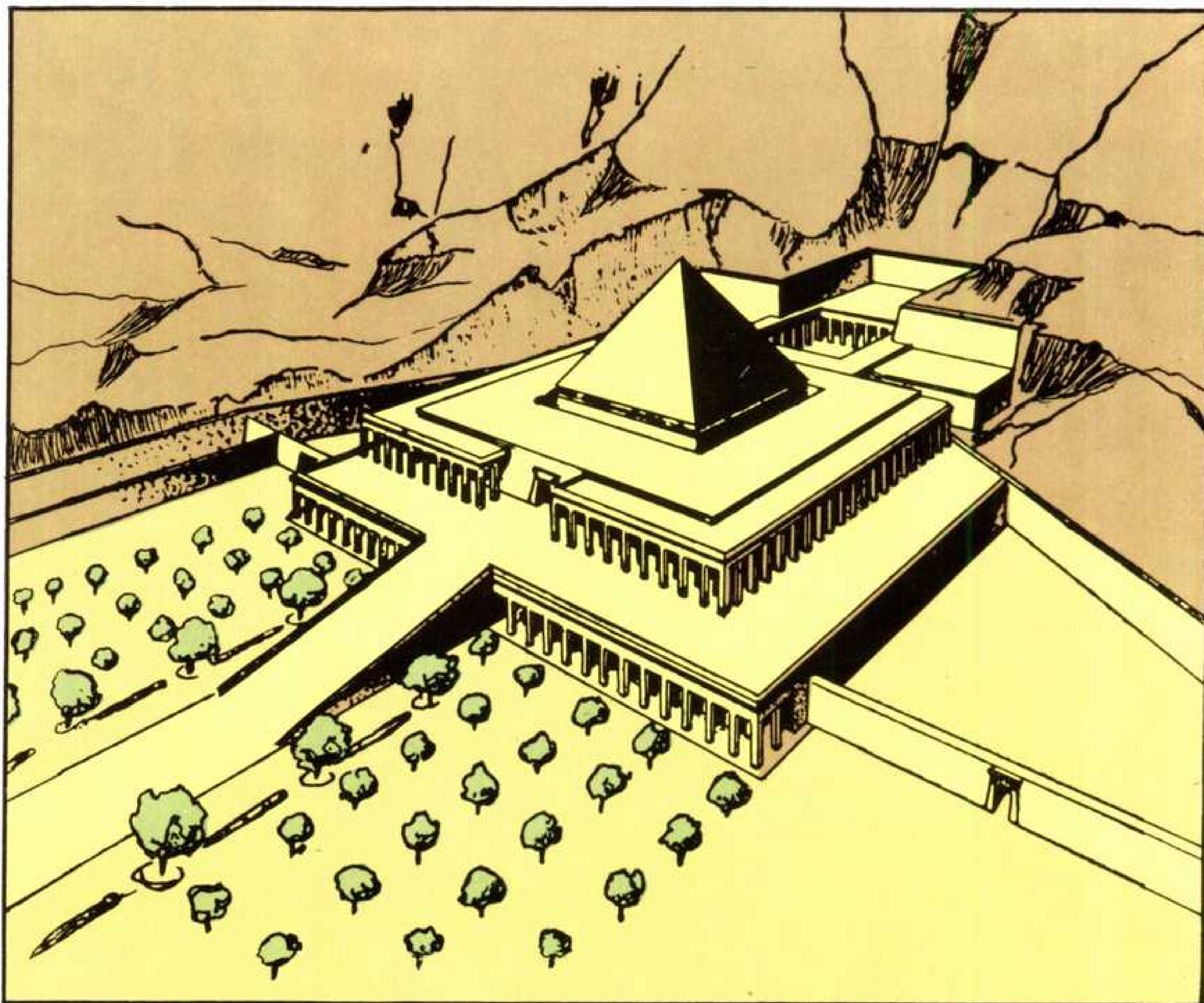




Aunque el punto culminante de la construcción de pirámides estuvo en la Dinastía IV y jamás se superó, este método de enterramiento continuó usándose intermitentemente a lo largo de la historia egipcia. Citamos algunos ejemplos.

Las pirámides del sol de Abusir (Dinastía V). Véase *arriba* la reconstrucción. Los reyes de la Dinastía V se entregaron, sobre todo, a la adoración del dios sol y restauraron la práctica de la construcción de pirámides. Aquí se muestran las pirámides de los reyes Sahure *(derecha)*, Neferikare *(izquierda)* y Niuserre *(centro)*, hoy reducidas a un montón de escombros. Las pirámides de esta dinastía eran de calidad inferior a las de la anterior y no están bien conservadas, aunque en su origen deben haber sido monumentos espléndidos. Se construyeron con piedras pequeñas y un revestimiento de caliza de Tura, en lugar de seguir la práctica antigua de construirlas completamente con bloques de piedra sólida.

La pirámide de Nebhepet Re Mentuhotep (Dinastía XI) de Tebas (véase la reconstrucción, *abajo*). Este complejo arquitectónico es único y contiene muchas innovaciones, incluida la construcción de un cenotafio y la tumba del faraón dentro del edificio del templo.



# Capítulo segundo: Exploradores y viajeros

Antes de 1822, fecha en que Champollion descifró la escritura jeroglífica, el mundo moderno sabía muy poco sobre el Antiguo Egipto y eran escasas las fuentes a las que podía recurrir el estudioso de la civilización de ese país. Entre ellas estaban los textos bíblicos, los autores clásicos y algunas narraciones posteriores, escritas por los primeros exploradores y viajeros que visitaron Egipto. Algunos de estos relatos tenían, en parte, buena información pero esos datos antiguos, en general, no eran exactos, aunque sí fascinantes.

Los primeros exploradores de Egipto fueron los griegos. La civilización del Antiguo Egipto, con sus creencias religiosas exóticas, sus edificios magníficos y su caudal de sabiduría y erudición, ya ejercía un atractivo poderoso sobre los forasteros. Durante la ocupación grecorromana, los visitantes griegos eran bien recibidos en Egipto, si querían ver el país y perfeccionar sus estudios: así es como los primeros relatos sobre las costumbres y la geografía de Egipto se deben a la mano de un puñado de viajeros muy observadores. Herodoto fue uno de ellos; dueño de una mente aguda e inquisitiva, este griego locuaz se apresuró a reunir fragmentos de información sobre muy diversos temas. Es probable que los intérpretes y trujamanes se sintieran encantados de transmitir a aquel caballero bastante crédulo informaciones, anécdotas y, en caso necesario, de adornarlas para él... previo pago. Al parecer, Herodoto encontró muy estimulantes sus viajes por Egipto; incluso logró llegar hasta la Primera Catarata, poco después del 450 a. C. En todos los sitios en que estuvo, tomó notas detalladas de lo que veía y de lo que le contaban.

Por fin, Herodoto emprendió la elaboración de su amplia historia de Egipto. Mientras lo hacía, no supo que su obra sobreviviría durante muchos cientos de años, ni que los eruditos del siglo XX la considerarían el estudio existente más antiguo y amplio sobre Egipto. El historiador griego describió con deleite la geografía y el paisaje egipcios; pero el pueblo y sus costumbres le intrigaron más que los monumentos. Con su magnífica capacidad narrativa, refirió las amenas anécdotas que, a su vez, le habían referido los guías nativos. Abarcó una amplia variedad de temas: jeroglíficos, momias y el particular amor de los egipcios hacia los animales. En especial, habla de la excepcional reverencia hacia los gatos:

«Cuando hay un incendio, pasa con los gatos un hecho extraordinario. Porque los egipcios se colocan de trecho en trecho guardando a los gatos, sin ocuparse de extinguir el fuego; pero los gatos cruzan por entre los hombres, a saltos por encima de ellos y se lanzan al fuego. Cuando tal sucede, gran pesar se apodera de los egipcios.»

También nos dejó un relato detallado sobre los procesos de momificación, enumerando los distintos pasos, y no dejó de anotar ciertas costumbres morbosas:

«En los convites de la gente rica, cuando ha acabado la comida, un hombre pasa a la redonda un cadáver, hecho de madera, en su ataúd, imitando a la perfección por el labrado y la pintura, tamaño en todo de un codo o dos, y al enseñarlo dice a cada uno de los comensales: "Mírale, bebe y huelga, que así serás cuando mueras".»

Otros autores griegos, menos coloristas que Herodoto, también encontraron que Egipto era digno de su atención. Hecateo de Mileto escribió acerca de la formación del delta, la inundación anual del Nilo y la fauna del valle del Nilo. Estrabón, nativo de Ponto y hablante de griego, vivió durante un tiempo en Alejandría, que era por entonces el centro del mundo intelectual; llevado por la curiosidad, decidió explorar la región del Alto Egipto con un compañero: para ambos los años 25 y 24 a. C. fueron muy estimulantes; visitaron muchos lugares egipcios, grandes complejos sagrados, tumbas y pirámides, esas estructuras misteriosas, ya por entonces antiguas, que se yerguen a lo largo del borde del desierto occidental como otras tantas tartas de trigo (la palabra griega *pyramís* significa tarta de trigo y miel). Los exploradores llegaron a la Primera Catarata y reunieron muchas informaciones. Estrabón pudo basarse en estas experiencias para escribir un libro sobre Egipto, el número 17 en su obra geográfica.

El interés en Egipto se había esparcido entre todos los eruditos cuando Diodoro Sículo, en el 59 a. C., visitó el país y escribió su *Bibliotheca*, una obra que contiene detalles de su viaje y los datos que reunió acerca de la educación, la adoración de los animales y la medicina en Egipto. Sin embargo, no hay dudas de que su texto está muy influido por el de Herodoto. Por otra parte, Plutarco adoptó un enfoque muy original de Egipto; su interés está puesto en la religión y nos transmite un relato notable sobre la leyenda de Osiris e Isis. Plinio el Viejo escribe sobre la geografía, algunos de los monumentos egipcios y los obeliscos que el emperador romano mandó llevar a Roma. De las pirámides, que tanto habían fascinado a los visitantes, dice que son los edificios en que se guardaba el tesoro real de los faraones:

«Por cierto que son muchas las personas que afirman que el único motivo para construirlas fue una decisión de no dejar los tesoros a los sucesores o a los rivales que podían tramar el modo de suplantarlos, o bien el deseo de evitar que las clases bajas estuviesen ociosas...»

Entre los autores clásicos que trataron de Egipto, también se cita a Claudio Ptolomeo, Juvenal, Tácito, Platón, Amiano Marcelino, Josefo, Eusebio, Julio Africano y Clemente de Alejandría. Todos ellos tienen una cosa en común: los fascinó la antigua civilización del Nilo, aunque les interesaron aspectos diversos, como los obeliscos, las antigüedades, la flora y la fauna, la momificación y los jeroglíficos.

Nos referiremos ahora a una de las fuentes más importantes de la historia egipcia. El faraón Ptolomeo II Filadelfo encargó una historia del país a Manetón, el sumo sacerdote del Templo de Heliópolis y egipcio de nacimiento, hombre doc-

to en todos los aspectos de la religión local y capaz de leer la escritura jeroglífica sagrada –una habilidad poco común–, además de griego, lengua en la que escribió sus libros. Como todos los egipcios, fue un gran estudioso de la antigüedad ilustre de su tierra y, como sacerdote que era, reverenciaba las tradiciones. Manetón tenía acceso a los registros de acontecimientos pasados, que se guardaban en el secreto de las bibliotecas del templo, y también a las Listas de los reyes, que decoraban los muros de ese mismo templo. Durante su vida (323-245 a. C.), la mayor parte de los egipcios soportaba el dominio extranjero; como sacerdote, él tenía la responsabilidad específica de recopilar todos los hechos pretéritos de su tierra.



Manetón reunió la información necesaria para escribir ocho volúmenes; mientras trabajaba, no sabía que su obra iba a ser la única fuente histórica egipcia escrita por un historiador nativo que sobreviviría tras el período clásico. En realidad, se conservó parcialmente, editada y recogida en la obra de Josefo, un historiador judío del siglo I de nuestra era, en la de Eusebio (h. 320 d. C.), de Julio Africano (h. 220 d. C.) y en la de Sincelo (h. 800 d. C.). (Las fechas indican la época aproximada de elaboración de sus historias.) El sacerdote historiador no podía prever que, poco después, muchas de las fuentes a las que él tenía acceso resultarían destruidas por los griegos, quemados los templos, perseguidos los sacerdotes y perdidos para siempre los registros sagrados. Tampoco sabía que los estudiosos de tiempos posteriores valorarían sus escritos como una de las mejores fuentes originales para la historia del Antiguo Egipto. Su «Crónica de los Reyes», que da una lista de los gobernantes egipcios desde la coronación de Menes (h. 3100 a. C.) hasta la conquista de Alejandro Magno (332 a. C.) y una estimación del tiempo que duró el reinado de cada faraón subdividida en 31 dinastías, iba a ser conservada por los autores siguientes. Con cierta cautela y

Los «Colosos de Memnón» (Amenofis III), a orillas del Nilo, en Tebas. *Izquierda:* en una estampa del siglo XIX. *Abajo:* en la actualidad.



algunas reservas específicas, los historiadores del siglo XX aún usan la lista de Manetón como la primera fuente para establecer una cronología egipcia.

Pero la época clásica se desvanecía, Europa pasaba por su edad oscura y Egipto caía ante la invasión y conquista de los árabes. Los viajeros que acudían al país del Nilo dejaron de visitar Alejandría y el Alto Egipto; en Gizeh, la Esfinge dormía. Los años pasados entre el siglo VII de nuestra era y el Renacimiento vieron a pocos viajeros europeos en Egipto. Pero los árabes, que expandieron el islam hasta buena parte de Oriente, se interesaban a su vez en la exploración de la tierra y los monumentos egipcios.

Entre esos primeros exploradores egipcios, hubo hombres como Magrizi, Ibn Botuta e Ibn Jubair. A mediados del siglo VIII, cierto Abu Masher Jafer ben Mohamed Balkhi visitó las pirámides de Gizeh y relató sus experiencias. A fines del siglo XII, Abú Abdalah Mohamed ben Abdurakim Alkaisi pasó por Gizeh; nos cuenta que en la Gran Pirámide había entrado el califa Mahmud, quien usó un ariete y se abrió paso por el lado norte. Las generaciones siguientes conocieron ese pasaje con el nombre de «agujero de Mahmud». Nuestro escritor tuvo la valentía de entrar en el monumento, donde vio un «cuerpo humano cubierto con una armadura dorada, adornada con piedras preciosas». Muchos otros viajeros árabes visitaron las ruinas de Egipto, se maravillaron ante ellas y escribieron descripciones llenas de colorido para la posteridad.

Lejos, en Europa, los hombres empezaban a interesarse por Oriente. En Inglaterra se extinguía el esplendor de la época isabelina, con toda su avidez de viajes y exploraciones. Los escritores europeos empezaron a mostrar curiosidad por la civilización del Antiguo Egipto y a crear obras basadas, como siempre, en las únicas fuentes disponibles, la Biblia y los clásicos. No hay relatos de primera mano y son muchos los errores en que incurren esos libros. Tanto ingleses y franceses como italianos hicieron su contribución y sus temas más corrientes fueron las pirámides, la momificación y los jeroglíficos. En la época medieval, los egipcios cristianos –coptos– continuaron escribiendo en su lengua copta y desde comienzos del siglo XVII esos manuscritos empezaron a aparecer en Europa. El jesuita Atanasius Kircher hizo un estudio de los textos coptos y jeroglíficos; se había perdido todo el conocimiento de los antiguos jeroglíficos egipcios y muchos creían que las filas de animales, aves y figuras eran sólo símbolos mágicos. Nadie advirtió que se trataba de caracteres que, una vez descifrados, se podían leer tal como el griego o el latín. En 1643 Kircher publicó un estudio fundamental del copto, *Lingua Aegyptiaca restituta.* Fue el primer paso hacia la comprensión de las escrituras egipcias.

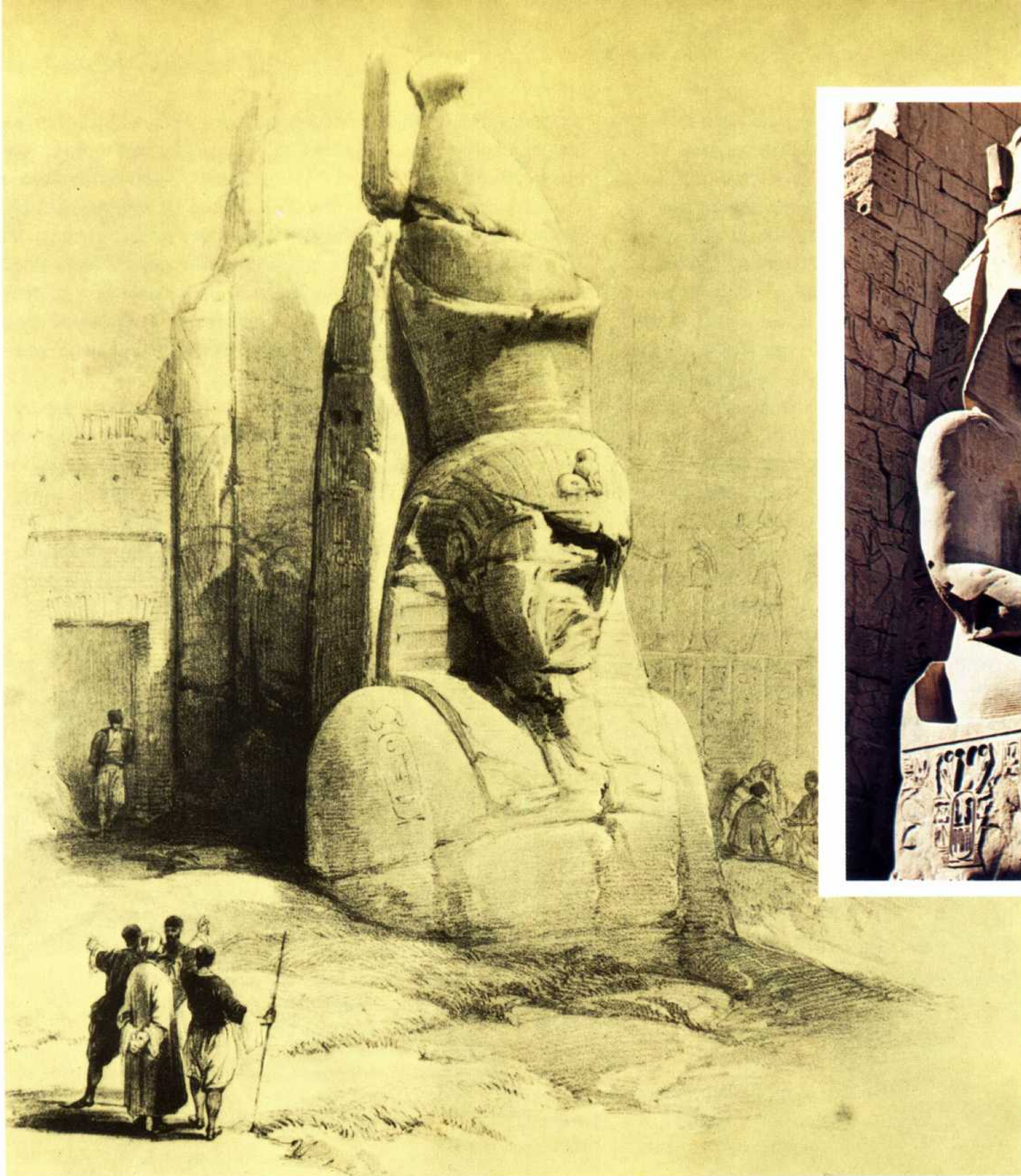
En Occidente fueron muchos los hombres que estimularon el interés por Egipto. Desde el siglo XV, los viajeros europeos visitaron ese país, escribieron nuevos diarios de viajes y reprodujeron información de primera mano. Llegaron los curiosos que iban a ver las pirámides con la guía de quienes, quizá, eran antepasados lejanos de aquellos guías que conducen a los grupos de turistas de nuestro siglo, aunque a esto se reducen todas las semejanzas. El viajero del siglo XV pasaba por Egipto de camino hacia Tierra Santa y en su recorrido incluía El Cairo, las pirámides de Gizeh y tal vez Alejandría. Entre esos visitantes hubo unos pocos eruditos y también algunos agentes de negocios de compañías comerciales. Alemanes, franceses, italianos e ingleses afrontaron los peligros y las dificultades del viaje: emprendían una verdadera aventura, las arenas cubrían en parte las ruinas de los monumentos y la Esfinge continuaba sepultada.

En el siglo XVII, otro tipo de viajeros, los nobles, empezaron a acudir a Egipto en su recorrido por el mundo. Eran personas dúctiles, de amplia educación, con un gusto especial por los clásicos y muchos medios. Estos hombres visitaron Gizeh, Saqara, Tebas y también Assuán, recogieron con precisión detalles de los monumentos e hicieron valiosos dibujos de todo lo que veían. Al volver a Europa, algunos publicaron libros sobre sus viajes a Oriente.

George Sandys, un emprendedor viajero, visitó Gizeh en 1610; era un buen artista, como lo demuestran sus dibujos de las pirámides, los primeros realistas, y más tarde publicó un relato popular de sus viajes. En 1638, John Greaves visitó Egipto y se decidió a hacer el primer estudio realmente científico de las pirámides de Gizeh; midió con la mayor precisión posible la Gran Pirámide y anotó muchas otras observaciones. Entró en la pirámide y, con sus comprobaciones personales, pudo contradecir a los escritores clásicos que, basados en datos de transmisión oral, afirmaron que los muros internos de las pirámide estaban decorados con jeroglíficos. Greaves publicó sus descubrimientos en su obra *Pyramidographia,* basada en sus observaciones directas de veinte pirámides, aparte de las del grupo de Gizeh.

La Gran Esfinge y las pirámides de Gizeh tal como las vieron los viajeros en 1847. Esta estampa está tomada de *The Holy Land,* diario de viajes de David Roberts, reverendo G. Croly y W. Brockendon, publicado en 1855.







Estatua colosal de Ramsés II a la entrada del templo de Luxor. El dibujo, hecho en el siglo XIX, la muestra semienterrada en la arena y la fotografía moderna presenta una estatua semejante desenterrada y restaurada.

Acerca de la cámara real de la Gran Pirámide escribió:

«Dentro de esta sala gloriosa (porque así debo llamarla, para ser justo), como en un oratorio consagrado, se alza el monumento de Queops, de un solo bloque de mármol, ahuecado, abierto en la parte superior, resonante como una campana...»

Entre otras cosas, Greaves hizo el experimento de abrir el cráneo de una momia para examinar los materiales usados para el embalsamamiento y, aunque con pocos resultados, trató de analizar el significado de la escritura jeroglífica.

Entre tanto, otros viajeros –franceses, italianos y alemanes– habían explorado Egipto a lo largo del siglo XVI. El jesuita Sicard llegó a Assuán; era un erudito, además de viajero, y visitó 24 templos y muchas tumbas decoradas cavadas en la roca; además, tuvo la suerte de descubrir las ruinas de la antigua Tebas.

En el siglo XVIII los viajeros empezaron a mostrar nuevos objetivos: coleccionaron pequeñas antigüedades para traerlas a Europa, donde formaron la base de pequeñas colecciones de museo. También iniciaron los trabajos para limpiar de arena algunos monumentos y copiaron algunas inscripciones jeroglíficas. Muchos remontaron el Nilo hasta el Alto Egipto y Nubia, entre dificultades considerables. No se trataba de «excursiones organizadas» y abundaban los peligros físicos y toda clase de penurias. Thomas Shaw visitó Alejandría y Gizeh, en algún momento entre 1720 y 1733, y escribió:

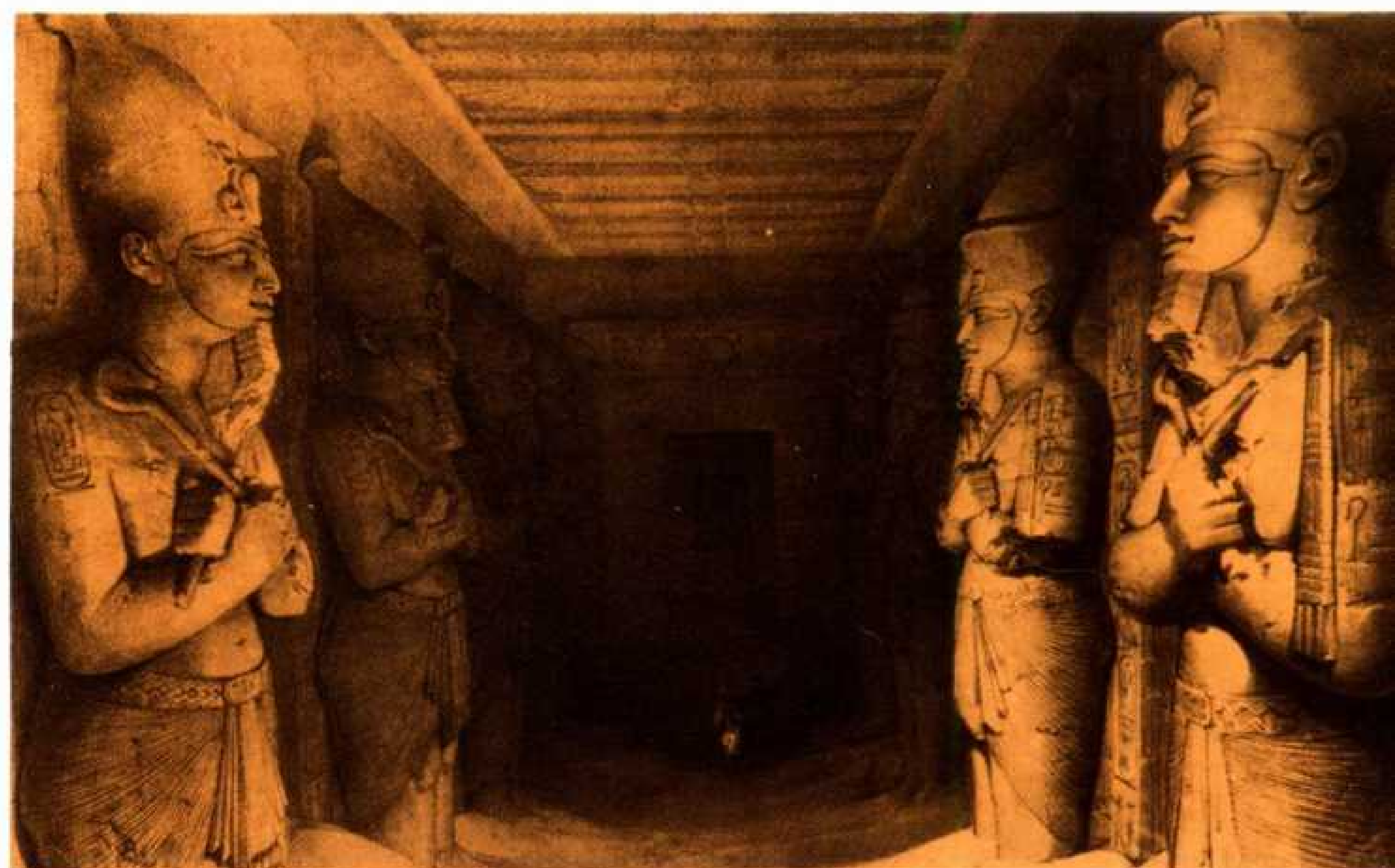
«En nuestras jornadas entre El Cairo y Monte Sinaí, pasamos todas las noches a cielo abierto; tras tender una man-

ta, la arena fue nuestra cama y una muda de ropa arrollada, nuestra almohada.»

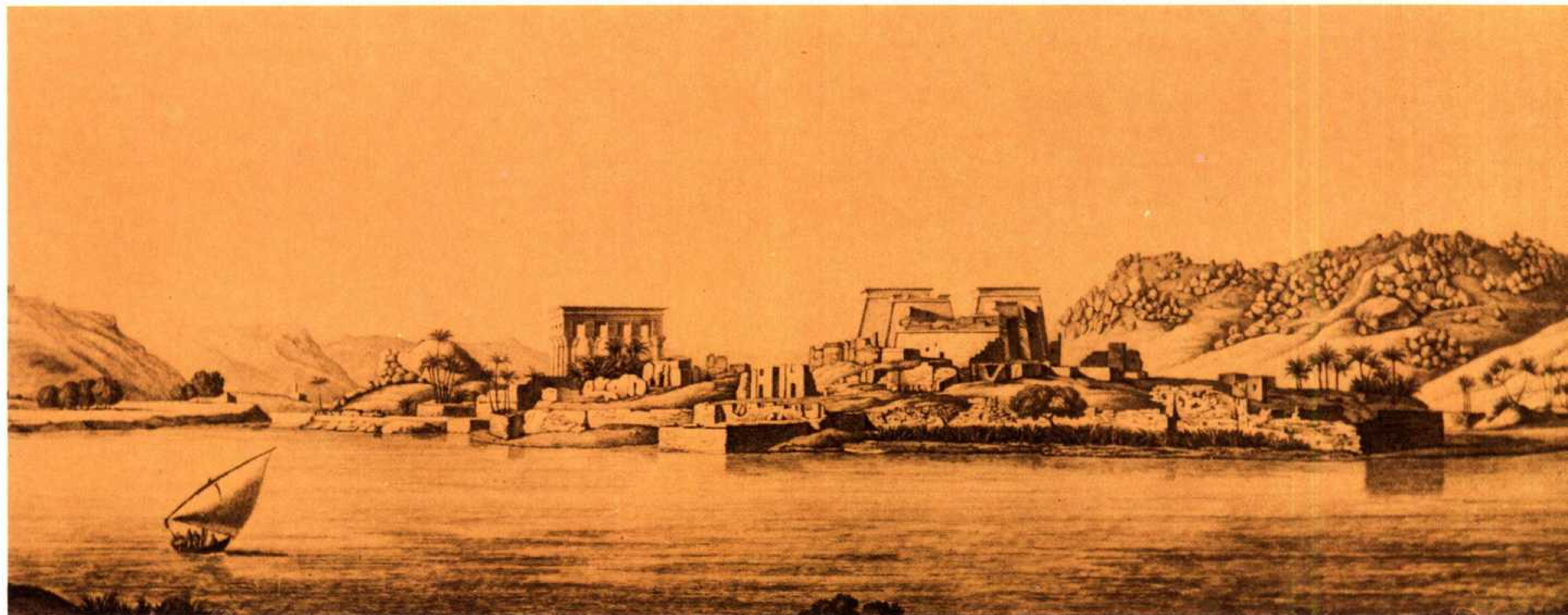
Si pudiésemos echar una mirada hacia atrás, hasta los años 1737 y 1738, veríamos dos *dahibeyehs* –las barcas a vela que se usaban en Egipto– remontando con serenidad el Nilo. Uno de los que van a bordo es Richard Pococke; ya ha visitado los centros del Bajo Egipto, Gizeh, Saqara, Dashur y El Fayum, y ahora, mientras se dirige a Assuán, visitará Filé, Karnak, Luxor, Abidos, Denderah y Edfú. Este clérigo anglicano esbozó con habilidad los monumentos magníficos que veía y sus dibujos tuvieron una acogida entusiasta en Inglaterra. Entre tanto, en la otra barca, un capitán de marina mercante danés, Frederick Lewis Norden, sigue la misma ruta y será el primer europeo que examine y describa con cierto detalle los templos de Nubia. Dos años más tarde, el doctor Charles Perry, otro viajero, también emprendería ese camino, deteniéndose para tomar notas minuciosas sobre los relieves murales del gran Templo de Karnak.

Un rico terrateniente escocés, James Bruce, llegó a Alejandría en 1768, con la intención de descubrir las fuentes del Nilo. Inició su viaje por África en Egipto, remontando el río que era la vía de comunicación más rápida existente. Visitó Karnak y Luxor y, río arriba, el Valle de los Reyes y el sitio de emplazamiento de Meroé en Sudán, una de las fronteras de la civilización egipcia.


Por aquellos años, la egiptología iba convirtiéndose en una disciplina seria en Europa. Las colecciones privadas y públicas de antigüedades crecían y había una demanda notable de ellas. Se organizaron sociedades de estudios científicos y de antigüedades y algunas iniciaron la publicación de sus propios boletines especializados. Los historiadores seguían escribiendo obras sobre Egipto, pero en esos momentos ya tenían acceso a los relatos contemporáneos de los viajes recientes y sobre ellos basaban sus análisis. Se diseccionaron momias con la intención de descubrir cómo había sido el proceso de embalsamamiento, aunque los métodos quirúrgicos poco agregaron al conocimiento de las técnicas descritas por los autores clásicos. Algunas teorías nuevas se hicieron populares, fue el tiempo de los que establecieron el culto a las pirámides y se ocuparon de la difusión cultural, hombres que exageraban la importancia de la cultura egipcia y la situaban en el centro de la civilización antigua. La egiptología proyectaba su influencia sobre muchas clases sociales y tanto legos como eruditos esperaban con ansiedad nuevos adelantos en este campo. Cuando finalizaba el siglo XVIII, las obras de historia aún no eran muy precisas y sólo unos pocos privilegiados podían visitar de verdad los centros del Antiguo Egipto. Pero la clave de la civilización egipcia arcaica estaba en la escritura, que no tardaría en ser descifrada.



Dibujo hecho en el siglo XIX, muestra el interior del templo de Abu Simbel, tomado de *The Holy Land*, de Roberts.



Vista noroeste del templo de Filé, tal como lo vieron los viajeros franceses a comienzos del siglo pasado. De un dibujo de la *Description de l'Égypte* encargada por Napoleón después de su invasión a Egipto, en 1798.

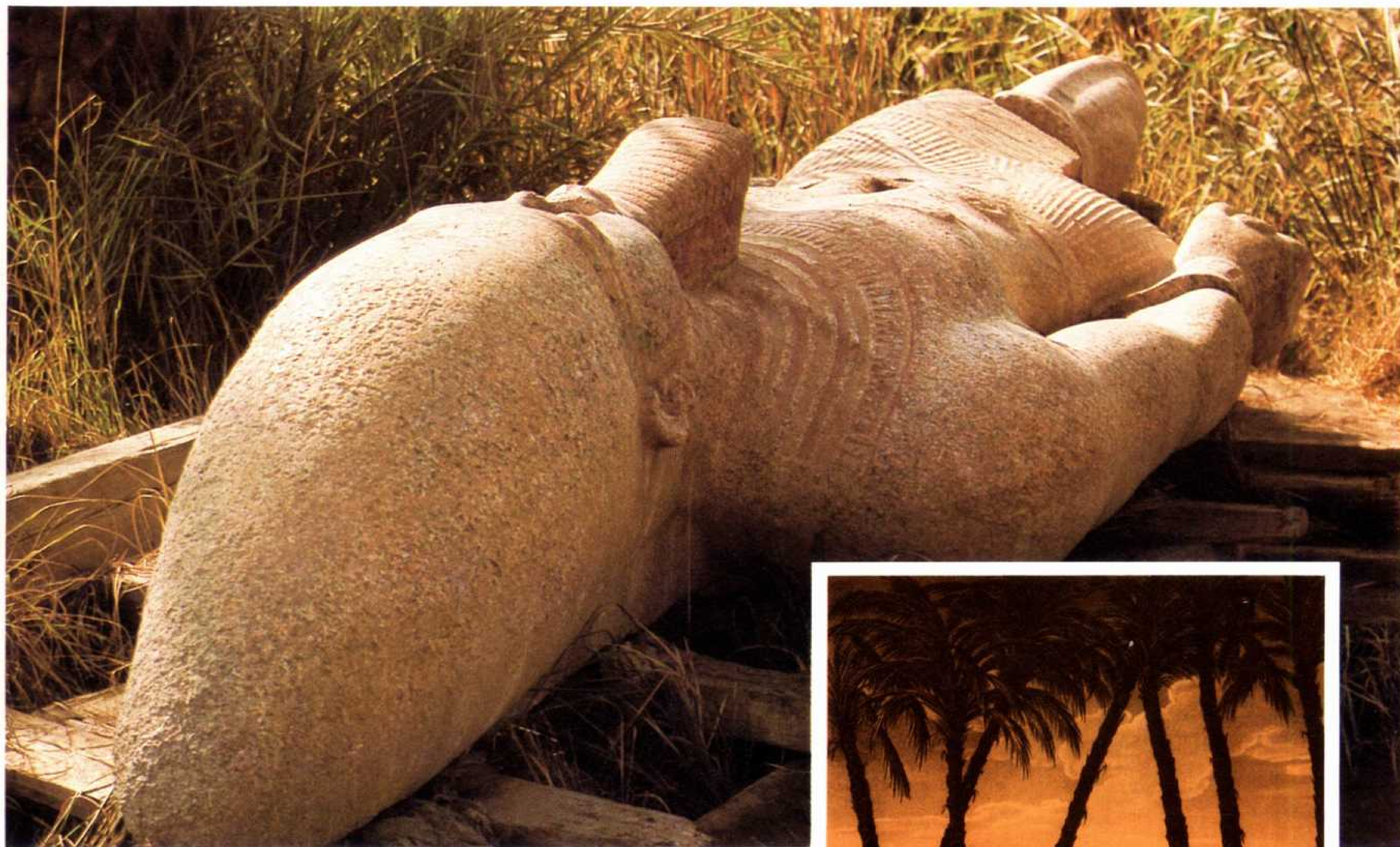


# Capítulo tercero: Pioneros de la egiptología

En 1798, cuando Napoleón Bonaparte había completado su invasión a Egipto, para la egiptología comenzaba una nueva era de amplios efectos. El interés de Napoleón por Egipto iba más allá de lo puramente militar y entre quienes lo rodeaban, un par de cientos de eruditos llevaba la tarea de explorar y describir diversos aspectos del país, incluidos sus monumentos antiguos. Esa misión científica produjo una serie de volúmenes en los que están bien ilustrados los monumentos; las publicaciones tuvieron una acogida estupenda y dieron prestigio a Francia. Así se sentó un precedente para futuras misiones científicas.

Mientras cavaba una trinchera en Rosetta, un oficial francés desenterró una gran piedra basáltica que tenía grabadas inscripciones en tres tipos distintos de escritura; esto sucedía en 1799. Cuando, en 1801, los británicos invadieron Egipto y Alejandría capituló, una de las presas que se llevaron fue la gran piedra negra que, por último, llegó al Museo Británico de Londres. Las generaciones posteriores la conocerían con el nombre de piedra de Rosetta; los textos que había en su superficie estaban grabados en caracteres griegos, demóticos y jeroglíficos: estos últimos, usados para escribir la lengua del antiguo Egipto.

En 1822, el erudito francés J. F. Champollion descifró la antigua escritura jeroglífica. Su descubrimiento fue la culminación de siglos de teorías. Ya en el siglo V de nuestra era Horapolo, erudito egipcio, intentó analizar el posible significado de esas pictografías. Él mismo y muchos tras él no tuvieron éxito, porque pensaban que los jeroglíficos eran «pinturas» individuales que representaban cosas o ideas y no sonidos. A mitad de camino llegó Kircher, con su estudio del copto y, hacia fines del siglo XVIII, se hizo evidente que este idioma, con algunas modificaciones, era la forma más reciente de la antigua lengua egipcia, escrita en griego y con algunas letras adicionales. Hacia esta época, el obispo William Warburton advirtió que los jeroglíficos no eran símbolos místicos con un profundo significado propio sino, simplemente, un método de escritura; los egipcios los habían usado para escribir cartas, papeles comerciales, literatura y documentos legales, además de textos sagrados. Originalmente los jeroglíficos fueron pic-



*Página opuesta:* Detalle de la estatua colosal de Ramsés II, en Abu Simbel. *Arriba:* Estatua caída del faraón, en Menfis, cerca del templo de Ptah. *Recuadro:* Vista de las ruinas de Menfis, tomada de la *Description de l'Égypte*; oficiales franceses miden la mano de otra estatua de Ramsés II.

tografías, pero habían evolucionado para convertirse en una escritura práctica, no mucho más misteriosa u oscura que el griego o el hebreo.

La piedra de Rosetta, que transcribía el texto de un decreto fechado en el 196 a. C., durante el reinado de Ptolomeo V Epífanes, era bilingüe; el texto griego se traducía con facilidad y proporcionó la clave por la que pudieron descifrarse los caracteres egipcios. Pero el avance no era fácil. En la escritura demótica se identificó un grupo de caracteres que correspondían al nombre griego de Ptolomeo (lo hicieron un orientalista francés, De Sacy, y un diplomático sueco, Akerblad). Seis ejemplos del nombre también aparecían en el texto jeroglífico. Más de diez años después, en 1814, el inglés Thomas Young emprendió la tarea y logró nuevos resultados. Pronto comprendió que las escrituras jeroglífica y demótica eran muy semejantes y, comparándolas con la versión griega y usando la vieja idea de que en los jeroglíficos los nombres de reinas y reyes estaban insertos en «cartuchos», logró identificar los nombres de la reina Berenice y de Tutmosis. Antes de abandonar sus estudios, haría más descubrimientos.

Así llegamos a 1822, año en que un joven maestro de escuela de Grenoble, Jean François Champollion, escribió su famosa *Lettre à M. Dacier*. Champollion se había preparado para esta tarea aprendiendo a la perfección las lenguas antiguas y el copto. Tras muchos análisis, organizó un sistema válido para descifrar los jeroglíficos, basado en sus análisis de los cartuchos de Berenice, Cleopatra, Alejandro, Tiberio, Domiciano, Trajano y algunos otros títulos y epítetos. El 29 de septiembre de 1822, se entregó su famosa carta en la Academia de París. Pasaron dos años y, en su *Précis du système hiéroglyphique*, Champollion pudo ampliar sus ideas, para demostrar el significado de muchos signos y probar que existía una asociación estrecha entre los jeroglíficos y las escrituras demótica y hierática. Se necesitaba más material para continuar el trabajo y en 1828-1829 Champollion y Rosellini, un profesor italiano, emprendieron viaje a Egipto para hacer copias de los monumentos e inscripciones. La primera cátedra de egiptología se inauguró en 1831, fundada por Champollion en el Colegio de Francia; aunque él mismo no pudo completar su obra, porque murió cuando tenía tan sólo 41

Jeroglíficos incisos y pintados, probablemente de una tumba del Reino Nuevo. Los dos cartuchos contienen el nombre del faraón, Tutmosis II.





Piedra de Rosetta, encontrada en 1799, en la que está inciso un decreto de Ptolomeo V (196 a. C.) en caracteres jeroglíficos, demóticos y griegos. Tras localizar el nombre de Ptolomeo en las tres escrituras, se descifraron los primeros jeroglíficos.

años. Otros estudiosos continuaron la gran tarea de Champollion, cuya gramática se publicó póstumamente y también las notas para un diccionario. Entre sus excelentes sucesores estaba Lepsius, que encabezó una expedición prusiana a Egipto desde 1842 a 1845 y cuyo trabajo se publicó en una colección de doce volúmenes de material epigráfico de Egipto y el Sudán; o Robert Hay (1799-1863) y otros, que hicieron varios viajes para copiar monumentos, pinturas e inscripciones; algunos filólogos del siglo XIX fueron Birch, Goodwin, Hincks, Chabas, De Rougé, Maspero, Brugsch, quien publicó una gramática del demótico en 1855, y Erman que, con Sethe, sentó las bases del estudio científico de la gramática egipcia. En el siglo XX, Möller, Griffith, Gunn, Sethe, Gardiner y otros hicieron nuevos progresos en esta disciplina.

Así, gradualmente, fue configurándose la comprensión del idioma egipcio en todas sus etapas. En la actualidad, sólo tenemos presunciones sobre su origen, pero se acepta que es afín a las lengua semíticas, como el hebreo y el árabe, y también a ciertos dialectos norafricanos. En este aspecto, es probable que refleje el papel de Egipto como lugar de encuentro de Asia y África desde épocas arcaicas. Los jeroglíficos, desarrollados en forma de escritura, aparecen en ruinas egipcias datadas en la antiquísima Dinastía I. Hoy, cuando decimos «jeroglíficos», nos referimos a los «grabados sacros» o «escrituras» que conservan su forma pictórica; aparecen incisos en las paredes de los templos, donde tenían una finalidad sagrada, y también están escritos sobre papiros y trozos de cerámica llamados *óstraka*, en los que su uso era práctico (poemas, textos, documentos comerciales). Los jeroglíficos pueden leerse en tres direcciones distintas: de arriba abajo, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha; deben leerse en dirección opuesta a aquella en que miran las figuras humanas, los animales y las aves de la escritura. Constan de signos de valor fonético: un número de letras fundamentales, cada una de ellas equivalente a sonidos simples, bilaterales y trilaterales, y también determinativos, o indicadores semánticos (signos pictográficos que indican el sentido de la palabra pero carecen de valor fónico). Los dos tipos de signo se usan en conjunción en todos los textos egipcios. Esta forma de escritura se utilizó, al menos, desde la lejana fecha de 3100 a. C., y el último ejemplo hallado de ella es del 394 de nuestra era, y proviene de la isla de Filé.

En los siglos siguientes se usaron con mayor amplitud otras



Jeroglíficos pintados en la tumba de la reina Nefertari, en el Valle de las Reinas, Tebas (Reino Nuevo). Nefertari, que lleva un vestido típico de la Dinastía XIX, juega un juego, sentada sobre su trono, y empuña el cetro. Estos jeroglíficos incluyen un cartucho que contiene su nombre y una leyenda que dice: «La Gran Consorte del Rey, Señora de las Dos Tierras, Nefertari, amada de Mut».

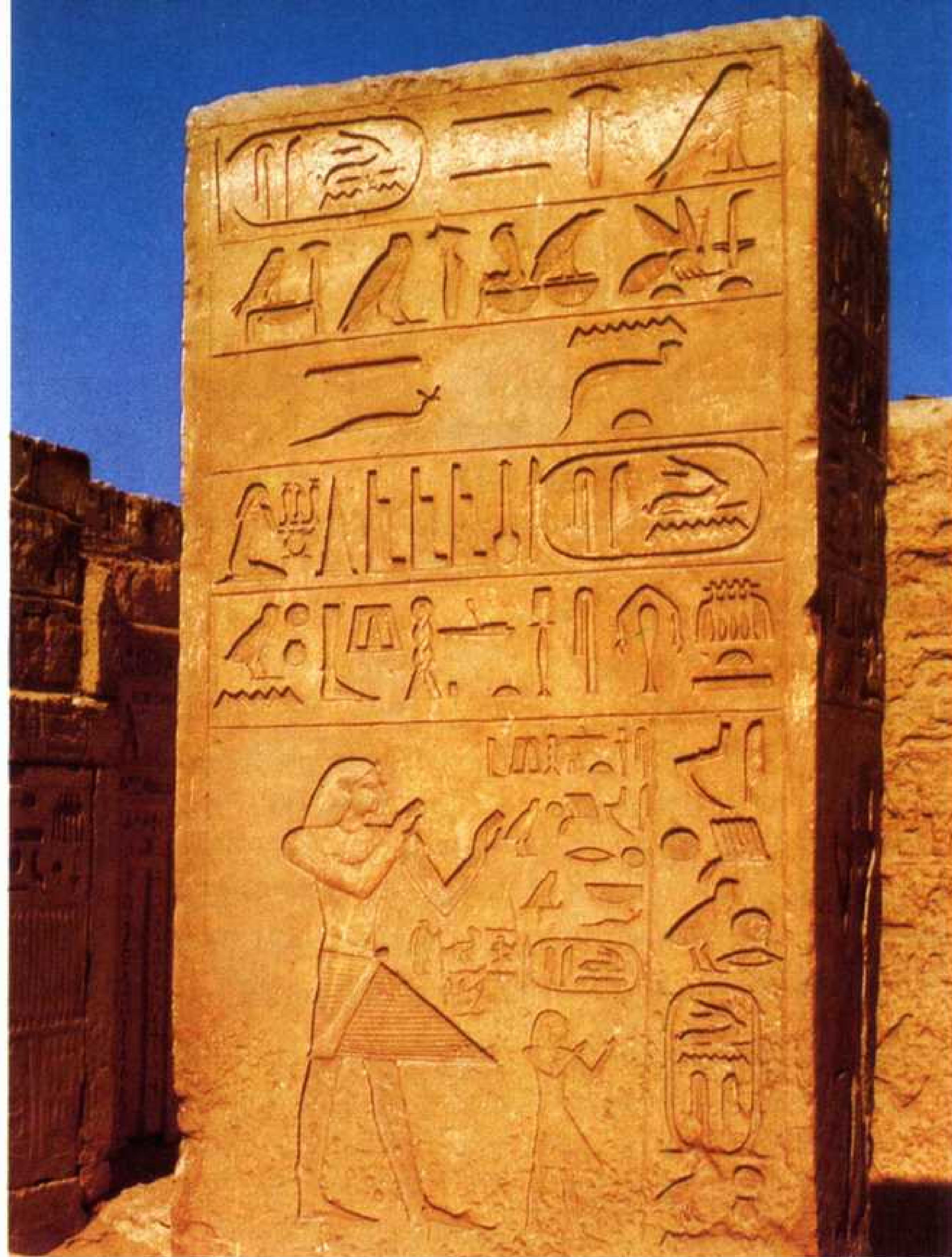
escrituras en contextos no religiosos, profanos. La hierática, una escritura cursiva derivada de la jeroglífica y hecha con una pluma, era mucho más fácil para el uso diario y probablemente se originó casi al mismo tiempo que los jeroglíficos. Se usó para los textos religiosos escritos sobre papiro, para la correspondencia comercial y la literatura y también sobre trozos de cerámica. De la hierática se derivó otra escritura, la llamada demótica; aproximadamente desde el 700 a. C. en adelante, y a través del período grecorromano, la población letrada egipcia usó la escritura demótica para sus negocios y la correspondencia literaria y privada; era cursiva y se escribía con pluma y tinta.

Pero volvamos a los años posteriores a la invasión napoleónica. Desde ese momento visitaron Egipto gran cantidad de viajeros europeos. La egiptología se hizo cada vez más popular entre las clases altas de Europa, que esperaban expectantes las publicaciones de dibujos como los de David Roberts, aparecidos en su obra *The Holy Land.* Hoy esos dibujos evocan una época ya ida, cuando había tiempo para sentarse y hacer un bosquejo de los templos, a menudo cubiertos por acumulaciones de arena, o para captar la maravilla de una puesta de sol sobre las ruinas tebanas. Una obra de Wilkinson captó la imaginación popular y fue todo un éxito editorial: *Manners and Customs of the Ancient Egyptians* (1837). Entre tanto, los exploradores seguían acudiendo a Egipto; entre esos hombres estuvo Johann Ludwig Burckhardt, que exploró Nubia y descubrió los templos de Abu Simbel.

A mediados del siglo XIX, bajo el poder de Mohammed Alí, Egipto empezaba a ser más accesible para el Occidente. El objetivo de Mohammed Alí era modernizar su país; el Canal de Suez y ferrocarriles nuevos, que hicieron más fácil el transporte, estimularon a los visitantes a recorrer el Valle del Nilo. Además de los viajeros, en Egipto empezaron a coleccionar antigüedades los funcionarios de gobierno, los cónsules y los mercaderes locales; una nueva empresa se había iniciado y había quienes estaban más que preparados para montarse en el carro triunfal. Sólo se consideraban valiosos los objetos espectaculares, como la estatuaria, las joyas y las momias con sus adornos, y a menudo los comerciantes sólo querían adquirir «tesoros» que alcanzaran buenos precios. Los métodos con que trabajaban los «buscadores de tesoros» se desentendían de los objetos pequeños, como cuentas, amuletos y cerámica, y de este modo se hizo mucho daño irreparable. La metodología arqueológica era desconocida.

Sin embargo, pronto mejorarían las condiciones. En 1854, llegó a Egipto un joven funcionario francés del Louvre, con la misión de coleccionar manuscritos coptos. El joven Mariette, durante su permanencia en El Cairo y Alejandría, vio en los jardines de dos casas cierta cantidad de esfinges semejantes. Había leído la narración clásica de Estrabón, que menciona «un templo de Serapis» en Menfis, en el que había visto varias esfinges, algunas cubiertas a medias y otras por entero por la arena acumulada. Más tarde, Mariette se encaminó a Saqara, cerca de Menfis, donde, nos dice:

«Percibí la cabeza de una de esas mismas esfinges emergiendo de la arena. Nunca la habían tocado y, sin duda, estaba en su posición original. Cerca había una mesa sacrificial sobre la que destacaba una inscripción a Osiris-Apis grabada en jeroglíficos. De pronto recordé el pasaje de Estrabón. La avenida que se tendía a mis pies debía ser la que llevaba al Serapeum, tan larga e inútilmente buscada. Pero me habían enviado a Egipto para hacer un inventario de manuscritos y no para buscar templos. Sin embargo, pronto tomé una decisión. Sin pensar en los riesgos, sin decir una palabra y casi furtivamente, reuní unos pocos obreros, ¡y comenzó la excavación! La primera de las estatuas griegas del *dromos*, con las mesas monumentales o estelas del templo de Nectanebo, aparecieron entre las arenas y pude anunciar mi éxito al gobierno francés informándole, al mismo tiempo, de que los fondos puestos a mi disposición para buscar manuscritos se habían agotado por entero y era necesario un nuevo envío. Así comenzó el descubrimiento del Serapeum.»



Jeroglíficos del Reino Antiguo, en bajo relieve, en la columna de una mastaba de Saqara. Son menos deslumbrantes que los del Reino Nuevo.

Al cabo de cuatro años, el Serapeum estaba al descubierto y se encontró que la tumba de los Toros de Apis contenía galerías amplias, sarcófagos enormes, estelas y ofrendas. Mariette recibió el nombramiento de conservador de monumentos en Egipto, en el año 1858, y bajo su dirección se desarrolló el Servicio de Antigüedades. Los dos objetivos principales de esta organización eran la excavación sistemática de los centros y la creación de un museo en El Cairo, donde se pudiesen exhibir los monumentos y tesoros egipcios. Este sueño se concretó al fundarse en El Cairo el Museo Boulaq. Mariette multiplicó sus energías en un buen número de centros, entre

ellos Abidos, Tabis, Menfis, Tebas y Saqara, y se hicieron algunos descubrimientos espectaculares. Sin embargo, poco se publicó de todo este trabajo y la continuación de la obra de Mariette correspondió a otro francés, Maspero, que llegó a Egipto en 1881, a fin de ayudar al ya achacoso Mariette.

Maspero fue Director General del Servicio de Antigüedades hasta 1914. Durante su período de funcionario se estableció la misión francesa; esta entidad permanente estaba planeada para ser una base sobre la que pudieran continuar las publicaciones acerca de los monumentos y donde los estudiantes pudiesen recibir entrenamiento en temas de egiptología. Desde 1881 en adelante, los permisos se adjudicaron a excavadores extranjeros, desde el Servicio de Antigüedades, que les permitió llevarse cierta cantidad de los objetos que encontraran. Los eruditos científicos empezaban a llegar a Egipto para excavar y conseguir más conocimientos, y no para adquirir piezas bien elaboradas para los museos o las colecciones privadas, aunque sus descubrimientos a menudo brindaron elementos nuevos para todos los grandes museos del mundo. Los días de los cazadores de tesoros y violadores de tumbas estaban contados. Así fue como se creó en Egipto el Servicio de Antigüedades. Continuó bajo dirección de extranjeros hasta épocas recientes, cuando empezó a tener personal nativo.

En tanto, el siglo XIX había asistido a los desarrollos de las técnicas y actitudes en la exploración de las pirámides. La historia comienza con hombres como Giovanni Belzoni, que entró en la segunda de las pirámides de Gizeh –la de Kefrén– en 1818. La exploración posterior de la Gran Pirámide estuvo a cargo de Caviglia, un capitán de la marina mercante, quien la llevó a cabo en los años siguientes; también quitó la arena que cubría la Gran Esfinge y exploró algunas de las tumbas de mastaba de Gizeh. En aquellos años de 1836, llegó a Egipto el coronel Richard Vyse que conoció a Caviglia y,

*Abajo:* Pared con cuatro filas de jeroglíficos pintados; proviene de la tumba de Ramsés IV, Valle de los Reyes.



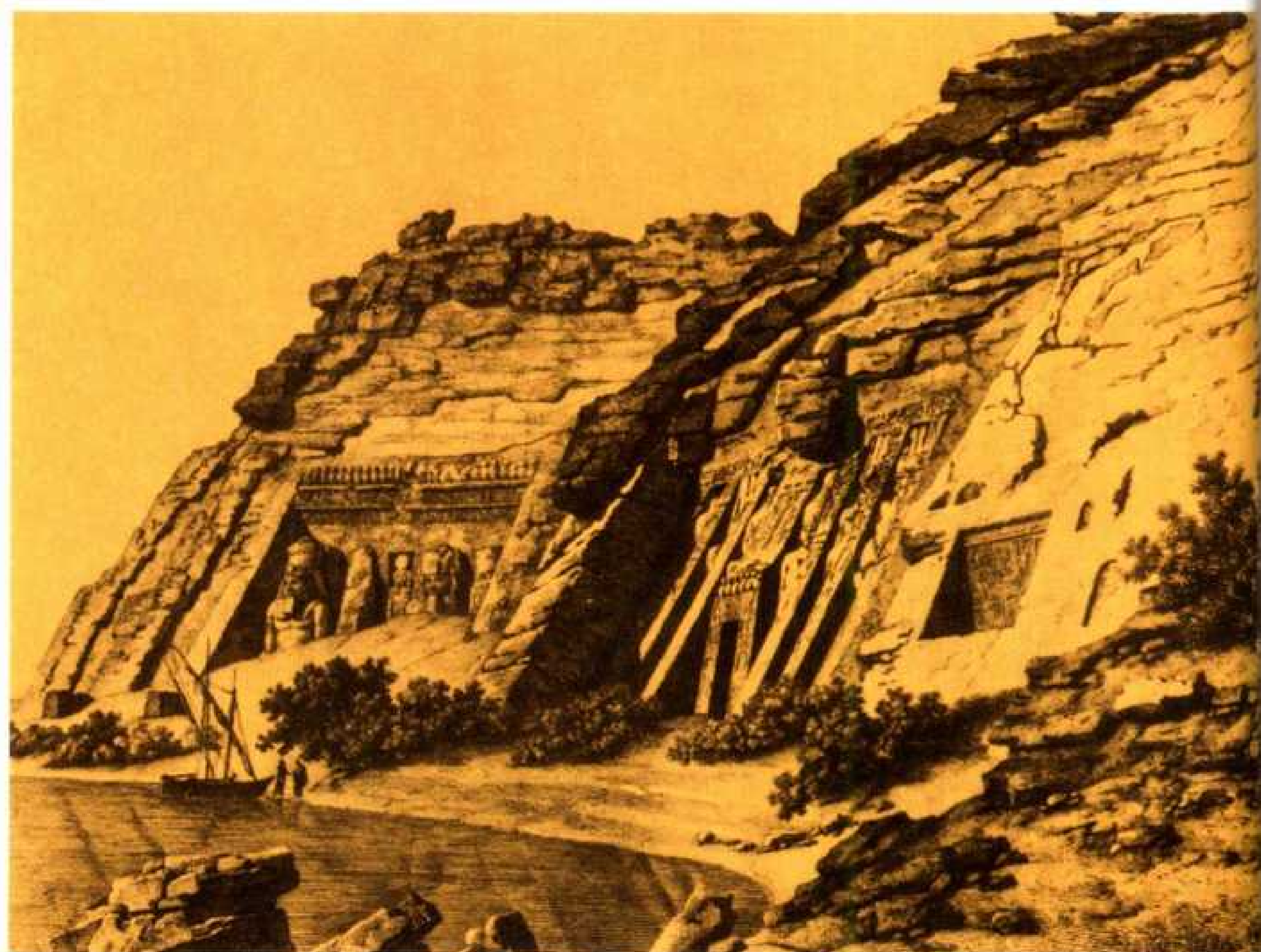
*Arriba:* Ejemplos jeroglíficos del alfabeto egipcio, que contiene 24 signos básicos. Ilustran el modo en que derivan los signos de las pinturas figurativas originales del objeto descrito. *Derecha:* Jeroglíficos pintados sobre un sarcófago de Tona el-Gebel. Se leen según la dirección en que miran las aves, animales o personas.



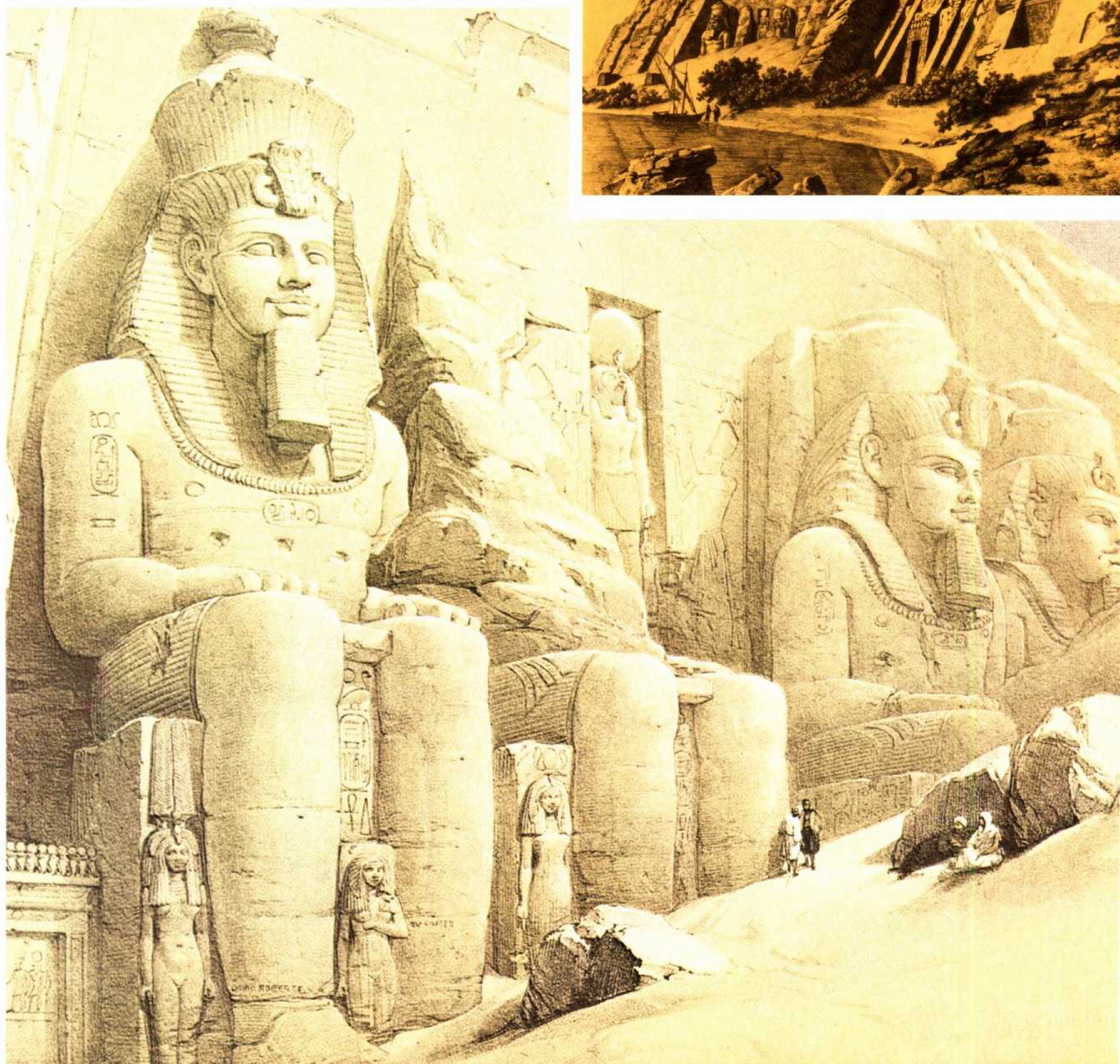
cuando decidió hacer un viaje por el Alto Egipto, estaba tan interesado en la exploración de las pirámides como para contratar al capitán, a fin de que organizara el trabajo a realizar en las pirámides segunda y tercera de Gizeh durante su ausencia. Pero al volver, Vyse escribía:

«Salí a primera hora de la mañana y marché de inmediato hasta la Gran Pirámide y a la segunda, donde esperaba encontrar a Caviglia y a sus hombres, pero no había ni una sola persona y después descubrí a los que trabajaban en las tres fosas de momias detrás de la Esfinge y la Segunda Pirámide...»

La caza de momias produjo algunos desacuerdos entre los dos hombres y, aunque se hizo la paz y los dos continuaron trabajando juntos durante un tiempo, Vyse encontró un nuevo asistente en un ingeniero civil llamado Perring. Juntos, Vyse y Perring emprendieron la primera exploración amplia de las tres pirámides de Gizeh y también de las de Saqara, Dashur, Lisht, Meydum y Hawara. Los métodos de Vyse serían hoy inaceptables –usaba pólvora al explorar la Gran Pirámide– pero él y su asistente tomaron notas útiles y, además, nos dejaron una tarea excelente. Vyse hizo copias de las inscripciones jeroglíficas que había dentro de las pirámides, conocidas hoy como «Textos de las pirámides», que estaban en el lugar del enterramiento del faraón para asistirlo en su via-



*Abajo:* Dibujo de Abu Simbel, templo descubierto por el viajero Johann Ludwig Burchkardt en 1812, antes de que se le quitara la arena que lo cubría, se lo limpiara y restaurase. *Derecha:* Dos tumbas de Abu Simbel dedicadas a Hathor y a Nefertari.



je al más allá. (La decoración interna de las pirámides se retomó en la Dinastía V.) Con este registro, los expertos pudieron identificar los nombres de los reyes que construyeron esos monumentos.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, contribuyeron al conocimiento de las pirámides hombres de muchos países: americanos, alemanes, franceses, suizos, italianos y británicos. Poco a poco obligaron a las pirámides a entregar algunos de sus bien guardados secretos y continuaron la exploración, excavación, copia y traducción de las inscripciones. Los primeros exploradores, y los relatos vivaces de sus aventuras, pronto tuvieron la compañía de hombres como Champollion, Erman, Lepsius, Maspero, Mariette, Burckhardt, Hoelscher, Jequier, Junker, Naville y Petrie, quienes escribieron gran cantidad de textos especializados. Aunque Gizeh fue el centro en el que continuó la exploración de las pirámides durante el período más prolongado, también se trabajó en otros sitios; así, inicialmente en Saqara trabajaron Firth, Quibell y Lauer; otros centros excavados del Reino Antiguo fueron los templos sepulcrales de Abu Gurob y la necrópolis de Abusir, donde los arqueólogos alemanes desenterraron todo el complejo funerario de este período. En Hawara, Petrie abrió una de las pirámides de la Dinastía XII construida por Amenmes III, y en Lisht la expedición del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York desenterró otra pirámide de ese período, la de Sesostris I, y el complejo funerario circundante.

Los lugares de enterramiento del Reino Medio revelaron otros tesoros a los arqueólogos; en Dashur, De Morgan descubrió las joyas de la princesa Hathor-Sat, hija de Sesostris III, mientras que en Lahun, en una tumba pequeña y cercana a la de Sesostris II, Brunton, el discípulo de Petrie, encontró el tesoro de otra princesa real. La corona y las joyas, según se ha reconocido desde entonces, son ejemplos magníficos de artesanía. En los centros de Nuri, Napata y Meroé, en el sur, el arqueólogo americano Reisner desarrolló entre 1900 y 1914 la excavación de las fundaciones de los reyes etíopes y de las pirámides que construyeron para sí mismos. De este modo, lentamente, el estudio de las pirámides se hizo con criterios cada vez más científicos, se divulgó más y, poco a poco, surgió cierta idea acerca de cómo habían evolucionado esas construcciones.

Además de las pirámides de perfil continuo, también se excavó el centro de enterramiento del faraón de la Dinastía XI Mentuhotep I, en Deir el-Bahari, donde se combinaron pirámide y templo en una sola estructura; los primeros en trabajar allí fueron Naville y Hall, para la Fundación de Exploración de Egipto en 1903-1907; después lo haría Winlock, para el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York. En los últimos años del decenio de 1930, Selim Bey Hassan dirigió excavaciones en Gizeh y Abdessalam Hussein y Selim Bey Hassan lo hicieron en Saqara, para el Servicio de Antigüedades egipcio. En épocas más reciente, Zakaria Goneim, también para el Servicio de Antigüedades, excavó una pirámide de la Dinastía III en Saqara, atribuida a Sekhemhet; el edificio del valle de la pirámide de Meydum fue excavado por A. Fakhry. En el decenio de 1950, Kemal el Malakh desenterró los restos de los llamados «barcos solares» o naves funerarias, cerca de la Gran Pirámide de Gizeh.

A la vez que se desarrollaba el interés científico por las pirámides, en el siglo XIX también se produjeron otros avances. En Gran Bretaña y en América despertaron mucha curiosidad las ideas de los teóricos de la Gran Pirámide, el más famoso de los cuales era Charles Piazzi Smyth, profesor de astronomía en Edimburgo. La teoría se basaba en la idea de que, en las medidas usadas para construir la Gran Pirámide, estaban ocultos secretos teóricos de importancia vital para la humanidad. En esa época se hizo popular la egiptología en las clases medias de ambos lados del Atlántico. Aparecieron sociedades científicas que se empeñaron en preparar publicaciones de divulgación de las nuevas informaciones y en reunir fondos para las excavaciones en Egipto. Viajar a este país se había convertido en una posibilidad real y algunos viajeros intrépidos hicieron las primeras excursiones organizadas, con las que se remontaba el Nilo en barcos de vapor o en barcas de vela. Las expediciones de campo salieron con regularidad desde América y Europa y se excavaron muchos asentamientos con criterios científicos.

Es imposible hacer una lista de los éxitos de distinguidos eruditos de distintos países, quienes desarrollaron un trabajo incansable. En el Alto Egipto, intervinieron en el desenterramiento de las tumbas reales de Tebas expertos como Belzoni, Loret y Winlock; a fines del siglo XIX, cuando Maspero era director del Servicio de Antigüedades, se encontró un escondite de momias reales –reyes y reinas del Reino Nuevo– en Deir el-Bahari. Las habían ocultado allí, en un refugio seguro, los sacerdotes de la Dinastía XXI. Diez años más tarde, se encon-

Trabajos de excavación en una fundación de Karnak, entre el Lago Sagrado y el complejo arquitectónico del templo.





Trabajos de restauración del Templo de la Reina Hatshepsut, en Deir el-Bahari. Los medios de transporte siguen siendo los de la antigüedad.

tró otro de esos refugios, no muy lejos, en el que había enseres funerarios y cajas con momias. Así fue como, a comienzos del presente siglo, se creía que ya no había más tumbas que descubrir en el Valle de los Reyes. Sin embargo, lord Carnarvon y Howard Carter pensaron lo contrario y en 1922 su confianza tuvo el premio del famoso descubrimiento de la tumba de Tutankamón, con la momia del rey y la mayor parte de sus bienes fúnebres, incluida la famosa máscara de oro. El mundo se maravilló ante esos tesoros. En 1929, Montet descubrió en Tanis la necrópolis de los reyes tanitas del Período Tardío y allí, otra máscara magnífica de oro, que pertenece al faraón Psusennes I.

Esta historia continúa aún. Muchos centros se excavaron, más en el Alto Egipto que en el delta; las pirámides desvelaron algunos de sus secretos; estudiosos como Petrie, Quibell y De Morgan ampliaron nuestros conocimientos sobre el Egipto predinástico; las excavaciones de Emery en Abidos y Saqara han echado luz sobre el Período Arcaico. Las tareas de excavación prosiguen, para dar nuevas respuestas, y también para plantear nuevos problemas; se han traducido más textos y elaborado gramáticas y diccionarios para que el estudioso conozca la antigua lengua egipcia. Todo ese conocimiento nuevo necesita una constante revisión de las ideas acerca de la historia, la religión, el arte y las condiciones sociales.

Quizá el mayor hito en la historia de la egiptología haya sido la aparición en escena de un joven cuyas ideas iban a revolucionar las técnicas de excavación en Egipto o en cualquier otro lugar. En 1884, un investigador desconocido, William Flinders Petrie, recibió la invitación de emprender en Tanis, para la Fundación de Exploración de Egipto (fundada un par de años antes), un trabajo sobre la egiptología y sus nexos con el Antiguo Testamento. Petrie tenía 26 años de edad cuando fue a Egipto. Su padre, interesado en las teorías de Piazzi Smyth, quería hacer mediciones exactas de la Gran Pirámide pero, al fin, sólo su hijo pudo hacer el viaje y, tras instalar su campamento en una tumba cercana, empezó la investigación del monumento, una labor que se convertiría en el estudio más completo y preciso hasta esas fechas. Petrie siguió enriqueciendo la egiptología durante el resto de sus días. En *The Splendour that was Egypt*, Margaret Murray escribió:

«Cuando Petrie empezó su carrera, Herodoto era nuestro único guía en la historia de Egipto; cuando él terminó su carrera, toda la prehistoria y la historia egipcias estaban bosquejadas y definidas.»

Petrie desarrolló una tarea inmensa; excavaba en invierno y publicaba los resultados en una serie de informes durante los meses del verano. Sus puntos de trabajo fueron Dafné, Naucratis, Hierakónpolis, Nagada, Kahun, Tell el-Amarna, Abidos, Diópolis Parva y Tell el-Yehudiyeh.

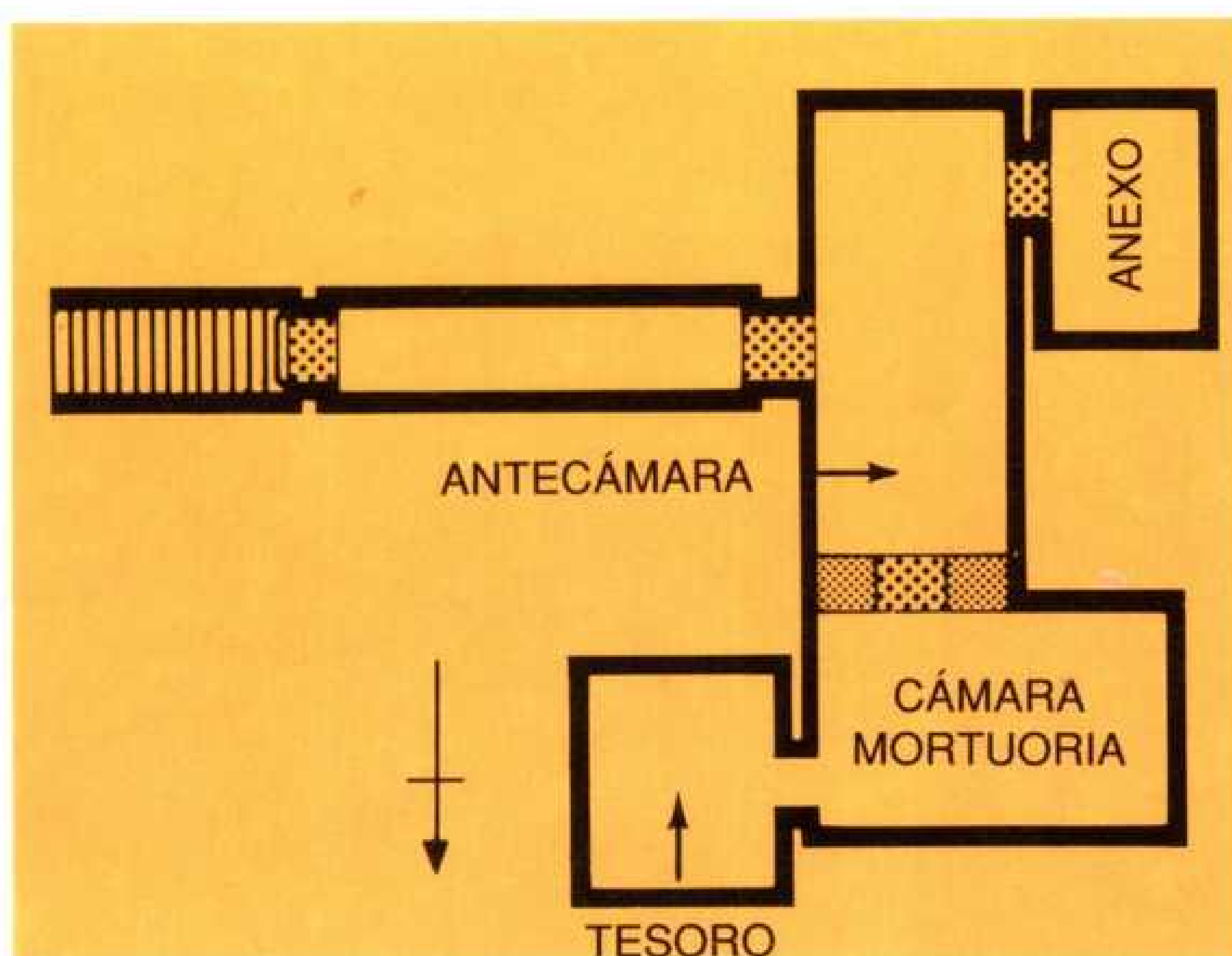
Lo que diferenció el trabajo de Petrie fueron sus métodos de excavación. Antes de él, sólo los grandes monumentos y edificios se consideraron dignos de atención; se ignoraban tanto los hallazgos pequeños como los niveles del terreno en que se producían, de modo que se destruyeron testimonios vitales para la reconstrucción de cualquier secuencia histórica. Petrie fue el primero que se preocupó por el contexto de los objetos pequeños, ya fueran amuletos, fragmentos de cerámica, cuentas e incluso residuos domésticos, y reconoció la importancia de su relación interna y con los otros niveles de ocupación de la fundación. También estableció una tipología de armas, vasos de piedra, cerámica y demás, con lo que creó un sistema adecuado para las dataciones en egiptología. Asimismo, dejó sentados los cimientos del futuro trabajo sobre la prehistoria de Egipto, un tema antes no contemplado. Sus métodos fueron objeto de aprendizaje y se usaron ampliamente: desde entonces, han sido la base de las excavaciones sistemáticas y científicas. En 1894, Amelia B. Edwards creó para él una cátedra de egiptología –la primera en Gran Bretaña– en el Colegio Universitario de Londres, con el fin de promover la enseñanza de la arqueología egipcia y el entrenamiento en métodos de campo.

Así llegamos hasta el presente. Mucho queda por hacer en todos los campos, excavación, traducción y análisis posterior de los nuevos conocimientos. Como en tiempos pasados, muchos países contribuyen al conocimientos de la egiptología y se interesan en ella. Además de las excavaciones que dirige el Servicio de Antigüedades de Egipto, varios países continúan sus trabajos en determinados centros. A pesar del número muy limitado de posibilidades de trabajo tras la finalización de sus carreras, estudiantes de todo el mundo continúan haciendo cursos universitarios de egiptología; los turistas siguen afluyendo para visitar los grandes monumentos, con tanta avidez como los viajeros de tiempos lejanos; los centros de educación para adultos brindan cursos de divulgación sobre egiptología y las exposiciones de objetos antiguos egipcios atraen, hoy como siempre, verdaderas multitudes a los museos. El éxito de proyectos como el traslado del Templo de Abu Simbel a un nuevo asentamiento (necesario por la construcción de la Presa de Assuán) indica cuánto valor se otorga a esos monumentos antiguos. Estos temas, como lo hicieron durante larguísimos años, conservan su atractivo popular y estimulan a los estudiosos a dedicar toda su vida a la investigación. Es una situación saludable y, en lo que dependa del siglo XX, los antiguos egipcios pueden descansar tranquilos: no nos olvidamos de ellos.

# La tumba de Tutankamón

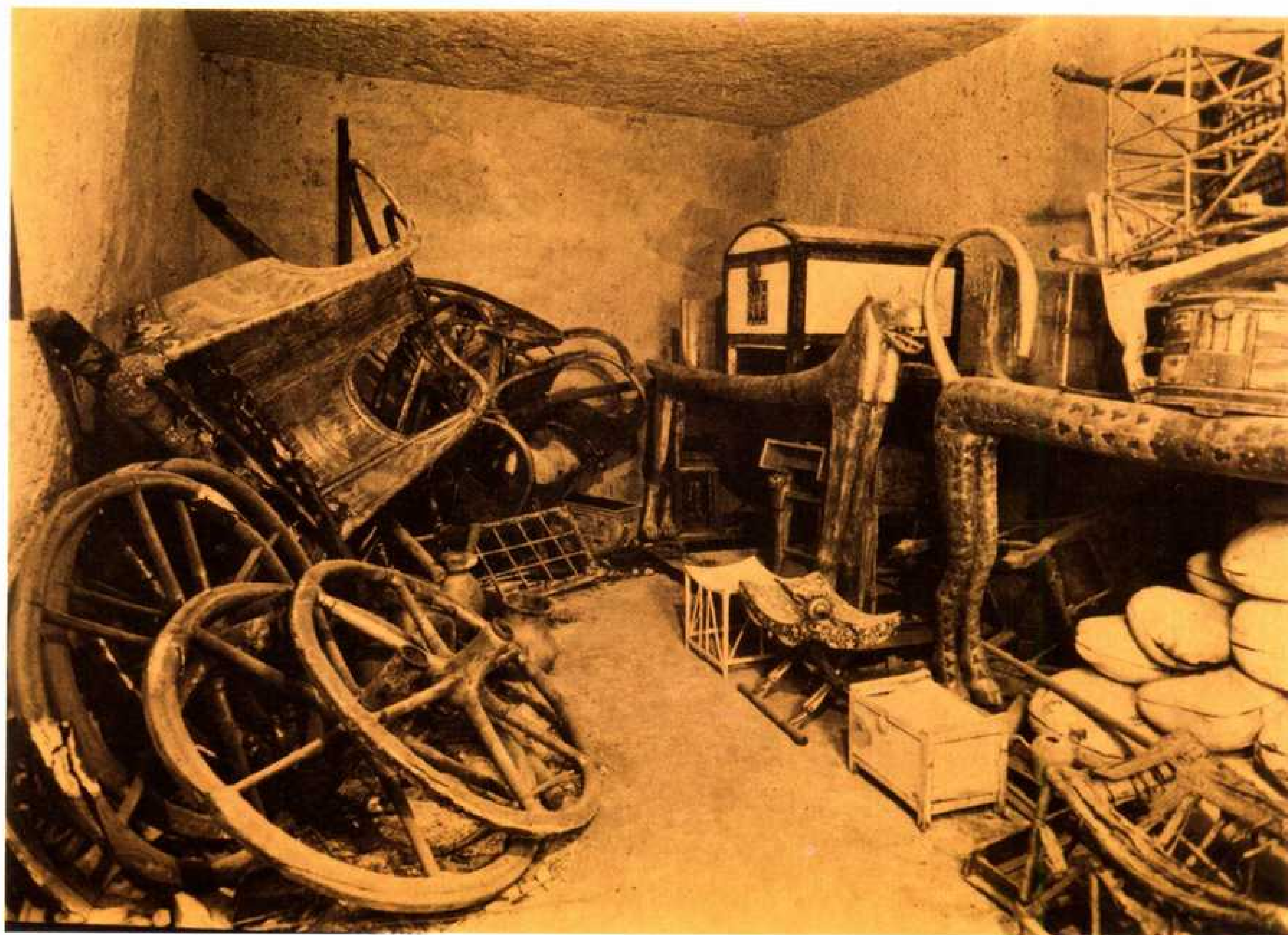


En 1922, el hallazgo de la tumba y del tesoro del «rey niño» Tutankamón (lo vemos empuñando una lanza, *izquierda*) se mostró como uno de los episodios más estimulantes en la historia de la arqueología. Por fortuna, el descubrimiento se registró en fotografías de calidad excepcional, algunas de las cuales están usadas para narrar el hecho en estas páginas. En esa época se sabía que todos los faraones de la Dinastía XVIII –exceptuado el rey «hereje» Akhenatón– habían sido enterrados en el desolado Valle de los Reyes, cerca de Tebas, capital del Reino Nuevo, y que la mayoría de sus tumbas se habían encontrado, salvo la de Tutankamón. El arqueólogo americano Theodore Davis, que tropezó con un escondrijo de enseres funerarios provenientes de la tumba de Tutankamón, consideró que había descubierto la propia tumba y escribió: «Me temo que el Valle de los Reyes ya está exhausto». Pero el egiptólogo inglés Howard Carter no pensó lo mismo; tras alistarse en el equipo de lord Carnarvon, un inglés al que no le faltaban los medios económicos y que había viajado a Egipto por razones de salud, Carter buscó la tumba en el Valle de los Reyes, temporada tras temporada, antes y después de la Primera Guerra Mundial, aunque en vano. En 1922, cuando ya casi se habían rendido, Carter y Carnarvon decidieron explorar la única zona que les quedaba por ver en torno a la tumba de Ramsés VI, al pie del elevado «Pico» *(abajo)*, cuya forma piramidal pudo haber sido una de las causas por las que los reyes del Reino Nuevo eligieron ese valle como lugar de enterramiento. Por fin la paciencia de los exploradores tuvo su premio: primero apareció un escalón tallado en la roca y después muchos más.





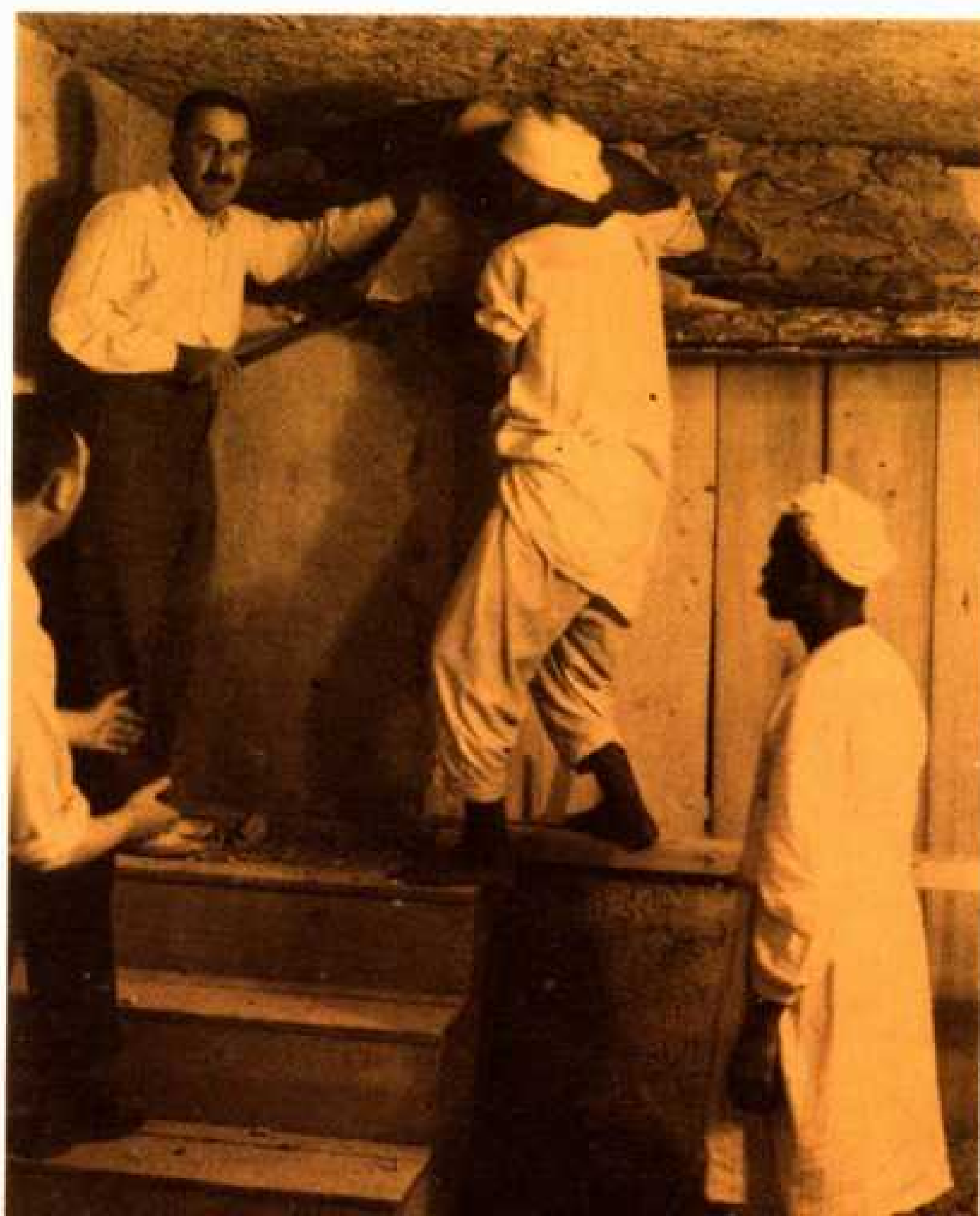


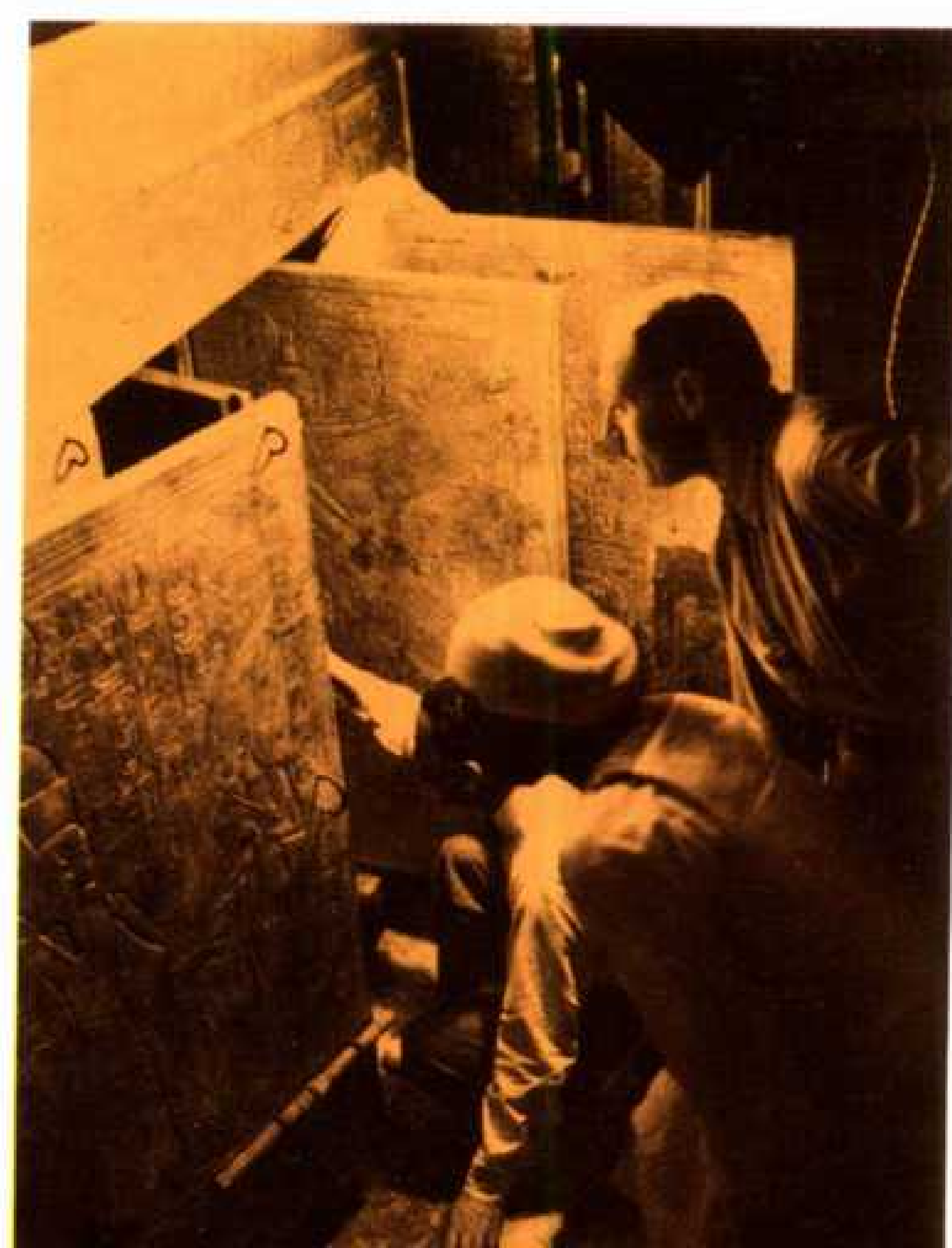





Carter, al ver la gran abundancia de oro y plata, las joyas magníficas (como el colgante con un buitre que se reproduce aquí, *izquierda*), los arcones, las camas con formas animales y los carros dorados, se sintió abrumado por «la magnificencia del espectáculo». Al parecer, los ladrones habían entrado en la antecámara dos veces y lo habían dejado todo revuelto, aunque se llevaran muy poco. Por cierto que Carter y sus hombres necesitaron dos años para limpiar, reparar y restaurar los objetos acumulados. Una puerta final entre la antecámara y la cámara funeraria reveló un enorme santuario de madera dorada. Los ladrones habían llegado hasta allí, pero no habían avanzado más. Hubo que abrir con mucho cuidado otros tres santuarios dorados, uno dentro de otro. Por fin, Carter y Carnarvon abrieron las puertas del último *(abajo)* y vieron un magnífico sarcófago de arenisca roja.

La entrada a la tumba de Tutankamón se había ocultado bajo las ruinas de las cabañas de los obreros, cerca de la tumba de Ramsés VI *(arriba)*. Quince peldaños llevaban hasta una puerta enlucida con marcas de sellos, entre éstos el de Tutankamón, lo que demostraba que la tumba había sido robada en la antigüedad. Detrás de la primera, un pasaje conducía a una segunda puerta y tras ella Carter vio por primera vez *(arriba, derecha)* los tesoros acumulados dentro: comida, carruajes, flores, un trono, camas, todo amontonado en gran desorden.



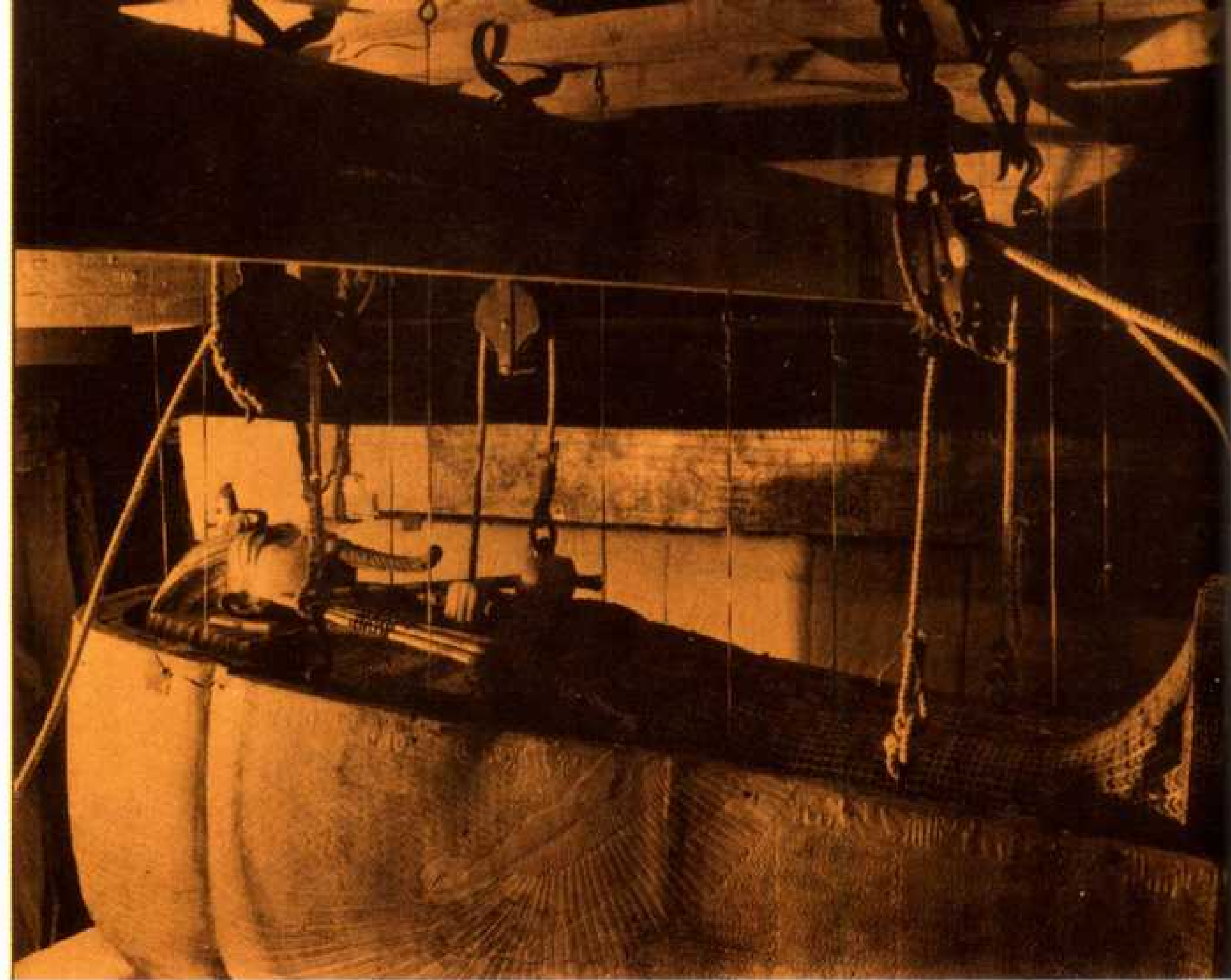




Tutankamón y su joven esposa Ankhesenamun representados en la parte lateral de una pequeña arca hallada en la tumba. La pose informal y el elegante dibujo reflejan la reciente «revolución de Amarna» en el arte egipcio.



Howard Carter desempolva con delicadeza la nariz del rey. Los santuarios dorados ya estaban abiertos y limpios y se abrió el macizo sarcófago de arenisca; en el interior, metidos uno dentro de otro, había tres ataúdes momificados; en el primero había un pequeño ramo de flores, quizá el último adiós de la joven viuda de Tutankamón.



Hubo que usar poleas para sacar el último ataúd, cubierto de una gruesa capa de ungüentos, fuera de los otros. Los dos primeros eran de madera dorada. Los rasgos del segundo *(abajo)* estaban pintados para mostrar el sufrimiento de la muerte. El tercer ataúd *(página opuesta)* estaba hecho de oro de 22 quilates.



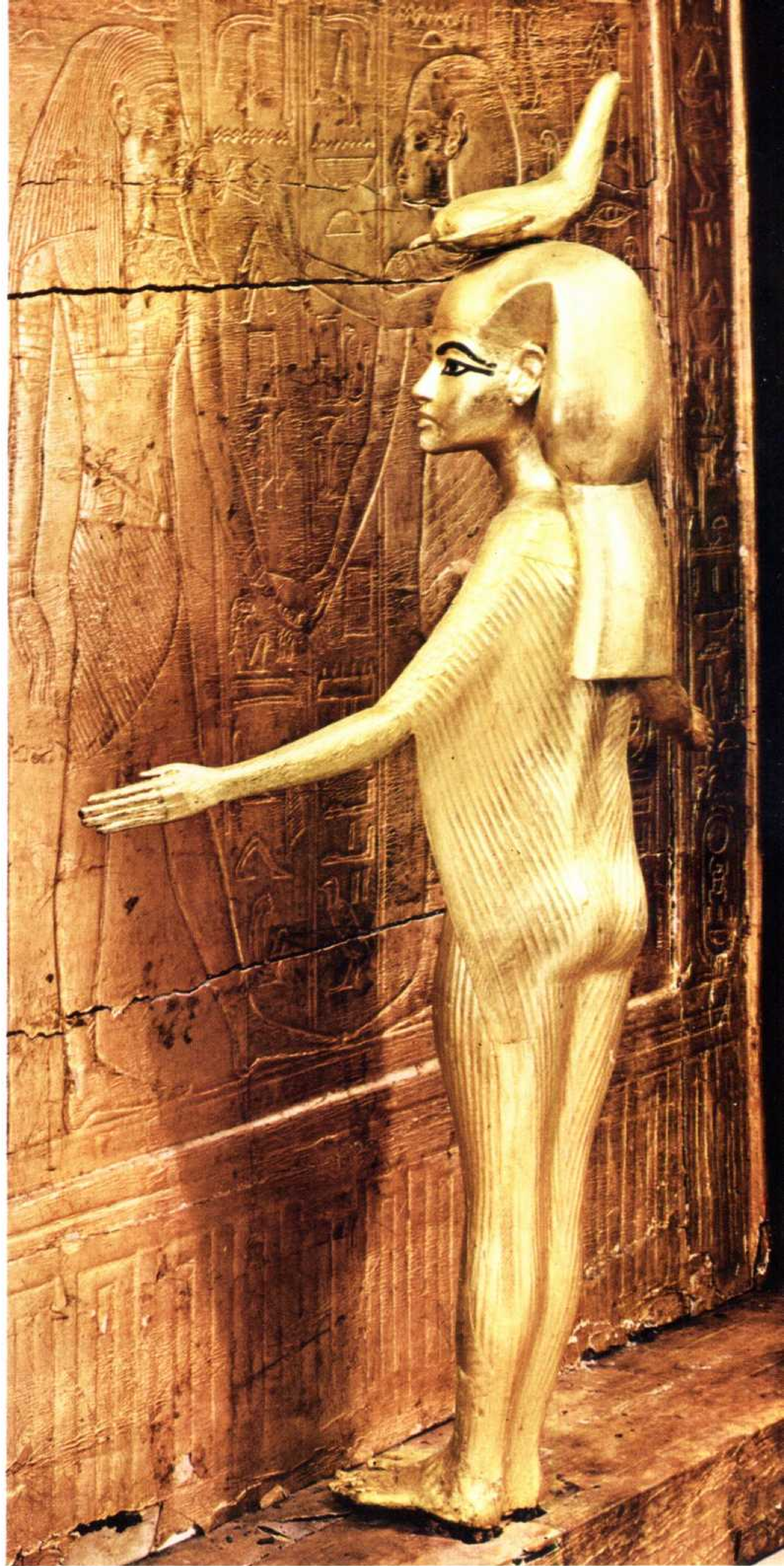
En el respaldo del trono de madera cubierto de oro que se encontró en la antecámara, el joven faraón y su mujer aparecen en emotivas actitudes de cariño. Para crear esta escena espléndida, se usó oro y plata, con incrustaciones de cristales de color, calcita y cerámica. Tutankamón, que sólo tenía 19 años al morir, fue un faraón menor, su tumba estaba mucho menos elaborada que las de otros reyes más ricos y es evidente que su enterramiento se preparó a toda prisa y que los objetos funerarios se dispusieron desordenamente. Sin embargo, de todas las tumbas del Valle de los Reyes, sólo la de Tutankamón se conservó casi intacta.





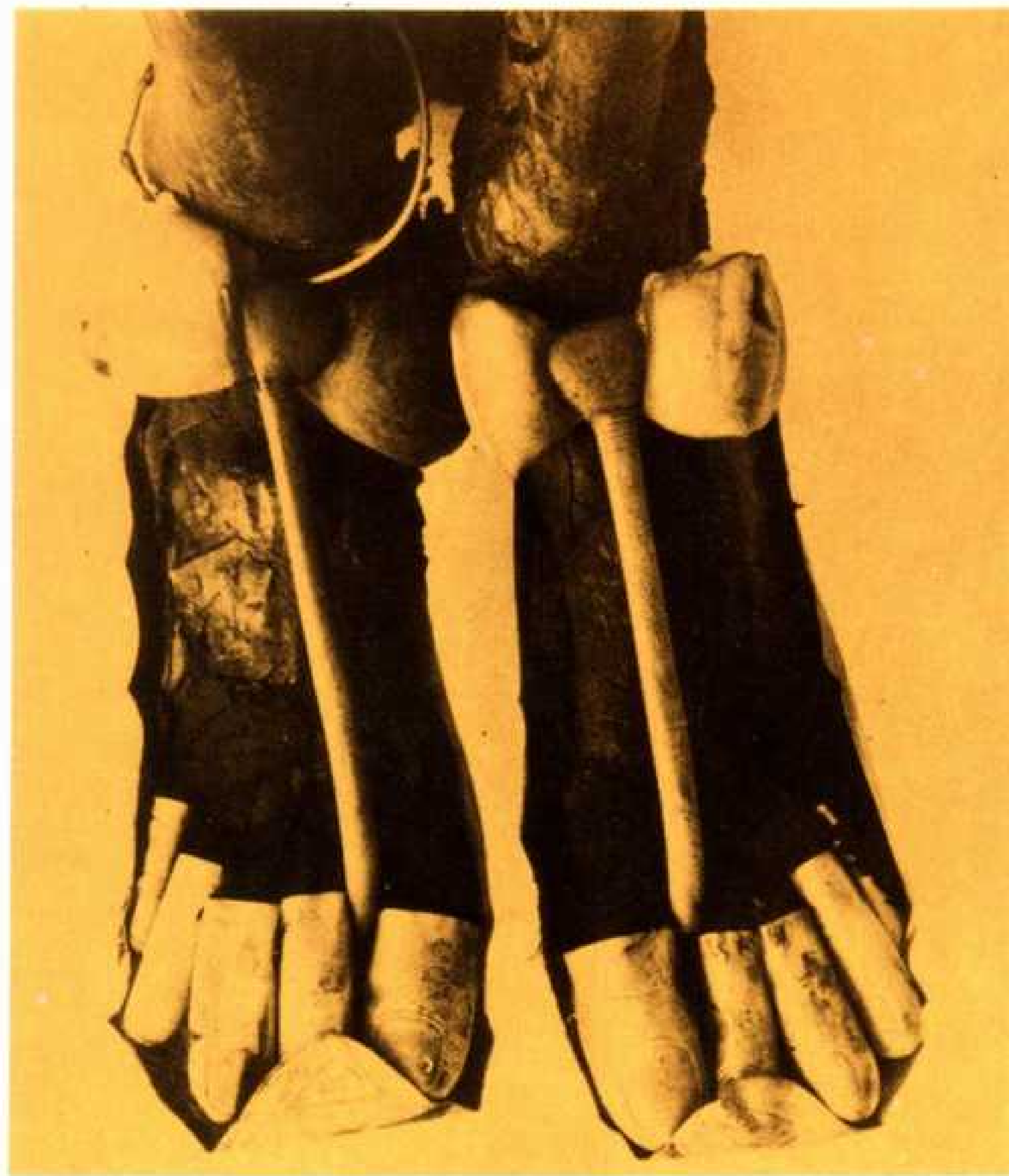
Howard Carter (*a la izquierda*, inclinado) ayuda a quitar los vendajes de la momia, que se halló intacta dentro del ataúd interior, con una magnífica máscara de oro sobre la cara.





La imagen de la diosa Serket, de unos 90 cm de altura, protege el santuario de madera revestido con hojas de oro, en el que se guardaban las vísceras momificadas del rey. Isis, Nephthis y Neith protegían los otros tres lados del santuario, en cuyo interior, dentro de un cofre de alabastro cubierto con una tela de lino, cuatro compartimientos contenían las vísceras del rey en ataúdes miniatura de oro. Éste no era más que uno de los muchos objetos preciosos encontrados en el tesoro, situado detrás de la cámara funeraria.





Cuando se llegó a él por primera vez, el tercer ataúd *(izquierda)*, de oro sólido, estaba envuelto en un sudario de tela roja abierto para dejar a la vista el rostro. Sobre el pecho, descansaba un collar de flores. Las facciones mostraban gran serenidad, como símbolo de la fortaleza del faraón mientras aguarda la resurrección de entre los muertos, a diferencia de las del segundo ataúd, donde se ven los sufrimientos de la agonía. Un simbolismo elaborado y el ritual antiguo determinaron la elección de los enseres, el decorado y el orden dentro de la tumba de Tutankamón.





La finalidad del ritual fúnebre y su complejo simbolismo era llevar al difunto rey hasta el más allá a salvo, intacto y acompañado de todas sus pertenencias mundanas. Infortunadamente, cuando se quitaron las vendas *(izquierda)*, se comprobó que la momia estaba muy dañada por el uso de una cantidad excesiva de ungüentos. Sin embargo, los pies *(arriba)*, a medias cubiertos de hojas de oro y calzados con sandalias, y las manos se conservaron bien. Sobre la cara de la momia estaba la máscara de oro, una obra maestra del arte del retrato.



Entre los innumerables tesoros descubiertos en las distintas cámaras de la tumba, incluido su anexo (una habitación pequeña que da a la antecámara), había varios abanicos decorados, que originalmente tenían plumas de avestruz. En la pieza que se reproduce a la izquierda, aparece el joven rey en su carro, con sus sabuesos, mientras caza un avestruz *(abajo)* y el regreso de una cacería *(arriba)*, en el que los porteadores llevan las presas por delante del faraón. En la tumba se encontraron los carros y arcos y flechas del rey.



Máscara mortuoria de Tutankamón, de oro macizo, sin duda un retrato del difunto rey. «El joven faraón estaba por fin ante nosotros... ¡Era la culminación de nuestras largas búsquedas!», escribió Carter, recordando el instante del descubrimiento en 1925. El oro tiene incrustaciones de cristales y piedras semipreciosas.





Primera vista del tesoro, más allá de la cámara funeraria, que contenía algunos de los más preciosos enseres fúnebres. Destaca un cofre dorado con andas, rematado con una figura de Anubis, el dios con cabeza de perro, envuelta en una tela de lino. Detrás, el santuario canopeo con sus diosas guardianas. Los ladrones entraron en este lugar, pero sólo se llevaron unas pocas joyas.

Daga real, con empuñadura y estuche decorados, y *(abajo, izquierda)* una lámpara de alabastro de tres luces. Si esta tumba provisoria tuvo tantos tesoros, las de los grandes faraones deben haber sido de una esplendidez superior a lo imaginable. Llevó diez años (1922-1932) sacar de la tumba de Tutankamón todos los tesoros, hoy expuestos en el Museo Egipcio de El Cairo.





Detalle de la decoración pintada en los muros de la cámara funeraria. Sólo estas paredes estaban decoradas con pinturas.

EX LIBRIS Scan Digit



The Doctor

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/

ORIGENES DEL HOMBRE 55 Los Reinos Egipcios (I)

folio